

3 IDA
CCIC

COMENTARIO

DE LA

MAGDALENA

PQ1783

.R4

C4

1833

v. 2



1020134790



EL CEMENTERIO

DE

LA MAGDALENA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
PEREZ MALDONADO

®

Paris, imprenta de DEMONVILLE, calle Cristina,
nº 2.



*El aspecto del rey, que se presentó entonces
con reposo y magestad, detuvo á la
muchedumbre. Tom. II.º pag. 155.*

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA,

POR

J. J. REGNAULT-WARIN.

EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA CON UN RESUMEN
DE LAS VIDAS DE LUIS XVI, DE MAD. ISABEL,
DE LA DUQUESA DE ANGLEMA, DE LUIS XVIII,
DE CARLOS X, Y DE LOS DUQUES DE
ANGLEMA Y DE BERRY.

POR D. VICENTE SALVÁ.

TOMO SEGUNDO.



PARIS,

LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA,

CALLE DE RICHELIEU, N.º 69.

1855.

PQ 1783

.R4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL CEMENTERIO

DE LA

MAGDALENA.



NOCHE SESTA.



Volvamos á mí, que por un nuevo accidente vine á dar otra vez en la Abadía.

Al entrar en esta prision me separaron de mis compañeros, encerrándonos en distintos calabozos. En el mio se presentaban á la imaginacion funestos recuerdos: habíalo ocupado en las terribles ejecuciones de setiembre

el señor Montmorin, ministro del rey, Thierry, su ayuda de cámara, y los eclesiásticos Rastignac y l'Enfant, ancianos respetables, que salieron con resignacion á recibir la muerte, de la capilla donde absolvieron á otros infelices mártires.

Solo pasé una noche en esta mansion horrorosa, pues al dia siguiente me trasladaron á la Conserjería, donde estuve sin comunicacion unas dos horas, al cabo de las cuales me llevó un alguacil á la sala de audiencia.

A un gran bufete que ocupaba el centro, estaban sentados dos sujetos vestidos de negro, con plumages en los sombreros que tenían puestos, y por distintivo les ceñía una banda tricolor. Eran estos personajes el presidente y uno de los ministros del tribunal extraordinario, establecido el 17 de agosto para juzgar á los sospechosos del nuevo delito de *contrarevo-*

lucion. Hiciéronme un interrogatorio muy superficial acerca de mi conexion con la real familia, con lo que manifestaron tener noticia del motivo de mi primer arresto; mas fuese por parecerles este segundo ménos importante, ó porqué el interrogatorio se reducía á una mera fórmula, lo cierto es que no me molestaron con muchas preguntas. Acabadas estas mandaron que se me trasladase al Temple; por donde eché de ver que intentaban castigar mi zelo en favor de los presos, haciéndome partícipe de sus cadenas; y como esto era para mí un galardón, me encaminé alegremente á la torre, acompañado de los gendarmas.

Dejáronme en la antesala de la habitacion, donde dormí cuando hice al rey mi primera visita; pero no estuve allí mucho tiempo, pues en breve me pasaron á la misma sala.

Grande fué mi admiracion é igual el

sentimiento de ver al lado de una mesa, ocupada por los tres jueces, á los señores Maleshérbes, Chamilly y Clery, que estaban en pié con la cabeza descubierta; y del mismo modo me hicieron poner á su lado. Entónces conocí que estábamos ante el tribunal, señalado ya por su rigor implacable.

El juez que hacía de presidente, nos permitió sentar, y aun quedó á nuestro lado una silla vacante. Ocupóla en breve una señora, á quien hicieron comparecer, y que por su andar magestuoso, cabeza erguida y mirar altivo, conocí era la reina. Es inesplicable la sensacion que me causó esta visita inesperada, pues aun no estaba hecho á ver la magestad real humillada y rendida á la fuerza popular.

Al entrar la reina nos levantamos los cuatro, y esperando á que se sentase, el presidente nos mandó ocupar las sillas. Hube de obedecer, insinuan-

do á S. M. con una mirada, cuánto me costaba esta descortesía involuntaria.

En esto comenzó el proceso. El escribano leyó una acusacion corta y reducida á estos dos puntos: correspondencia de la reina con los caudillos del partido emigrado que ha tomado las armas contra Francia, y medio con que han facilitado esta correspondencia los amigos de la reina. Acusábanla del primer artículo, y á nosotros del segundo; pero contra nosotros resultaban indicios vagos, fundados mas bien en presunciones que en hechos, al paso que había contra S. M. una especie de prueba material, mas convincente.

En efecto, uno de los jueces que hacía de relator, manifestó en apoyo de la acusacion, un pañuelo de museлина, guarnecido de una larga cinta de papel fino, en que estaba escrita la carta siguiente:

CARTA DE LA REINA.

(SIN DIRECCION)

(Documentos justificativos, núm. 11.)

« Tenemos, según me han dicho, dos partidos; uno para restituir al rey el poder hereditario que le trasmitió Enrique IV, y el otro para afianzar su autoridad disminuyéndola. Entrambos se perjudican por su rivalidad, y al contrario reunidos, pueden alterar las circunstancias, y dar principio á nuevos acontecimientos. Para efectuar dicha reunion, á que accede el rey, exigen de mí, que sacrifique mis derechos y mi ternura maternal, renunciando dos tronos, é igualándome con la muchedumbre. Esto es lo que pretenden, y ved lo que respondo.

Escedería mi vileza y mi culpa á la

de los sediciosos que me han encadenado, si comprase la libertad á precio tan indecoroso. Hija de un emperador, esposa de un monarca, y madre del Delfín de Francia, no admito otra alternativa, que morir, ó vivir coronada: mi destino es el trono, ó un cadalso. Sangre real de María Teresa! protesto conservarte pura hasta el sepulcro, así como te he recibido: y tú, ilustre niño, á quien la naturaleza hizo mi hijo, y las leyes harán mi soberano, nunca podrás quejarte, ni de mi amor ni de mi respeto. Algun día, cuando arranques á nuestros opresores el cetro eusangrentado de tus abuelos, repetirás con gratitud: mi madre menospreció la vida y la libertad, por no comprarlas á costa del honor.»

Un corto silencio sucedió á esta lectura, durante la cual se notó en el semblante de la reina una noble indignacion. Malesherbes, filósofo acostum-

brado á leer en la espresion del rostro los afectos del corazon, estaba admirado del carácter heroico de la reina; yo la observaba enternecido, y los jueces mismos no podían mirarla sin veneracion. Reconocéis esta carta? le preguntó el presidente. — Cuando la escribí, no tuve mas objeto que espresar mi pensamiento: ahora que es pública, hago alarde de haberla escrito. — Quiénes son vuestros cómplices? — Esta pregunta supone otra, á la que hubiera respondido afirmativamente. Cómplices!... y quién os ha dicho que los tengo? — Vuestra carta, en que respondéis á una propuesta hecha anteriormente. — ¿Tan ingrata y vil os pareceo que me suponéis capaz de revelar los autores de ella? — La ley os lo manda. — La justicia me lo prohíbe. — Las pruebas que ha adquirido el tribunal por medios legales, acreditan que tenéis al lado á vuestros cómpli-

ces. — Pues si lo sabéis, ¿á qué preguntármelo?

Perdió entónces Maleshérbes su serenidad, y levantándose con viveza, dijo: Señor presidente, acabáis de asegurar que conocéis á los sugetos á quienes escribía la reina, dándoles el dictado de cómplices, y aun habéis añadido, que los tiene á su lado. Por ventura habláis de nosotros? Aclarada en breve la verdad, respondió el presidente, se verá confundida la impos-tura, cuyo castigo tienen preparado las leyes.

Volviéndose de nuevo á la reina, dijo: Señora, ese heroísmo que ostentáis, no es otra cosa que un bello disfraz para encubrir el artificio. Por vuestra carta se justifica que hay dos partidos, el uno para restituir al rey la plenitud de una soberanía que el pueblo acaba de conquistar, y el otro para consolidar la autoridad real modi-

ficándola; encaminados ambos á sacar á vuestro esposo del encierro, decretado contra él por los representantes de la nación. Aunque estas dos facciones parecen irreconciliables, tenemos prueba de que hay entre ellas un punto de contacto. El primer eslabon de esta cadena, forjada contra nuestra libertad, está asegurado en la orilla del Rin, y el último en Paris, el cual ya lo tenemos asido. —

Contenta y sorprendida la reina al ver que por una apatencia engañosa, desconocía el tribunal la verdad del hecho, respondió al presidente: Ya os he dicho que no solo reconozco la carta, sinó que la considero como un título honroso. ¿Podríais sin la mayor injusticia hacerme causa de unos pensamientos naturales y generosos? No negaré que he conspirado para restituir al rey la libertad y la corona; pero ¿quién de vosotros no hubiera he-

cho lo mismo en mi lugar? Cualquier monarca destronado conspira para adquirir de nuevo su trono, así como un preso para conseguir su libertad: á sus opresores toca el redoblar la vigilancia. Decís que libro mis esperanzas en las tropas reunidas á la otra parte del Rin: no os lo niego.

Cercada de perseguidores y de enemigos, ¿queréis que no acepte el servicio de los que se han armado por mi causa? ¿Desdeñáis por ventura á los que defienden la vuestra? Estando los dos ejércitos contrarios á la vista uno de otro, ¿no han de hacer todo lo posible para vencer y conseguir su objeto? ¿Cuáles son además las leyes que me prohíben estas tentativas? Vosotros, fieros enemigos, rivales soberbios de los reyes, ¿á cuál de ellos imitaríais, autorizando unos decretos tan despóticos? En cuanto á las personas intermedias que os imagináis ya des-

cubiertas, debo deciros con mi genial franqueza, que estáis engañados. Una fiel paloma ha burlado la vigilancia de las centinelas, trayéndome por el aire una lisonjera esperanza. Ignoro quien me la haya enviado: solo sé que debía llevar colgada, bajo sus alas protectoras, la cinta en que iba escrita mi respuesta. Ahora bien, magistrados revolucionarios, ¿podrá espantaros una ave tímida? Si es preciso que se derrame sangre, venid al mirador donde se me permite pasear, y allí podréis coger á este gran delincuente, y sacrificarle á la seguridad del estado. —

No es posible formar una idea exacta de la inflexion irónica que dió á su voz la reina, pronunciando estas últimas palabras; de la alegría interior que nos causó, y de la consternacion mezclada de despecho que alteró el semblante de los jueces. Despues de un silencio vergonzoso, durante el cual

la reina los miraba con un ceño triunfante, el presidente recogió en secreto los votos de sus compañeros, y en seguida nos declaró libres con voz muy turbada. Volviéndose luego á la reina, dijo: Señora, mis opiniones y mi deber no me permiten desear el feliz éxito de vuestros anhelos, porqué trastornaría al nuevo Gobierno; pero el noble carácter, la grandeza y serenidad de ánimo son admirables en todos tiempos, y sé hacer el debido aprecio de estas prendas que tanto os distinguen. — Levantóse la reina, atravesó la sala con dignidad propia de la hija de María Teresa, y nos saludó con una indiferencia tranquila. A Clery le fué permitido quedarse en el Temple, y yo salí de él con los otros compañeros, quienes inmediatamente se retiraron á la quinta del señor Malesherbes.

Edwino, á quien tenía sumamente inquieto mi nuevo infortunio, me a-

brazos con el mayor encarecimiento. La voz pública que le informó de mi segundo arresto, había desfigurado en gran manera la verdad, y mi alumno me contemplaba condenado á morir en el cadalso, como Laporte y Durosoy. Por consecuencia el regocijo que manifestó al verme otra vez libre, fué igual al temor que le había acongojado. Observando yo que no se atrevía á hablarme de los presos, le di nuevas de ellos. Admirado de la entereza con que había triunfado la reina, dijo: Téngola por afortunada, pudiendo oponer á tantas desgracias una frente serena y un carácter inflexible; pero su infeliz hija no tiene otras armas contra sus enemigos, que su amabilidad y ternura. Aquí se detuvo Fitz-Asland sonrojado, rezelando sin duda haberme incomodado escediéndose. Y pues, querido, le dije estrechando su mano, ¿cómo está ese llagado corazón? Cada

vez, padre amado, se empeora mas la herida, me respondió: en vano me hace ver mi razon la distancia que me separa del objeto á quien idolatro, pues el amor, mas diestro é ingenioso, sabe encubrir aquel intervalo, y aun transformar los obstáculos del cautiverio en medios propios para alcanzar el fin. Efectivamente, ¿sería una cosa nueva hacer por reconocimiento lo que prohíbe la política? Si lograrse yo libertar á mi amada princesa de la horrible prision y de sus inhumanos verdugos, ¿á quién debería mas que á mí? No debería su felicidad á quien la rescatase? O! ; si estuviera en mi mano, añadió con mayor exaltacion de afecto, sacarla de aquella morada tenebrosa donde yace! ; Si me fuera dado arrebatarla con mis brazos cariñosos, y salvar tan preciosa carga en la ribera contrapuesta del mar! Allí donde no hay ambiciosos que derriban el trono de los

reyes para levantar el de su fortuna, ni almas insensibles á quienes no conmueve el llanto de una beldad; allí en el retiro apacible del campo, cifraría mi dicha, ó idolatrado bien, en hacer te venturosa; y aunque nacida para adornar un trono, podrías reinar en cuantos corazones te rodeasen. Qué gozo! ¡qué ventura fuera la mia, si pudiera hacerte un solio de céspedes, enramado de flexibles vástagos, que encorvados formasen un pavellon verde y pomposo, para guarecerte de los ardores del sol! ¡Qué ventura, repito, ceñir tus inocentes sienes con una guirnalda de frescas flores, juntar al rededor de ti las zagalas de la aldea, que te admirarían por tu natural bondad, y conseguir por premio de tan puro afecto una sonrisa afable y tierna!... Ah! mi querido padre, añadió Edwino, llorando de gozo, ¿no es excelente mi proyecto? —

En otras circunstancias, ménos funestas y peligrosas para la familia real, léjos de tomar parte en los designios quiméricos de mi alumno, le hubiera disuadido de ellos y vuelto á la razon, por medio de la autoridad y ascendiente que me daban mis años, mi carácter, mi profesion y mis principios. Pero conmovido á vista de la cuchilla centellante, pronta siempre á caer sobre unas cabezas tan apreciables para mí, ¿podría ser escrupuloso en elegir los medios para evitar aquel golpe? Fitz-Asland por su ilustre nacimiento, sus riquezas, su amabilidad y sus conexiones, podía influir esencialmente en la suerte del rey. El último acontecimiento que acababa yo de presenciar, y en el que había sido comprometida la reina, desvanecía todos mis escrúpulos. Conociendo lo útil que me podía ser el amor en estas circunstancias, me desentendí de una

moral demasiado severa , resolviéndome á valerme de aquel instrumento. Al mismo tiempo, como hubiera sido poco decoroso y aun arriesgado fomentar aquella pasión, que no aprobaba, aunque pretendía hacerla útil; me limité á indicar ligeramente á mi alumno los peligros de su amor, dejando á su invencion los medios de superarlos.

Pasáronse dos dias, en cuyo tiempo padecí una violenta fiebre, y no queriendo fiarme de persona alguna para continuar las averiguaciones y tentativas, me contenté con permitir á Edwino algunas salidas por la noche. Llegada esta se encaminaba mi alumno, envuelto en su capa y sin otra luz que la de los faroles, á una esquina solitaria que daba enfrente del patio del Temple. Ocupábase allí ya en observar á los presos y á sus centinelas, (en lo que hallaba cada dia mayores dificul-

tades, por aumentarse la estrechez de la prision) ya en tocar suavemente una flauta y cantar algunas letrillas patéticas, á las que no correspondieron la primera noche, y sí la segunda, repitiéndolas en el fortepiano. Atribuyó Edwino á la reina la primer sonata con que le habían respondido, por ser muy viva y ligera; pero habiendo sucedido á esta una música tierna y patética, se imaginó que pulsaba las cuerdas María Teresa; y aun llegó á figurarse que habiendo sido conocido, se encaminaba á él mismo la música del piano. ¡Feliz ilusión de los amantes, que hace mas halagueños los favores imaginados que los verdaderos y reales! Quítese al amor su cendal engañoso, y se verá cuán reducidas quedan sus delicias.

Al tercer dia, que era el 21 de setiembre, se agravó notablemente la calentura que me atormentaba, y aun se hizo muy peligrosa, cuando en el pe-

riódico intitulado *Diario de la tarde*, leí que habiendo celebrado la Convencion su primera junta, declaraba *república* á la Francia. No porqué mi opinion se oponga absolutamente á esta forma de Gobierno, el mas racional sin disputa, y acaso el que se conforma mejor con la naturaleza. Habiendo nacido en un pais, donde la Constitucion reparte los poderes entre el pueblo y el monarca, manteniéndolos en un equilibrio perfecto, y estando imbuído desde la infancia en los escritos de Delolme, y habituado á discutir y juzgar de las deliberaciones de nuestro parlamento; no podía llevar á mal que la Francia adoptase un régimen algo parecido al de mi patria. Pero confieso que la hermosa palabra *república* me estremecía y horrorizaba en aquellas bocas sanguinarias, pareciéndome que al paso que decretaban el estermínio de la monarquía, des-

honraban la cuna de la independencia. Solo á los hombres virtuosos correspondía proclamar un Gobierno, que supone y exige toda clase de virtudes.

Manuel, que vino á visitarme al día siguiente, desvaneció en algun modo mis temores, diciéndome: Los sucesos nos han arrebatado en su curso impetuoso, y hemos tenido que ceder. Antes de hablar de Gobierno democrático, pensábamos en amalgamarlo con la monarquía, arraigándolo en la opinion y en la moral del pueblo, porqué á la revolucion que se está efectuando, solo faltan hombres. Pero los partidarios de la anarquía, que no creen haber llegado al término hasta haber traspasado todos los límites, querían un Gobierno revolucionario, esto es, pretendían armar á los magistrados y á la muchedumbre sediciosa con los cuchillos del 2 de setiembre, que en cierto modo hemos arrebatado

de sus manos. Si no ha sido completo nuestro triunfo, al ménos los hemos casi enteramente derrotado.

El establecimiento de la república, cuyo nombre ofrece un Gobierno regular, aniquila la anarquía: Orleans y su facción tiemblan ya en la cima de la montaña, y la elección de los sujetos destinados á ocupar las primeras dignidades de la asamblea, acaba de trastornarlos. Nos hemos descartado de los sangrientos verdugos que han salido de la municipalidad: Petion es presidente, quiero decir, la prudencia y la humanidad misma: tranquilizémonos pues en orden á la suerte del reino y del monarca. En vano los mas viles facciosos andan esparciendo que es absolutamente necesario que se sujete la conducta del rey á un juicio; el mayor número de los de la Convencion es justificado y vigoroso, y no tolerará cosa alguna contraria á la justicia y á

la verdadera libertad. Hablando entre nosotros, la mayor honra que pudiera hacerse á Luis, sería presentarle en un juicio, donde pudiera ostentar sus virtudes, y su enemigo no tendrá la imprudencia de dar este paso. Pero en suma, vayan como quiera los asuntos, estemos en esto: Petion nada ha perdido de su prudencia, Vergniaud de su elocuencia, ni Guadet de su energía. Por consiguiente debemos confiar en la osada destreza de unos hombres, que han quitado todo pretesto á las sediciones sanguinarias, obligando á un enemigo poderoso y vencedor á dejar desembarazadas nuestras fronteras. Verdad es que Dumouriez conspira; pero ¿acaso será mas temible que Artois ó Condé? Pocos dias se pasarán sin despojar del mando á aquel traidor, que tendrá que ir á la corte de San-James ó á la de Berlin, á reclamar la paga de sus servicios. Por lo que

hace á nosotros, ménos ocupados en hacer el bien que en evitar el mal, vamos á dar principio á nuestro ministerio público, debiendo cesar con él nuestras juntas secretas. A Dios, amigo mio : me verá Vd. siempre caminando por la senda del honor y de la verdad. —

Por estas últimas palabras comprendí, que tomaba otro aspecto la intriga política, á que había dado el primer impulso Manuel, limitándose ya á defender la vida del rey, y tal vez á restituirle su libertad; pero sin tratar como ántes, de pasar al hijo la corona arrebatada al padre. Los que componían este partido, eran republicanos ó filósofos : á los primeros tenía Toulan por ambiciosos; y pues ya manejaban el timon del Gobierno, bien por efecto de cálculo ó por acaso, no había que esperar quisieran cederlo. Aunque satisfecho de su honradez, por

haberme dado pruebas de ella, no por esto los consideré defensores de una causa, que ya era inútil para sus ascensos. Por resultado de mis meditaciones vine á concluir, que ya no me quedaba otro apoyo que el de Toulan.

Entre tanto Fitz-Asland, noticioso de que se alquilaba un cuarto tercero fronterizo á la torre del Temple, me pidió permiso para tomarlo. Condescendí, encargándole que no se arriesgase mucho; y él me aseguró que nada debía rezelarse, pues en esto ni aun cabía la menor sospecha, tomando el cuarto en su nombre, y habitándole madama Melwood y su querida Paquita. Luego que estas señoras vivan en él, añadió, tendré el gusto de llevar á Vd. allá. A mas de poder pasar allí un rato agradable, imagino que no le disgustará á Vd. estar cerca del Temple. Le dije á Vd. que me prometía ser útil

á los presos, y ya ve Vd. que empieza á cumplirse mi vaticinio. —

Aunque me molestaba el mal todavía, visto el giro que tomaban los negocios, cuyo éxito aumentaba mi inquietud, me resolví á visitar á Toulan, quien al verme se espleió así: Los obstáculos se multiplican, y si queremos salir con la nuestra, es forzoso redoblar la actividad, la destreza y el vigor. La municipalidad acaba de poner incomunicados á los presos, y de este modo se hace mucho mas difícil nuestra correspondencia con ellos. Por otra parte, la faccion regicida no cesa de dirigir representaciones, pidiendo que se juzgue á los reyes: si esto se verifica, ¿cuál será el resultado? Lo que mas nos interesa, es evitar el juicio, y del mismo dictámen es la reina, á quien pude hablar cuatro palabras sobre el particular. Ella exige que pongamos por obra inmediatamente nues-

tro designio, y yo tambien creo que no hay tiempo que perder.

Despues de haber manifestado á Toulan que mi parecer coincidía con el suyo, le pregunté, si había adelantado algo, y me respondió de esta suerte: Mis partidarios y yo no desperdiciamos coyuntura alguna, para preparar los ánimos al gran golpe que tenemos proyectado. Observamos á los malcontentos, y procuramos aumentar su número; despertamos el orgullo de los nobles, separados de sus empleos por la revolucion; la avaricia de los comerciantes, con el peligro que amenaza á sus riquezas, y el apego de los hacendados á sus posesiones, con la pérdida de ellas. Escitamos ademas el zelo de los eclesiásticos, cuyo sagrado ministerio se tiene por un crimen; el de los magnates, sumergidos de la cima del poder y la opulencia en la ignominia y el abatimiento; el de los sugetos bien

acomodados, pintándoles perturbada su tranquilidad con el nuevo sistema; y en fin, acaloramos á las gentes dotadas de una imaginacion fogosa, entre quienes se cuentan muchas señoras. Un gran número de nuestro partido reside en Paris, y podemos contar con su fidelidad: á la primera señal se pondrán sobre las armas acaudillados por sugetos leales. Por lo que hace á los auxiliares de las provincias, los creemos igualmente seguros, si nuestros corresponsales no nos engañan. En los países estrangeros podemos fundar iguales esperanzas de un éxito feliz. Sabemos por conducto seguro que el emperador accederá á nuestra conspiracion: tambien contamos con el auxilio del rey de Cerdeña y de la reina de Nápoles. Ultimamente, si la España no se declara en nuestro favor, por lo ménos se mantendrá neutral, y aun tenemos probabilidad de que interpon-

drá su mediacion en el asunto, proponiendo las condiciones. Por lo dicho entenderá Vd. que así dentro como fuera del reino hemos manejado, estimulado y puesto en movimiento todos los intereses personales, reuniéndolos en un centro comun. Si me pregunta Vd. ahora cuándo comenzará á representarse este drama político, cuyo plan tenemos ya concebido, y aun preparadas sus escenas, responderé, que su ejecucion depende de las circunstancias y de los acontecimientos. —

No me desagradó este bosquejo, pues á mas de una perspectiva lisonjera, presentaba un designio mas noble, mas claro, ménos complicado y de objeto más terminante que el de Manuel. La ambicion, mas bien que el amor á la patria, era el móvil de la última empresa, pues á escepcion de Malesherbes, todos los partidarios de ella aspiraban, tanto á ser los primeros magis-

trados de la patria como sus libertadores. Por el contrario en el proyecto de Toulan, todos los deseos, todas las opiniones se encaminaban á un solo objeto; á saber, al rescate, triunfo y restablecimiento de la familia real. Cierto es que para lograrlo, se necesitaba no solamente arrancar el cuchillo de mano de los sediciosos anarquistas, sino tambien las riendas del Gobierno á los republicanos; operaciones que presentaban muchas dificultades. Acaso el decreto de una bárbara política hubiera confundido los unos con los otros, persiguiendo con la espada del rey á los amigos y enemigos de la patria; pero esta injusticia horrible á mis ojos, lo era tambien á los de Toulan, el cual, mas bien amante que realista, como ya he dicho, veía en el buen éxito de la conjuracion, ménos la victoria de la autoridad real que la de la reina. Por tanto, aun suponiendo un resultado

favorable, era preciso abstenerse, así por prudencia como por humanidad, de mancillar lo con sangre inocente. Con sumo sentimiento reconocía la necesidad de derramar la de los principales delincuentes; pero envolver en la proscripción á hombres, cuyo pecado no era otro que opinar diferentemente que el vencedor, hubiese sido resucitar la jurisprudencia del siglo xiii, las funestas máximas de Maquiavelo y la conducta de los caníbales.

Tales consideraciones nos movieron á resolver que en presentándose la coyuntura, se confiase la ejecucion del plan á un corto número de sujetos de entereza y de prudencia, á fin de que á los delitos, cometidos por el terror revolucionario, no se siguieran otros mayores y de una peligrosa reaccion.

En quanto al vulgo, que nunca ve sino lo que le enseñan, estuvo en mera expectativa desde esta época hasta

el 11 de diciembre, día en que fué conducido el rey á la Convencion, donde se le hizo el primer interrogatorio. Paso en silencio las precauciones tiránicas que usó la municipalidad con los presos, y la visita que les hicieron cuatro individuos de la asamblea, por haberse todo publicado en los periódicos de aquel tiempo; y voy á referir lo que ellos no han dicho, ni la muchedumbre ha podido observar.

Se ha repetido muchas veces, que la necesidad es madre de la industria, y así es la verdad; pero á veces tiene esta su origen en un principio mas noble y no ménos ingenioso, que es el amor. El que Fitz-Asland profesaba á la hija del rey, á mas de hacerle idear el medio de verla y ser visto de ella, le había sugerido el de entablar una correspondencia seguida, no entre mi alumno y la princesa, (por no comprometer el decoro de esta) sinó entre mí y los

presos. Quedé en gran manera maravillado, cuando me introdujo en la casa que tenía alquilada enfrente de la torre, donde fuí muy bien recibido por madama Melwood, la cual me pareció digna de haber escitado en otro tiempo una pasion, segun el interes que aun inspiraba. Como había tantos motivos para estrechar nuestra union y confianza mutua, sin contar con el paisanage, en breve nos hicimos amigos. Amaba á Edwino como á hijo, y desde luego había accedido á sus deseos, igualmente que Paquita, á la que no vi en esta primera visita; y entrambas habían dejado el cuarto que habitaban en la calle del Sena, por venir á ocupar este. El triste aspecto de aquella torre gótica, y el espectáculo de los reyes que la habitaban hechos juguete de la fortuna, decían muy bien con el alma afectuosa y melancólica de madama Melwood. Esta tenía en su cuarto

un organillo portátil, cuyo sonido fuerte ó templado, segun era menester, correspondía al que de tiempo en tiempo salía de las torreillas del Temple. Mas no se había contentado la industria de mi alumno con esta especie de comunicacion.

Encima de la habitación de madama Melwood había un gabinetillo de figura octágona, en que había puesto Edwino una máquina óptica, por medio de la cual, escribiéndose cualquiera cosa en el cuarto del rey con caracteres blancos señalados en un lienzo negro, venían estos á reflejarse, aunque del reves, en un espejo plano, que los repetía en un vidrio convexo, donde se aumentaban y podían leerse. Esto bastaba para saber cuanto ocurría en la prision, y recibir órdenes de los reyes, mas no para responderles ni darles noticias; y á fin de lograrlo, valíase Edwino de diversos medios. Si quería

participarles alguna noticia de dia, empleaba la correspondencia oriental, es decir, ponía en la ventana varias jarras de flores de cierto modo concertado. ¿Ocurría algun acontecimiento imprevisto, que era preciso noticiar á los presos? entónces formaba las palabras necesarias con letras movibles de color resplandeciente, colocadas en un fondo oscuro; despues ponía detras de una gasa trasparente varias luces en medio del gabinete, y de esta manera suplía de noche el ministerio que de dia hacían las jarras: tal era la correspondencia ocular. Había otra, como he dicho ya, propia del oido, que formaban el piano de la reina, el órgano de madama Melwood y la flauta con que acompañaba Edwino. No contento este todavía con aquella comunicacion tan escasa, llegó á idear, en fuerza de repetidas esperiencias, una máquina, que le retrataba en lienzos preparados

al efecto, la imágen viva y colorida de los presos, y la ocupacion en que se entretenían. La primera vez que vió retratarse del modo dicho el cándido y bellissimo rostro de María Teresa, quedó estático y como fuera de sí, no pudiendo manifestar su enagenamiento y alborozo, sinó con las tiernas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Parecióme que debía recompensar tanto zelo y esmero con una absoluta confianza de mis proyectos; y así se los comuniqué en presencia de su hermana y de madama Melwood, á quienes agradaron sobre manera. Todos convenimos en que la casa sería un despacho ú oficina intermedia entre el Temple y el partido favorable al rey; mas para no comprometer la seguridad de aquella, quedamos en no admitir mas que á las personas de un carácter firme y seguro.

Mientras que nosotros por medió del

artificio, preparábamos los ausilios posibles á la fuerza armada, se hacía mas y mas temible y escandalosa la lucha entre la faccion de la anarquía y el partido republicano. Desde el momento en que Louvet acusó públicamente á Robespierre, no resonaba en la tribuna nacional sinó el grito de todas las pasiones irritadas. En vano los prudentes y los amigos verdaderos de la patria se afanaban por consolidar la fábrica del nuevo Gobierno, mientras una horda feroz de salvages hablaba solo de esterminio, pretendiendo inundar con torrentes de sangre la república cubierta de ruinas. República! nombre que se estampaba en todas las paredes, en la fachada de palacio, en las bóvedas de los templos, y en la escarapela de los ciudadanos; al paso que el despotismo reinaba en todas partes, y la tiranía se apoderaba de toda la Francia. Marat escribía con

pluma ensangrentada, y Hebert humedecía la suya en el hediondo cieno de las plazas: donde quiera, se predicaba la doctrina de una libertad ilimitada con el acento de la inmoralidad.

Los progresos de la facción de Orleans eran notables y espantosos, y en proporción iba disminuyéndose el crédito de los republicanos de la asamblea; de suerte que Toulan tuvo ya por conveniente informar al rey del estado de los negocios, y S. M. respondió por la óptica telegráfica en los términos siguientes.

ESQUELA DE LUIS XVI,

COPIADA

DE UN ESPEJO CÓNCAVO.

(*Documentos justificativos, núm. 12.*)

« Despues de dar gracias á mis fieles amigos en nombre mio, de la reina y de mi familia, deseamos todos saber el número y las circunstancias de los que están declarados en nuestro favor. En Paris debe hacerse una averiguacion escrupulosa, un viage á las provincias, y ha de guardarse correspondencia seguida con las cortes estrangeras. Meditad este plan, y comunicádme vuestro modo de pensar. »

No tardamos mucho en deliberar, pues los deseos del rey eran órdenes para nosotros. Aquella misma noche tuvieron junta los principales caudi-

llos, á la que fui admitido por la vez primera.

Componíase aquella de unos treinta individuos, á quienes presidía un personaje que se tenía por emigrado en aquel tiempo. También observé allí muchos sujetos notables en el Gobierno antiguo, dos prelados, algunos sacerdotes, y un número muy considerable de empleados públicos, la mayor parte del cuerpo municipal. No hacía Toulán en esta junta el papel mas distinguido: contentábase con animar á los individuos que la componían, haciéndose así el mas útil de todos.

Había yo adquirido una reputacion honrosa por adicto al rey, y en este concepto me recibieron con agasajo. Leí la carta de S. M., acerca de la cual debía deliberarse, y entónces observé que entre los realistas, como entre los que seguían los otros partidos, era el egois-

mo el móvil de todas las operaciones, segun me lo había indicado Toulán. En los varios discursos que se pronunciaron, eché de ver, que los nobles hacían poco caso de los magistrados, quienes en recompensa estimaban á aquellos bien poco; que los eclesiásticos menospreciaban altamente cuanto no pertenecía al clero, y que si todos se reunían con los miembros de la municipalidad, era porqué los obligaban á ello la necesidad y el interes. No me escederé en decir, que no había otros dos como yo, que amasen al rey por su propia persona, y le sirviesen aun contra sus mismas opiniones.

Por lo demas fué sumamente satisfactoria la manera con que se entablaron los negocios, encaminados al triunfo del monarca. La opinion pública había llegado ya á su madurez, y solo esperaba la señal para manifestarse: en la municipalidad, en las juntas

populares, y en todos los parages públicos estaban preparados los gefes. Una palabra del rey, una indicacion del que mereciese su confianza, iban á poner en movimiento esta gran máquina, que arrollando la tiranía debería dejarla aniquilada. Aun prometía mas feliz éxito la correspondencia en el interior y en los países estrangeros: aumentábanse de día en día las tropas de emigrados, que mandaban el príncipe de Condé y el conde de Artois: el emperador había prometido tentar la entrada en Francia, al primer insulto que se hiciera al rey: la Inglaterra daba muestras de abandonar la faccion de la anarquía; y las potencias de segundo orden estaban dispuestas á seguir el impulso de las primeras. No eran ménos seguras y favorables las disposiciones de los departamentos, en especial los de poniente.

Observaba yo, que estaba concebi-

do el plan de la conspiracion con una uniformidad demasiado perfecta: todas sus partes se unían tan exactamente, que formaban un todo muy regular y simétrico: no había el menor vacío ni defecto, de suerte que debía esperarse un éxito feliz; pero á decir verdad, esta grande union, léjos de tranquilizarme, me inquietaba sobre manera. En ninguna parte había visto, sinó en algunas novelas mal inventadas, ejecutar sin obstáculo alguno semejantes empresas. Por otra parte me hacía temer la debilidad habitual del rey, que contemporizaría y vacilaría aun en el momento decisivo. Este inconveniente, sin mencionar otros, que nadie preveía y de que ninguno hablaba, era suficiente por sí solo para retardar y aun disolver la conspiracion. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia perseguida, decía yo, falsificar este funesto vaticinio!

Siendo tan satisfactorias las noticias que debía yo dar al rey, pareció inútil el viage de observacion á las provincias, porqué ademas la correspondencia semanal que se recibía de ellas, daba grandes motivos de seguridad y de esperanza.

De este modo una junta de legisladores, trasformada en anfiteatro tumultuario, donde un gran número de atletas virtuosos y elocuentes, pero esparcidos y sin cabeza, luchaba con un corto número de foragidos animosos y disciplinados; un Gobierno versátil, vagando sin principios y sin brújula por las olas de una revolucion desenfrenada; una municipalidad usurpadora de la soberanía popular, de que hacía alarde con impudencia despótica; las reuniones parciales, y una *sociedad patriótica*, donde empezaba á mezclarse con el ardor del entusiasmo cívico el delirio de la ambicion y la

sed de los asesinatos; un pueblo incierto de su destino, mal seguro en su existencia, extraviado en las cosas, engañado y seducido por las palabras; por otra parte un rey aprisionado, á quien unos preparan el cadalso, otros quieren restituir al trono; en cuya vida se interesa la nacion, temiendo al mismo tiempo el verle de nuevo coronado: en fin, miétras que todos estos intereses tan encontrados inundan y asuelan el interior de la Francia, un ejército de héroes ceñidos de laurel, encadenando la victoria á sus banderas, dictan la paz á los mismos enemigos que les hacían la guerra. Tal era la situacion general de las cosas, cuando la Convencion nacional comenzó el proceso de Luis xvi. Al anunciarse este asunto tan importante, los reyes espantados guardaron silencio, la Europa volvió su atención á la nueva república, y la Francia esperó con una tran-

quilidad aparente la decision de sus legisladores.

Llego á esta época, memorable para siempre, caminando por la senda oculta que he seguido hasta aquí, sin osar entrometerme en el estenso y público dominio de la historia. Sus confines, si puedo esplicarme así, son los que pretendo recorrer; pero estando anejas á ellos muchas anécdotas interiores y domésticas, las considero desconocidas, y dignas por consiguiente de leerse con el mas vivo interes. Una familia desdichada, entretenida alternativamente por la esperanza, y amenazada por la proscripcion, pronta á sentarse triunfante en el trono, ó morir degollada en un cadalso; es el espectáculo mas propio para inspirar el terror y escitar la compasion. Pero ántes de dibujar este cuadro, daré á Vd. una idea de lo que pasaba en el interior del Temple.

Hacia ya algunos dias que se susurraba la causa que iban á formar al rey, á quien dimos aviso para su gobierno. Toulan que no se comunicaba ya con el monarca, había advertido de ello á la reina, la cual se lo insinuó á Luis en la comida; pero léjos de disgustarse con la noticia, dió muestras de contento, porqué la inocencia de su causa le hacía estar satisfecho de sus resultados. Cuando supe que estaba bien preparado, le comuniqué cuanto había, por medio del telégrafo consabido. En el regocijo que mostraba su semblante retratado por la óptica, conocí el gusto que le habían causado mis noticias. Al dia siguiente leí en el cristal de reflejo el convite que me hacía de procurar la entrada en la torre, á fin de hablarle; añadiéndome, que las princesas habían conseguido pasar parte del dia en su cuarto, á quienes daría una satisfaccion completa, si llevaba

en mi compañía al amable Edwino. Mi hijo, decía también el rey, se acuerda de él todos los días, y tendrá mucha satisfacción en verle. En respuesta prometí á S. M., hacer cuanto estuviese de mi parte para llevar á efecto sus deseos.

No era esto fácil, porque la tiranía de la municipalidad se hacía de cada vez mas feroz, y su vigilancia mas temible; y así era preciso burlar á la una y sustraerse de la otra: para ello me auxilió Toulan, proporcionando el medio. Hacía tres días que el rey padecía mucho de fluxión de muelas, aunque sin quejarse, porque la reina le había persuadido, que sería una mengua pedir un facultativo.

Pero habiéndole hecho ver Toulan, que esta circunstancia presentaba la ocasión mas favorable, y tal vez la única de entablar una correspondencia con los de afuera, persuadió á su

esposo que presentase su solicitud. Se respondió á ella como deseábamos, y en consecuencia fueron llamados á la sala de la municipalidad el primer médico del rey y su cirujano ordinario, quienes recibieron de aquella tarjetas de entrada para ocho días.

Llevóme en seguida Toulan á casa de dicho cirujano, sugeto muy adicto á la familia real, y muy interesado en sus desgracias. Luego que le advertí de mi designio, reducido á sustituirle en sus funciones, me trajo de su gabinete un estuche lleno de instrumentos, y me lo entregó diciendo: Creo que no me conozcan los que habitan y custodian el Temple; pero si fuese al contrario, puede Vd. decir que va por mí. Confiado en el carácter de Vd., no rezeló de mi seguridad, y solo me da que temer la de Vd. —

Estaba ya hecha la mitad de la tarea, y era preciso completarla llevando con-

migo á Edwino, segun prometí al rey. Acerca de esto consultamos con madama Melwood, quien nos dió un consejo que fué adoptado, y se reducía á no ir al Temple hasta que estuviera de faccion la Paquita, que seguía sirviendo en el ejército nacional; siendo muy probable que pues tenía tantos amigos en diferentes cuerpos, no le fuese difícil mudar su guardia por la del Temple. Edwino entonces podría reemplazarla, logrando con maña ó con dinero hacer la guardia á la puerta del rey. Trazado así este plan, se ejecutó del modo siguiente.

El dia 15 de noviembre fué destinada Paquita al puesto de reserva. Cuando iba á marchar el destacamento destinado al Temple, á pretexto de una viva curiosidad, pidió ir incorporada con él; lo que consiguió á pesar de algunas quejas, que ella supo acallar con el argumento irresistible del dinero.

Al llegar, se separó de sus compañeros, y fué á buscar á mi alumno que la esperaba, el cual la reemplazó tomando sus armas. Hubo alguna dificultad para admitirle, por ser desconocido; pero habiendo acreditado que era amigo del ciudadano Roziers, logró desvanecer todas las dificultades. A mas de esto convidó á almorzar á sus camaradas, ofreciéndoles para la noche un solo de flauta. ¿Quién podría resistirse á tan fuertes razones?

A la vuelta de Paquita, luego que noté desde la ventana de su madre, donde estaba en observacion, que habían alzado el puente levadizo, me encaminé por calles escusadas á una, donde me esperaba un coche: entré en él, y llegué al Temple. Conforme á mi carácter tímido, y sin embargo emprendedor, sentí que me palpitaba el corazón, aunque al mismo tiempo se esplayaba con la esperanza.

Abro la puertezuela del coche, y lle-
ga un centinela, al cual manifiesto el
objeto de mi visita. Llama al oficial
comandante, quien viene con cuatro
soldados. Bajo, y me conducen con
buena escolta hasta el consejo de ad-
ministracion.

Antes de llegar á él, teníamos que
atravesar un patio, donde entre siete
ú ocho soldados ciudadanos distingo
á Edwino, que me conoce inmediata-
mente: acércase, y dirigiendo la pa-
labra á uno de sus camaradas, de mo-
do que yo le pudiese oír, dijo en voz
alta: á las cuatro entro de centinela,
camarada, ¿y tú? — Apénas había em-
pezado el otro á responderle, cuando
ya habíamos pasado.

Siempre me ha parecido, que estan-
do los magistrados en su tribunal, de-
ben tener presente la justicia, sin la
cual el poder no es mas que un latro-
cinio; y el decoro, sin cuya compañía

la justicia se asemeja al despotismo.
Uno y otro estaban desterrados del
consejo del Temple; sin duda porque
los atributos característicos de la hon-
radez, convenían poco á unos jueces
revolucionarios. Cuando me presenté
ante ellos, noté que disputaban con
mucho acaloramiento, hablaban todos
á un tiempo, paseaban por la sala pre-
cipitadamente, mezclaban amenazas y
palabras, gritos espantosos é injurio-
sos denuestos: tal ha sido poco mas ó
ménos el carácter de todas las asam-
bleas originadas de la revolucion. Pero
despues he dejado de maravillarme,
considerando la importancia de los in-
tereses que dividían á sus individuos,
las fuertes pasiones que en ellas se es-
citaban, la condicion y el carácter de
los oradores, la naturaleza de sus are-
ngas, y el objeto de la revolucion.

Mi presencia restableció el sosiego
entre los disputantes. El que los presi-

día, subió á una especie de tablado , donde me preguntó con un tono áspero mi nombre , el objeto de mi visita , y el título que justificaba mi entrada en este lugar formidable. Satisface á estas diversas preguntas , evitando sin embargo decir mi primer nombre : despues manifesté la patente que me había prestado el cirujano del rey , que no me devolvieron los jueces pesquisidores , hasta haberla registrado todos. No se limitaban á esto las precauciones : registráronme las faltriqueras , el forro de los vestidos y la copa del sombrero ; me hicieron quitar los zapatos ; abrieron el estuche ; sacaron todos los instrumentos ; y despues de haberse asegurado de que yo no ocultaba cosa alguna sospechosa , decretaron que uno de ellos me acompañase al cuarto de Luis. En el camino observé que se había aumentado el número de las rejas y de los carceleros, entre

los cuales noté , que los nuevamente empleados tenían un semblante mas fiero y terrible que los antiguos.

Manifestábase en el mio la compasion que oprimía mi corazon , y esto desagradó al municipal que me conducía. Para el oficio que Vd. ejerce , me dijo , me parece Vd. demasiado sensible. — Y esto ¿ es por ventura un delito? — No, pero es reprehensible, y es una debilidad compadecer á los enemigos de la patria. — No me compadezco yo de este como tal, sinó como hombre desventurado. — Él se tiene la culpa. — Por lo mismo es mas digno de compasion. — Ademas, que se halla muy bien con su infortunio, pues no le ha hecho perder el apetito ni el sueño. — La religion le alienta, y su inocencia le consuela. — El municipal arrugó las cejas, y despues de un corto silencio me dijo : No me pareéis un gran republicano. — Pues creo que un

republicano debe tener mas virtudes que otro alguno, y la humanidad me parece la primera. — ¿Pero no veís, pobre demonio, que todo eso es *moderantismo*? — No sé lo que entendéis por *moderantismo*; pero si es lo mismo que *moderacion*, tendré siempre á mucha honra el poseer una cualidad que hace mas amables las virtudes que uno tiene, y suple por las que le faltan. — Con tales principios jamas se hubiera cimentado la libertad. — Pero tampoco estaría inundado en sangre el pedestal de su estatua.

Hubiéramos continuado nuestro diálogo, á no haber llegado á la puerta del rey, que aun no estaba abierta, por no haber dormido S. M. en toda la noche. Clery se asomó á una rejilla del postigo, y yo dirigiendo la palabra á este fiel criado, le dije: Avise Vd. á Luis, que está aquí el practicante de su cirujano. — Clery, á quien había yo

dado á entender mi designio con una mirada, vino inmediatamente á responderme, que sería recibido del rey con mucho gusto. Alzaron las barras, abrieron los pestillos de la puerta, y entré.

La presencia del municipal que me acompañaba, me impidió ofrecer al augusto preso los respetos de mi sumisa veneracion; pero si mi lengua estaba muda, me di á entender con las miradas. El rey las comprendió, y me pareció que leía en sus ojos enterrecidos la satisfaccion que le causaba mi presencia.

Para acreditar que era un verdadero cirujano, pedí permiso para registrarle la boca. Díjome entónces el municipal: En la ocasion presente puedo servir á Vd., porque soy boticario: si el señor, añadió señalando al rey, necesita algunos medicamentos, tengo la botica mejor surtida de Paris. — En

esto S. M. arrojó un grito dolorido, que me sugirió la idea de libertarnos de un testigo tan incómodo, haciendo uso de sus ofertas. Despues de haber visto las muelas al rey, le dije: No creo que sea absolutamente necesario sacar la que os incomoda, porque no está dañada, y en mi dictámen bastará un emoliente para quitar la hinchazon. Puesto que el ciudadano me ha ofrecido sus servicios, los acepto, y voy á poner una receta que se servirá ir á preparar, y entre tanto yo esperaré el efecto de ella, con tal que de este modo no me oponga á los decretos del consejo. Nada tiene Vd. que hacer con él, replicó el municipal, pues solo yo soy responsable de la persona de Vd. Siendo así, repuse, á Vd. toca determinar si merezco su confianza. Mucho mas que Vd. piensa, me dijo: verdad es que no le tengo por un gran republicano; pero el que se atreve á mani-

festarse así en esta torre y ante un individuo de la municipalidad del 10 de agosto, es un hombre de bien indudablemente. Le dejo pues á Vd. aquí bajo palabra de honor, persuadido de que no dará al señor malos consejos, aunque se compadezca de él; y así escriba Vd. la receta, que estoy pronto á marchar.

Hícelo tan gozoso y aturdido, que apenas se podía leer. Garrapatos del antiguo estilo, dijo el boticario tomándola. ¿Pues en qué conocéis los caracteres del nuevo? replicó el rey, que se había puesto de buen humor con la condescendencia de aquel. Dícese comunmente, que la medicina moderna no exige que uno sepa leer ni escribir; y esto no impide que sanen los enfermos. Ni que revienten, dijo el municipal dejándonos.

Este hombre es grosero, dijo Clery, pero discurre bien, y podríamos sacar

partido de él. — Ay, mi amado abate ! exclamó el rey, dándome la mano , que besé con respeto ; ¡ cuánto he padecido desde nuestra última vista ! ¡ Con que ya se trastornó la antigua monarquía ! ¡ el Gobierno que ha producido tantos reyes buenos , y tan pocos malos , que ha hecho á tantos hombres felices , y tan pocos desventurados ! ¡ y en sus ruinas se funda una república ! De este modo no es á mí solo á quien arrojan del trono , sinó á toda mi descendencia : despojan de todo á mi muger , á mis hijos y á mi hermana , que ni aun tienen un asilo á donde acogerse , y pueden tenerse por dichosos en habitar una prision y existir en ella. Crueles son estos golpes : no es así ? Pero todavía hay otros mas fatales. Amigo mio , añadió aquel príncipe derramando lágrimas , me han separado de mi familia : mi infeliz muger , mis queridos hijos y mi hermana padecen

separados de mí , y yo tambien padezco sin su vista. Apénas podemos hablarnos cuatro palabras al tiempo de comer y un rato despues , pues siempre nos están acechando unos centinelas , tan duros , tan mal criados y tan insensibles... Ah ! estas gentes nunca han sido infelices. — Señor , convendrá que os quejéis á la Convencion. — Pero esta me remitiría á la municipalidad. Clery tiene un criado muy fiel que trae los diarios envueltos en ovillos de hilo , y por ellos veo los debates de la nueva asamblea. ¡ Qué hombres , qué principios , qué pasiones y qué language ! Acaso no faltan entre ellos hombres de talento y de virtud ; pero ¡ qué débiles ! qué desatinados ! Sin duda van á perderse : sus contrarios groseros , feroces y audaces serán sus asesinos. Sí , amigo , serán degollados , y yo iré delante de ellos. — Desechád estos tristes vaticinios , señor.

— Al contrario yo los fomento, y los tengo presentes todos los dias. ¿Quién querrá vivir para ser testigo y juguete de tales atrocidades? — Señor, estas durarán poco tiempo: el huracan es terrible.... — Sí, terrible, interrumpió el rey con el acento de la desesperacion: la tempestad aniquilará muchas cabezas, correrá mucha sangre....

Jamas había sentido con mas viveza este desgraciado monarca el horror de su situacion. No traté de consolarle, porque su corazon lastimado no podía recibir entónces alivio alguno; y por tanto me contenté con acompañarle en su sentimiento, llorando con él amargamente. Clery contemplaba silenciosamente y en pié esta escena lastimosa. O Providencia! Luis en un calabozo regaba con sus lágrimas la cadena regicida, y Robespierre y Orleans, sentados en solios ensangrentados, dic-

taban sus decretos soberbios á la nacion envilecida.

De improviso reprimió su llanto el monarca, y levantándose con rostro sereno, me dijo tranquilamente: Basta de gemidos, señor de Fermont; perdóneme Vd. este ímpetu que no he podido évitár: empleemos mejor el tiempo que nos proporciona la suerte. —

Habiendo puesto Luis xvi de centinela á Clery en la puerta interior del cuarto, me abrió la de la torrecilla que le servía de gabinete. Sentado yo junto á un bufete en que escribía el rey, me dijo: Cuando reinaba, solía Vd. repetirme que mantuviese con firmeza el peso de la corona; ahora que estoy aprisionado me aconsejará Vd. sin duda, que sufra el de mis desgracias con resignacion. Pues bien, mi querido abate, á pesar del enternecimiento que me ha escitado su inesperada presencia, sepa Vd. que el cielo me ha con-

cedido esta gracia. Esceptuando algunos males físicos, gozo de una perfecta salud : la tranquilidad de mi espíritu es inalterable, y cuando leo las anécdotas que tratan de mí, se me figura que repaso una historia estraña. No puedo desear á mis amigos sueño mas pacífico, que el que disfruto todas las noches. A buen seguro que el de mis perseguidores será mas agitado, pues mientras lo llaman en vano bajo los dorados techos del palacio de que me han despojado, yo lo gozo en medio de estas tristes paredes. Finalmente, si padezco algunas inquietudes y pesares, solamente es por mi familia, cuya futura suerte me espanta. O Dios mio ! á vuestra sagrada proteccion la encomiendo : servíd de padre á mis hijos, cuando yo cese de existir. — Al decir esto, levantó al cielo sus ojos, resplandecientes ya con la gloria de los justos, y despues volviéndolos á mí sosegada-

mente, se quedó por algunos minutos silencioso. Si no me engaño, continuó, el instante fatal no está léjos : tienen jurada mi muerte, y debo estar preparado para ello : á este fin he llamado á Vd., para que me aconseje lo que debo hacer. —

No se puede oír sin conmoverse, discurrir sobre la muerte á un hombre lleno de vida y robustez ; y el religioso terror que infunde una deliberacion tan importante, se aumenta en la boca de un rey. Contemplando ademas á este monarca, poco hacía el mas poderoso y respetable de la Europa, detenido ahora en los hierros de una opresion bárbara, y acechado sin cesar por los ardientes ojos de la tiranía, ¡ qué cúmulo de reflexiones tan melancólicas pueden ofrecerse á la imaginacion !

Mucho ántes de mi arresto, prosiguió Luis xvi, y mas aun pasado algun

tiempo, un copioso número de plumas y de voces calumniadoras ha reunido contra mí las acusaciones mas odiosas, imputando á mala fe los errores procedidos de las circunstancias; escitando contra mí el aborrecimiento, cuando debería inspirar tanta compasion; y pidiendo que se me castigue como delincuente, cuando deberían compadecerme como desdichado.

¿Qué puedo yo oponer á estos clamores tan injustos? el silencio y mi corazon. Pero si una endeble voz no puede oirse en medio de la tempestad que truena al rededor de mí, debo al trono que la Providencia me ha confiado, debo á mi hijo y á mí mismo, comportarme con decoro, apelando al tribunal de la historia y de la posteridad. Los sediciosos pueden abrir mi sepulcro anticipadamente; pero yo pondré encima de él este monumento.

Diciendo esto, sacó el rey de su car-

tera un cartapacio que me entregó, y en cuya carpeta leí estas palabras: *Proyecto de mi testamento*. No es ahora tiempo, añadió, de examinarlo: se lo confío á Vd., y deseo que lo registre con toda la escrupulosidad de su conciencia y de sus luces, poniendo al márgen sus observaciones. Quizá otro acaso, tan feliz como este, nos proporcionará la satisfaccion de vernos otra vez.

Manifestando al rey cuán enternecido y honrado me dejaba su confianza, procuré lisonjearle con algunas esperanzas, diciéndole: No hagamos tanta injuria á la humanidad, suponiendo que la Convencion, esto es, la flor del patriotismo y del honor frances, siga las órdenes sanguinarias de un partido. Ora consulte á sus propios principios, ora tenga que ceder á su interes, soy de dictámen que léjos de condenar á V. M., se declarará incompetente para juzgarle. Ellos creen que la cabe-

za de la nacion solo es responsable á la nacion misma; y como esta no puede formarse simultáneamente, han de confesar que este encargo solo corresponde á sus delegados. Veamos pues cuál es el poder de la Convencion. Redúcese este á reconocer, separar, contrapesar y organizar las autoridades públicas. Suponiendo que posea el poder constitutivo, no reside en ella por consecuencia el poder judicial, puesto que el primero no decreta mas que sobre asuntos generales, y el segundo aplica á particulares casos las decisiones del primero. Hé aquí unos principios, de donde se deduce, que si intentan hacer causa á V. M., será ante un tribunal nacional; pero en este caso se opondrá á lo mismo el interes de los que ahora gobiernan. Ya traten de consolidar la república que han establecido, ya tengan el designio de sustituir una nueva dinastía á la antigua,

¿cómo lograrán el consentimiento de le Francia, la adhesion de las potencias extranjeras, y la estimacion de toda la Europa, arrastrando al pié de un tribunal al que han arrojado del trono? Señor, en todas las circunstancias de mi vida he mantenido la franqueza de mi carácter y la independencia de mis opiniones: en los dias de vuestro mayor poder os respeté bastante para no adularos; en los de vuestra desgracia debo deciros igualmente la verdad. Ahora bien, señor, ¿podemos imaginarnos que la nacion mas apreciable del mundo, por ser la menos servil, sufra que se someta á las humillaciones de una causa criminal, á los debates de una acusacion, á la necesidad de una defensa, y á la suerte arriesgada de un juicio, un hombre que fué su rey? No: por muy despreocupado que se suponga á un pueblo, le será siempre muy difícil contemplar

sin sentimiento una cabeza privada de la corona. Pues ¿qué sería si esta misma cabeza, tanto mas infeliz cuanto fué mas respetada, se viese en peligro bajo la espada de la ley? El instante mismo señalado para su caída sería el de su triunfo; en el cadalso mismo se vería erigido un trono; una nueva diadema reemplazaría los instrumentos del suplicio, y los regicidas sacarían por fruto de su audacia criminal el horror, la vergüenza y el anonadamiento. Observád, señor, que estas ideas que indico superficialmente, no llegan al fondo de la causa criminal que suponemos. No hago mas que insinuar á V. M. algunas de las objeciones que la opinion pública, y aun la misma preocupacion, oponen á vuestros enemigos. Repito de nuevo que vuestra vida les es necesaria; que su mayor mal sería el que hiciesen á V. M.; y que la cuchilla alzada sobre vuestra

cabeza, no acabaría de caer hasta cortar las suyas. Ojalá, me respondió Luis, ojalá se convenzan de estas verdades, para usar de su triunfo con moderacion; pero, á decir verdad, mientras vea entre los nuevos representantes á los asesinos de setiembre, conservaré pocas esperanzas. No crea Vd. por esto que me falta valor, no: sabré sufrir con resignacion, y morir como soberano. —

Esta firmeza de ánimo, esta especie de heroismo, que las desgracias y el cautiverio dieron al débil Luis xvi, han sido muchas veces el objeto de mis reflexiones y el testo de mis comentarios. ¿Qué contrariedad tan señalada, entre Luis reinante y Luis aprehendido! Contraste singular! que burla todas las especulativas del corazon humano, y deja fallidas todas las probabilidades. Cuando Luis xvi era el primer monarca de Europa, lo po-

día todo y nada hizo: cuando cesó su poder, empezó á pensar como hombre, y á portarse como héroe. El peso de un cetro fué escesivo para sus débiles manos, y soportó noblemente el de sus cadenas. Sentado en el trono, escitó mas de una vez el menosprecio: encadenado en una torre, inspiró siempre respeto. La grandeza fué para él un elemento incómodo, en que cierta opresion continua no le dejaba respirar; mas luego que entró, por decirlo así, en la esfera de la desgracia, recobró la paz interior, y la serenidad se descubrió en su semblante. En una palabra, si hubiese terminado su vida en el aparato de la corte, la cronología hubiera agregado su nombre desconocido al de sus antepasados, al paso que la historia y la poesía están grabando ahora sobre su tumba, cubierta de palmas, lo grandioso de su desventura, la dignidad con que soportó los

trabajos, y la gloria de su martirio.

No es este el lugar oportuno de investigar las causas de estas maravillosas contrariedades, cuya análisis necesitaría toda la sagacidad de una metafísica sutil. Sin embargo indicaré dos de ellas, la una nacida del corazon del rey, y la otra de su temperamento. Procedía la primera de una creencia sólida en la religion, que le hacía menospreciar las grandezas perecederas por aspirar á la inmortalidad. Siendo cristiano ménos piadoso, hubiera sostenido con mas valentía el papel de rey, y sus súbditos le hubiesen obedecido; pero en su encierro, caso de haberlo sufrido, no hubiese experimentado los consuelos de la religion.

La otra causa debe atribuirse á su humor flemático y á su carácter indolente. Puesto por la fortuna en un teatro brillante, donde para hacerse notable, es necesario obrar, pero conde-

nado por la naturaleza á estar casi inmóvil; Luis vió levantarse y dar vueltas al rededor de sí al torbellino de los acontecimientos, que debiera haber contenido; y al contrario se dejó arrebatar de él. Degradado y cautivo, dejando de ser ya el juguete de las circunstancias, encontró por la vez primera, si no el destino mas glorioso, por lo ménos la situacion que mas le acomodaba. No importunaba ya sus oídos el estrépito de las grandezas y el tumulto de las revoluciones, á las que se siguió un largo silencio. Al extraordinario y confuso caos de los negocios políticos ha sucedido la tranquila uniformidad de una vida monótona, muy análoga al carácter y constitucion del rey. De actor, violento y atropellado en su representacion, ha pasado á espectador sosegado y tranquilo: la resistencia de su inaccion, que procedía de falta de valor, ha suplido el que le

negó la naturaleza. Si á esto se añade, que Luis, por una deplorable casualidad, ó mas bien por una bárbara combinacion, se ha visto rodeado durante su prision de una turba de hombres de costumbres groseras, malvados por gusto, crueles en sus opiniones, y que han procurado hasta los últimos momentos hacerle mas insoportables las ansias de su prolongada agonía; podrá comprenderse, cómo es que se ha manifestado héroe en el Temple, el que tan poco tenía de rey en las Tullerías, y por qué resplandece la gloria en el sepulcro del mismo, cuyo trono estuvo envuelto en la oscuridad.

En seguida de esta conversacion con el rey, me confió los entretenimientos en que pasaba sus ratos ociosos, diciéndome: Antes que me hubiesen separado de mi familia, me divertía en pasearme con ellos. Los juegos pueriles de mi hijo, la graciosa amabilidad de mi

hija, la resignacion de mi hermana, la grandeza de ánimo, el carácter elevado y la varia instruccion de la reina, me hacían olvidar la tristeza y peligro de mi situacion. A la sombra de unos grandes árboles que hermocean el jardín, cercado de los objetos que mas amaba, para que nada faltase á mi felicidad, hablábamos de cosas gratas á la memoria. ¡Recuerdos crueles, y al mismo tiempo halagüenos! Mi corazon solo os conserva, sin atreverse á confiarlos al labio. ¡Ah, señor de Fermont, cuánto daño me han hecho mis hermanos!.... Detúvose Luis como sorprendido y espantado con esta exclamacion involuntaria, que se le escapó á pesar suyo, y luego añadió: Ahora que no me permiten desahogarme con mi familia, procuro entretener el tiempo con la lectura, conociendo que el estudio suaviza todas las pesadumbres. La lectura de los viages me aleja del

trato habitual de unos hombres á quienes amo, aunque me persiguen; me lleva con la imaginacion á las naciones que llamamos bárbaras, porqué se acercan á la naturaleza, y que en mi entender, dotadas de virtudes que no ha alterado la cortesania, cumplen sin trabajo con todas las obligaciones anejas al hombre. En aquellas poblaciones felices, favorecidas con un clima apacible, con un terreno templado y abundante de los frutos mas apetecibles, vive y reposa la libertad, que no sirve de pretesto al latrocinio; la igualdad, con cuya máscara no se disfraza la anarquía; y la fraternidad, que reúne, no en medio de lanzas amenazadoras, sino bajo una guirnalda de flores, los pechos nacidos para amarse. Por lo que hace á la historia, me instruye igualmente en los arcanos de los gabinetes, y en los secretos profundos del corazon humano. Ya veo las naciones

postradas silenciosamente bajo el azote sangriento de un Domiciano; ya una muchedumbre enloquecida y alborotada á la voz de Mazaniello; en otra parte se me representan millares de soldados, degollados por el hierro de los sarracenos; mas allá un tropel de gentes ciegas, engañadas y mutiladas por ministros fanáticos y supersticiosos; y en todas partes los pueblos, miserables juguetes del despotismo de los que mandan, del orgullo de los sediciosos, de la ambición de los conquistadores. O Dios! ¿habéis criado al hombre y permitido la institución de la sociedad civil, para hacerle presa de un corto número de hombres pérfidos y criminales?

Continuando Luis xvi esta conversacion, me manifestó un tesoro de noticias reservadas en su memoria, que inspiraban á su imaginacion las ideas mas lisonjeras, y á su juicio las refle-

xiones mas sensatas. Entónces conocí, que si una educacion viciosa, como la que generalmente se da á los principes, no hubiese bastardeado el origen de sus virtudes y de su talento, y desarrollado las calidades que le fueron dañosas y causaron su pérdida, á saber, la timidez y la debilidad; Luis xvi, incapaz de ser un rey malo, como tampoco un gran soberano, hubiera podido dar el ejemplo demasiado raro, de un monarca virtuoso é instruido.

En esta conferencia supe tambien, que se entretenía en traducir del ingles el último viage de Cook, que aun no teníamos en nuestro idioma. Pero no era esta la única obra en que el rey se había ocupado: instruido profundamente en la geografia, había reducido á sistema regular el *tratado de los rios*, cuya descripcion y nomenclatura había ideado Luis xv. Finalmente, por esta aplicacion continua al estudio se

echaba de ver, que si Luis volvía de cuando en cuando su atención á su grandeza pasada, consintiendo que se le restituyese, era ménos por su deseo y por pesarle el haberlas perdido, que por condescendencia con la reina y por afecto á sus hijos.

Hacía ya mas de una hora que nos había dejado solos el oficial de la municipalidad, y que el rey estaba conversando familiarmente conmigo, cuando entró en el cuarto su familia, á la que miré con enternecimiento, y ella se me mostró regocijada en verme de nuevo. Las princesas, vestidas con la mayor sencillez y decencia, tenían cubierta la cabeza con pañuelos de muselina, refajados como un turbante, y anudados á un lado. El retiro había hermosado á la mas jóven, que tenía unas facciones bellas y nobles, y una tez blanca y sumamente fina. La tranquilidad estaba retratada en el sem-

blante de Isabel, al paso que en el de la reina, arrugada ya por los pesares, se descubría la violencia de una alma atormentada con los trabajos y la meditación. Por su parte el príncipe aumentaba el interes de este tierno cuadro con su ingenua y candorosa sonrisa, su rubio cabello, y la sencillez y viveza de sus acciones. Advertíase un contraste lastimoso entre la impetuosa seguridad del tierno príncipe, que jugaba con sus cadenas, como si fueran dijes, y la gravedad altanera de la reina que reprimía sus lágrimas, y rechazaba con fiero disimulo los insultos de sus verdugos.

La reina y su cuñada sabían todos los dias los progresos de la conspiracion, porque Toulan, que seguía sirviendo su empleo de comisario municipal, les daba cuenta exacta de ello. Su esplosion y el éxito que tendría, inquietaban mucho á Isabel, como tam-

bien á la reina, aunque sin intimidarla; pues siempre encontraba en su grande espíritu recursos contra las desgracias, y al mismo tiempo sabía inspirar al rey una confianza que ella misma tal vez no tenía. En suma, podemos decir, que ella sola comunicaba vida y movimientos á los personajes débiles y honrados que la cercaban.

Estábamos entónces tratando asuntos demasiado importantes, para que me viniese á la idea mezclar con ellos el nombre de Edwino: la reina fué la primera que se acordó de él, y supo con satisfaccion que había hallado medio de llegar hasta el cuarto del rey. Al oír el nombre de mi alumno el jóven Carlos, dejando un castillo de naipes que estaba haciendo, corrió á preguntarme, si vería aquel dia á *su buen amigo*. A lo que respondí, que era muy regular. Siendo así, me dijo, me alegraré mucho; pero no faltará quien

se alegre mas que yo, añadió mirando á su hermana con graciosa sonrisa. Estas pocas palabras, que hicieron sonrojar á María Teresa, me dieron á entender, que Fitz-Asland no suspiraba inútilmente, y que á pesar de la distancia de lugares y gerarquías, el amor que se burla de los obstáculos y cerros, se había hecho entender por medio del telégrafo y de la óptica. Hallándose las cosas en este estado, me pareció conveniente abandonarlas al acaso, no queriendo por un rigor, tal vez laudable en sí, pero inoportuno en las circunstancias, apretar mas el nudo á las ligaduras de los presos.

La fortuna que había comenzado á serles favorable, continuaba del mismo modo. A la hora indicada Fitz-Asland vino á reemplazar al centinela de la puerta exterior, y por un agujero de la reja tuvo la honra de besar la mano al rey, á su hijo y á las princesas. Ma-

nifestáronle SS. MM. el gusto que recibían de verle, y le hicieron varias preguntas, á que respondió con discrecion, pero sin la viveza que tuvo en la primera conferencia. Luis le habló particularmente sobre la mecánica, de que tenía este príncipe un gran conocimiento; aprobó los ensayos que mi alumno había hecho en esta ciencia en utilidad suya, y le prometió recompensarle, cuando la fortuna se lo permitiese. Durante este coloquio, interrumpido continuamente por la reina con preguntas relativas á la opinion de las gentes en orden á ella; estaba yo observando á la princesita, que sumergida en un silencio pudoroso, no perdía una palabra, un ademan, ni una mirada de su amante. Este, contento con hablar delante de ella, no desperdiciaba ninguna de sus prendas; y para darlas mejor á conocer, sobrevino un accidente, tan favorable como imprevisto.

Un ruido que oimos en las rejas de afuera, nos hizo creer que volvía el boticario municipal. Retiráronse los presos al medio del cuarto, y Edwino, apoyado en su fusil, se puso á silbar; pero todas estas precauciones nos parecieron inútiles, viendo entrar á Toulan. Dijo este al rey, que su compañero, preparando el medicamento de mi receta, se había quedado sin sentido sufocado con el humo del carbon; y que agravándose este accidente, se había dado parte al consejo, quien eligió á Toulan en lugar de aquel, para tener cuidado de los presos y de mí. Dejó á la consideracion de Vd. el regocijo que nos causaría esta noticia.

Había quedado entreabierta la puerta primera del aposento del rey cuando entró Toulan, quien mandó al carcelero que se retirase, puso á Clery de centinela en la segunda puerta, é hizo entrar á Fitz-Asland. Esta reunion de

circunstancias favorables y de vasallos fieles enternecieron vivamente á la familia real : hubo algunos minutos de silencio , durante el cual recompensó aquella nuestro zelo con lágrimas y palabras interrumpidas , pero enérgicas , con que respira y se desahoga una alma afectuosa.

Queriendo economizar los favores de la fortuna , hicimos una breve reseña de los sucesos acontecidos hacia cuatro años , y en particular de los mas recientes , que habían acarreado tantas desgracias á la familia real . Examinamos su actual situación , y despues , recapitulando los recursos que le quedaban , comparados con las necesidades y los peligros que la amenazaban , llegamos á la cuestion siguiente : ¿ qué uso se debía hacer de los primeros para evitar los segundos ? en una palabra , ¿ de qué modo y con qué señal se daría principio á la conjuracion ?

En estos debates , en que se ventila la libertad , el honor y la vida , largo tiempo agitados por los contrarios vientos de todas las pasiones desenfrenadas ; en estos instantes decisivos , en que se trata de salvar de un próximo naufragio al inocente ; los espíritus reconcentrados en sí mismos con el terror del peligro , están en una continua reaccion , y se esplayan con la perspectiva futura del vencimiento . Esta es la ocasion propia para sondear los arcanos del corazon humano , porqué entónces la naturaleza libre de las trabas políticas que se honran con el nombre de decoro , se muestra con toda su genial franqueza , y se la sorprende , por decirlo así , en sus mismas operaciones.

En iguales circunstancias pude penetrar á fondo el corazon del rey y de su esposa : conformes los dos en el mismo designio , discrepaban en los

medios y en la época de la ejecucion. Luis se inclinaba á los mas benignos, y quería diferir aquella para el momento en que su causa tomase mal aspecto: la reina estaba determinada á señalar el establecimiento político de su casa con hechos severos, descargando algunos golpes sangrientos. Mi adhesion á este partido, dijo la misma, no procede de pura venganza, sinó de prudencia y necesidad. Si me dejase llevar de mi encono, pagando con justas represalias los tormentos que padezco, aniquilaría á esos reptiles ponzoñosos que nos los ocasionan. Una razon serena, un cálculo seguro, me han hecho ver, que la ruina de los caudillos arrastra consigo la de sus partidarios: mueran pues estos gefes, á fin de que podamos nosotros vivir, y para que así espíen sus delitos, afianzando tambien nuestra seguridad. Con este rigor oportuno se adquiere un soberano el

poder de ser justo y el derecho de ser clemente. —

La discusion se dilató mas tiempo, sin hacerse por esto mas importante; resultando de ella, que ni adoptamos la ligereza de la reina, ni las dilaciones del rey, limitándonos á hacer nueva reseña de nuestras fuerzas comparándolas con las del enemigo, para sorprenderle en el día del ataque. Determinamos tambien que Toulan presentase de allí á dos dias al rey por escrito el plan de la ejecucion, y que al pié pusiese S. M. su poder especial.

Arreglado así todo, dijo el rey: Ya nos hemos ocupado bastante en mis cosas: entreguémonos ahora al desahogo que proporciona la amistad. Decídme, ¿no debo estar sumamente agradecido á la Providencia, que me ha deparado tantas satisfacciones por esta parte, al mismo tiempo que me despoja de mi poder fastuoso? Véome

privado del cetro y de la corte ; pero nunca he estado mas gozoso en el seno de mi familia , que recompensa mi ternura , haciéndome olvidar mis infortunios. —

En seguida se acercaron las princesas á la ventana , y formaron corro. Ocupadas las tres en bordar , disipaban el tedio inseparable de la grandeza , con el entretenimiento de un honesto trabajo. Sobre una mesa , en que solía escribir Clery algunas máximas morales para el príncipe , estendió el rey el mapa de Francia , y cubriéndolo con papel blanco , mandó á su hijo que practicase las lecciones de geografía que le enseñaba , para darnos una prueba con esto de su aplicacion. Decid tambien de mi agradecimiento , amado padre , añadió el príncipe : y luego se puso á delinear con ligereza y exactitud las divisiones , el nombre de cada departamento y de

cada distrito , el curso de los rios , y las montañas mas notables.

A la leccion de geografía siguió otra de historia , en que ejercitaba Luis la memoria y el talento de su hijo , especialmente con sucesos de revoluciones. Había hecho el rey un extracto sucinto , pero bastante puntual , de los mejores autores antiguos y modernos ; y este dia trataron el augusto maestro y su discípulo de la revolucion que arrojó del trono al famoso Dionisio , quien armado de una palmeta en vez de cetro , se ocupaba en enseñar á muchachos , en lugar de gobernar vasallos. Era bien conocida la alusion , y el rey se la hizo entender mas de intento á su hijo. Ya ves , Carlitos , le dijo , que no soy el único monarca destronado , que temple el rigor de su desgracia con el estudio. Dionisio enseñaba á leer.... — Y enseñaba á sus hijos ? preguntó el príncipe con una mirada y un acento

tan tierno, que las princesas suspendieron á un tiempo su trabajo, y María Teresa corrió á estrechar á su hermano en los brazos del monarca enternecido. Esta escena sencilla y tierna escitó á un tiempo nuestro gozo y sentimiento.

Acabóse la conferencia con un rato de música. Edwino, sin haberme prevenido, había adoptado á la música de un romance conocido la letra siguiente, que cantó, dignándose acompañarle la reina con el piano.

En este umbróso bosque
La tierna tortolilla
De rama en rama salta,
Doliente y abatida.

De amor sentidos ayes
A su consorte envía,
Y el eco así repite
Sus quejas espesivas:

Unidos nuestros pechos
Felices ser podrian,
Gozando en paz dichosa
Mil plácidas caricias.
Mas si de aquí distante

Mi ardiente amor esquivas,
¿Cuál otra, di, volverte
Podrá tan firme dicha?
Escucha mis gemidos;
Cual yo tierno suspira,
Y fino corresponde,
Y torna á tu querida.

NOCHE SÉPTIMA.

Ocho dias despues de aquella conversacion , que participamos Toulan y yo á los que dirigian la conjuracion , recibí una esquela de Manuel, en que me informaba que al dia siguiente la Convencion nacional celebraría una junta secreta , para deliberar con toda madurez acerca de la suerte de Luis xvi. Acompañaba á dicha esquela una licencia para poder entrar en la sala de juntas. Acabada ya mi comision quirúrgica , no hubo otro conducto para avisar al rey este nuevo incidente que por medio del telégrafo.

Si se hubiese hecho pública esta sesion , la mas memorable de cuantas ha habido en Europa , hubiera bastado

para fijar la opinion acerca de sus principales individuos. Libres estos de la vigilancia de las tribunas , los vi abandonarse sin reserva alguna á la pasion que los dominaba. Cuál se entregaba al fanatismo político; cuál á una exageracion revolucionaria ; este buscaba los aplausos ; el otro manifestaba toda la astucia del engaño ; algunos iban tras el amor de la gloria ; otros tras los honores supremos ; y el número mayor se dejaba llevar del ímpetu de un patriotismo , respetable en su origen , terrible en sus choques y pernicioso en sus resultados. Voy á bosquejar , en cuanto me lo permita la memoria , las cosas mas notables de esta escena verdaderamente teatral , y de la mayor importancia por los actores que la representaban , por la cuestion que en ella se ventuló , por el acaloramiento de los debates , y por el influjo que ha tenido en el destino del rey , de la

Francia, de la Europa y de todo el mundo.

Cuando entré, presidía Gensonné: el lado izquierdo, llamado *la montaña*, estaba lleno de arriba abajo; en el centro había bastante gente, y á la derecha casi nadie. Barrere ocupaba la tribuna: reinaba un gran silencio, y todos escuchaban con interés á este hábil orador, cuyo talento flexible parecía que se acomodaba á todas las voluntades y opiniones. Cada cual escuchándole, se imaginaba oír la expresión de su propio pensamiento, y en este concepto reunía todos los votos.

En el orden moral, decía Barrere, hay ciertas verdades matemáticas en que todos convienen, así como todos admiten los hechos incontestables de la física. Pregúntese á cada uno de nosotros qué figura tiene el sol, y responderemos á una voz, que redonda. Pregúntesenos también sobre los bienes de la

esclavitud y los males de la libertad, y nos parecerán estos preferibles á aquellos; porque siendo poco numerosos unos y otros, queremos naturalmente la mayor suma de bienes, de la cual solo hay que separar una cantidad pequeña de males.

Pero cuando vengamos á los medios de formar la mayor suma de estos bienes y la segregación mas considerable de estos males, entónces falta la unanimidad, el problema divide las opiniones, y los debates comienzan. Tal sería el caso en que nos hallaríamos, si no nos reuniese el interés comun de la patria. ¿Quién de vosotros pondría en cuestión la libertad de ella?

Dos opiniones principales, y al parecer irreconciliables, dividen á la Convención. Los partidarios de la primera se imaginan que interesa á la gloria de este país y á la justicia de la asamblea, citar ante el tribunal de la opinión á

un mortal que fué rey. Los que siguen la segunda, contemplan tan sólido al nuevo Gobierno, que les parece inútil para afianzarlo la humillacion de un monarca, y aun creen que las naciones confederadas solo esperan este pretexto, á falta de justo motivo, para armar contra nosotros á los pueblos preocupados. Cada uno pues halla en su patriotismo y en su conciencia la causa y el apoyo de su dictámen; y así cada cual debe felicitar al que le parece mas o puesto á su parecer, porque abrazando á un adversario, puede estrechar á un verdadero republicano.

Tras esta reunion fraternal, que reconcentra en un punto los corazones destinados á fundar la libertad, ¿escitaréis todavía una cuestion, cuyo interes particular debe envolverse y sepultarse en el interes general? ¿Qué importa al bien de la república, que Luis duerma en un salon de las Tulle-

rías, ó en la torre del Temple? ¿Por ventura valen mas su existencia moral y su muerte política, que el tiempo que emplean los republicanos en ventilar estos puntos? Dejad dormir al hombre arrojado del trono, ó mas bien desembarazad el suelo de la libertad de los escombros de este mismo trono, quiero decir, de las instituciones monárquicas: póngase en circulacion la sangre del cuerpo social estenuado, y de este modo se establecerá solidamente la república.

¿Es este, exclamó Danton sin dejar su puesto, es este el lenguaje fiero y enérgico de un amigo de la libertad, ó el de un vil partidario de la tiranía? Aprobar todas las opiniones, ó despreciarlas todas, es no hacer nada. La sangre me hierve, cuando oigo tratar de indiferente el medio que proponemos. Indiferente, gran Dios! Sí, lo será para los que lisonjean igualmente á la

república que á la soberanía, así como los que pasan de los brazos de una cortesana á los de otra. Pero nosotros, pontífices de la igualdad, aunque nos traten de Drúidas, le juramos un sacrificio digno de ella; y si vuestro patriotismo volátil no se hubiese evaporado el día en que hicisteis un esfuerzo para proclamar á la república, la cabeza del tirano hubiera rodado á nuestros piés, y su sangre hubiese teñido la toga de los legisladores; pero entre tanto que llega esta hora, empieze su causa criminal.

Sí, continuó Robespierre que había subido á la tribuna, empieze su causa: veamos en un banquillo al que se sentaba en un trono; y padezca la soberanía la humillacion de ser acusada en la persona de Luis. Pero guardémosnos de un acaloramiento que suele ser sumamente dañoso, cuando sale de la imaginacion exaltada, y no del co-

razon sereno; pues son tan temibles los ardores del estío que agostan la vegetacion, como los hielos del norte que desecan el jugo nutricio. ¿Por qué nos hablan de cortar cabezas, de verter sangre? ¿por qué nos pintan á la libertad armada de un puñal? Esta hiere sin duda, pero cuando la ley dirige sus golpes; mata, pero no asesina. Demos un carácter solemne al juicio del rey; comparezca delante de vosotros que representáis á la nacion. Como ella, sed desapasionados: mirád solo á la patria, y mas que á esta á la justicia.

Robespierre, dijo Saint-Just, ha presentado en pocas palabras los principios de la política, las reglas de la moral, y la teórica de las revoluciones. Legisladores, no tengo que añadir mas que una palabra: la patria se engaña á veces por zelo, y á veces por interes: la justicia inflexible no comete errores; y en caso de cometerlos, los enmienda.

Juzgád pues al rey, y la justicia os dirá, si se le ha de absolver ó condenar.

Otros oradores hablaron despues de estos, variando únicamente en algunas circunstancias; y así todos votaron por la misma opinion. Hasta entónces ninguno se había opuesto, y me pareció que *la montaña* victoriosa iba á conseguir el decreto sin discusion. Ya asomaba en el semblante de casi todos sus individuos la sonrisa del vencimiento, cuando Vergniaud sube á la tribuna, y con una voz penetrante y sonora esplica su dictámen de esta manera: Busco entre vosotros legisladores, y no hallo mas que amotinados. — Al decir esto, suena en *la montaña* un sordo murmullo; el orador lo desprecia y sigue. — No diré como Barrere, que nos debe ser indiferente la suerte del preso. Y por qué? ¿acaso por haber sido rey, ha dejado de ser hombre? no padece? será un delito el compadecerle?

atreveos á echármelo en cara... Los clamores de las víctimas de setiembre os impondrán silencio. — Centenares de gritos se oyen á un tiempo en diversos puntos de la sala: unos dicen: *silencio, silencio*; otros: *á la Abadía con él.* — *Abajo Vergniaud, que es un realista.* — *Dejád hablar al estadista.* — *Dejád cantar al canario de la Gironda.* El presidente repiquetea la campanilla, y Marat escalando la tribuna grita así: En honor de la asamblea, pido que se prohíba hablar á Vergniaud. En honor de Vergniaud, responde este, pido que se apruebe la propuesta de Marat. — Crece el ruido, el tumulto se aumenta: treinta individuos *de la montaña* y veinte diputados del lado derecho saltan á la tribuna, y hablan todos á un tiempo. Algunos gritos agudos penetran por esta confusa vocería, que no deja oír el repiqueteo de la campanilla: en todos los semblantes se pintan las pasio-

nes desenfrenadas con caracteres espantosos. Danton parece mas agigantado, Robespierre mas pálido, y Orleans mas encendido. Marat, envuelto en un sucio ropage, está desasosegado en la tribuna, pateando y dando manotadas, mientras que Vergniaud con rostro sereno y sonrisa desdeñosa, espera el momento oportuno para lanzar á sus viles antagonistas los victoriosos dardos de su elocuencia.

Llega por fin el instante favorable, y aprovechándose de él, esclama el orador: ¡Qué gozoso estaría yo con las armas que vosotros mismos me suministráis, si esta lid no fuese tan sangrienta para la patria! Qué es esto? ¿pretendéis gobernar imperios, y no sabéis moderar vuestras pasiones? ¿Queréis ser libres, no sabiendo ser justos? ¿queréis dictar leyes al mundo, no sabiendo arreglar vuestros deseos? ¡Qué espectáculo ofrecéis á mis ojos espan-

tados! Los gladiadores, á pesar de su ferocidad, se limitaban á defender su vida, y vosotros os disputáis la de un semejante. ¿No os han saciado de sangre los bárbaros asesinatos de setiembre? En vano, para disculpar la sed sangrienta que os devora, decís que es sangre de un rey. A esto os respondo, que ese rey es hombre, y que si tocáis á su cabeza, millares de ellas serán cortadas despues de la suya. Veo la cuchilla en las manos de Cromwel, y porque no quiero que tenga el *pretendiente* un sucesor real, insisto en que no sea juzgado Carlos I. — Que diga á quien llama Cromwel, pregunta uno. — Me engaño, replicó Vergniaud, honrando con tal nombre al cobarde ó bellaco que aspira á ocupar su lugar. Cromwel no estaba estragado por los vicios, ni corría desde las casas de disolucion á encenagarse en la sangre de los asesinatos. Cromwel, dotado de un talento

estenso y poderoso, sabía amoldar un reino, y fundar á su arbitrio una república; pero el sugeto de quien hablo, y cuyo nombre reservo, no sabe mas que destruir, y le comparo al Genio del mal, que ha salido del infierno á infestar al mundo. Virtud angélica! ¿no nos enviarás otro espíritu benigno que le arranque su poder? —

Vergniaud, y con él un gran número de diputados, probaron que el proceso intentado contra el rey, era injusto é impolítico al mismo tiempo. Finalmente me dilataría demasiado, si me detuviese en referir todos los discursos que se pronunciaron repentinamente en aquella sesion, digna de memoria, y por desgracia condenada al olvido. Hiciéronse en ella las propuestas mas extraordinarias, para desviar los ánimos del objeto principal: allí escuché proposiciones feroces, y réplicas elocuentes; espresiones llenas

de furor y grosería, y arengas cultas, discretas y enérgicas. En fin, tras ocho horas de un combate terrible, en que el crimen osado combatía con fuerzas superiores á la elocuente, pero débil virtud, se decretó llevar á la Convencion nacional la propuesta de juzgar á Luis xvi. Couthon, de quien no he hablado, pero que desde luego me pareció uno de los mas sanguinarios, aunque ocultaba sus inclinaciones feroces con el disfraz de la modestia; se encargó de estender el discurso y de presentarlo inmediatamente.

Aquella misma noche participó mi alumno al rey el resultado de la junta convencional, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes, que el monarca le comunicó en estos términos, poco mas ó ménos.

«La demasiada precipitacion puede malograrlo todo en vez de salvarnos: aunque creo la noticia que me comu-

nicáis, sin embargo no rezelo funestas consecuencias. No tendrán mis enemigos tanta osadía: esperemos un poco.»

Desmayé en vista de esta determinacion, á la cual tambien se opuso la reina, informada de todo por Toulan, con quien se esplicó así: No hay que perder mas tiempo; harto se ha desperdiciado hasta ahora. Si damos lugar á que se forme causa al rey, es inevitable su muerte, y todos nos perdemos. Nuestros enemigos son unos tigres, que nos acusarán aun de sus propios delitos: castigemos los que han cometido ya, y evitemos los que pudieran cometer en adelante. Prepárese todo para de aquí á dos dias: reunid los nobles descontentos, los eclesiásticos desposeidos de sus beneficios, los magistrados envilecidos, los hacendados rezelosos, los negociantes, y en fin cuantos tengan que perder por el nuevo sistema. Asegurad el influjo de los

agentes estrangeros, uniformad las opiniones de todos con un juramento, y estimulad su interes con lisonjeras promesas. No confiéis lo arduo de la empresa sinó á los mas adictos, esto es, á los que van á perderlo ó á ganarlo todo. Paréceme que apuntan bien vuestras baterías; pero el acierto consiste en el modo de manejarlas, y entónces formaremos juicio. Sobre todo repito, que de aquí á dos dias, ó volvamos á ocupar el trono, ó nuestros cadáveres ensangrentados sacien el furor de esos verdugos. — Admirado Toulan de la heroica resolucion de la reina, prometió corresponder fielmente á su confianza.

Efectivamente el enardecimiento de S. M. cuadraba muy bien con el de este jóven, que no hallaba otro obstáculo para el buen éxito de la empresa, sinó la indecision del rey; pero la reina se ofreció á vencerla, diciendo: La

estremada bondad de mi esposo raya en flaqueza, pero á pesar suyo le salvaremos.

Empleóse el resto del dia en citar á los caudillos de la conspiracion para una junta general, que había de tenerse la noche siguiente en la Isla de los cisnes.

A eso de media noche salimos de casa Edwino y yo muy embozados, y con sombreros alicaidos. Pasaba esto, como ya he dicho á Vd., en el mes de diciembre: el cielo encapotado lanzaba sobre nosotros una copiosa nevada, que llevaba de un lado á otro en espesos remolinos el helado tramontana. A costa de muchos rodeos evitamos el encuentro de las patrullas, el paso por los cuerpos de guardia, y el registro de las puertas. Atravesando el campo de Marte, llegamos á la orilla del Sena, donde estuvimos aguardando un rato, hasta que, precedida la seña en

que nos habíamos convenido, oímos el rumor de un barquichuelo que venía hacia nosotros cortando las olas. Entramos en él, y el barquero nos pasó silenciosamente á la orilla opuesta, en donde nos recibieron y abrazaron cinco sugetos. Examínolos á la escasa vislumbre que reflejaba la nieve, y no puedo conocerlos: busco á Toulan, le llamo, y doy el santo, que era: *Valer, fidelidad*; y léjos de responderme, se miran unos á otros, se retiran y se hablan con misterio. Empiezo entónces á rezelar algun engaño: Edwino teme lo mismo, y debajo de la capa prepara sus pistolas. Finalmente el mas pequeño de los cinco sugetos referidos, se me acerca, me quita el embozo, y mirándome atentamente pregunta, si soy *el abate Siéyes*. El abate Siéyes! esclamé sorprendido. ¿Por ventura es Vd... Nada tema Vd., me dice; soy Dumouriez. General, le repliqué, no quiero

abusar de la indiscrecion involuntaria de Vd. : en retorno de ella, voy á confiarle mi nombre. No habla Vd. con Siéyes, sinó con el abate Fermont. — No sé si Dumouriez me conocía, ó si la sorpresa le hizo olvidar mi nombre, y aun mi existencia; pero lo cierto es que para hacerme entender de él, tuve que referirle brevemente cuál era mi designio, cuáles mis pensamientos en órden al rey, y los pasos que había dado para libertarle. Acaso me tendrá Vd. por imprudente en haber revelado á semejante hombre un secreto tan importante; pero á mas de repugnarme un largo disimulo, sobre todo cuando me sorprenden, juzgué de pronto que me podía ser muy útil este general, á vista de la opinion que había manifestado al rey de Prusia en favor del de Francia. Por otra parte me constaba, así por la relacion del mensagero enviado á Federico Guillermo, como por va-

rias conversaciones que había yo tenido con él, que Dumouriez, demasiado imprudente para caudillo de una conjuracion, quería ser tenido por cabeza de partido, aunque le faltaba la habilidad adecuada á esta empresa; no porque careciera de talento, sinó por la diferencia tan grande que hay entre las maquinaciones del gabinete y la trama complicadísima de una conspiracion. Escuchóme Dumouriez muy atentamente, y guardando bastante entereza en esta ocasion, me habló del siguiente modo: Señor abate, en retorno de la confianza de Vd., voy á hacerle depositario de la mia. Aunque no me ha traído á este sitio el mismo objeto que á Vd., con todo no son contradictorias nuestras miras, y creo que puede Vd. muy bien cooperar á mi designio. Acaba de entablarse nuevamente por intervencion del rey de Prusia, á solicitud mia, el proyecto

que desbarató el enviado particular de Luis XVI, y se reduce á disipar la anarquía, colocando en el trono frances á un descendiente de Enrique IV, que sea tan formidable en la guerra, como sabio y prudente en tiempos pacíficos. Yo, como autor del plan, estoy encargado de asentar sus bases, y de elegir los medios de la ejecución; y no pudiendo presentarme en París hasta nueva orden, avisé á Siéyes para que se viese aquí conmigo, á fin de ventilar ciertos puntos en que le considero impuesto. Esta cita ha chocado, por decirlo así, con la de Vd., ocasionando una mutua equivocación; pero no me pesa, puesto que podemos sernos útiles uno á otro. —

El general pasó luego á descifrarme los pormenores de su proyecto, que admitido igualmente por las potencias en cuyo nombre trataba, venía á reducirse: á manejar con destreza todos

los partidos; á transigir con sus principales gefes ó cabezas; á superar indirectamente los obstáculos, y á reunir mañosamente todas las opiniones en favor de su protegido.

Ofrecía sin duda este plan muchos beneficios, siendo el principal de ellos la extinción de la hoguera revolucionaria, y el oponer un dique á la sangrienta inundación que amenazaba á la nueva república. Mas ¿por ventura se habían previsto todos los obstáculos? Y en caso de ser así, ¿tendrían bastante fuerza los muelles destinados á contrastar la resistencia? ¿De qué modo podría persuadirse al duque de Orleans, que era incapaz para reinar, y á sus amigos, que no eran á propósito para embajadores, generales ó ministros? A estas dificultades respondió Dumouriez, que los ducados de Berlín y las guineas inglesas lo allanarían todo. En hora buena, repliqué:

pero ¿acaso se comprará con oro el consentimiento del rey? y aun dando por sentado que acceda á abdicar por sí, ¿lo hará tambien por su hijo? ¿Querrá sacrificar el derecho de sus descendientes en línea recta á la ambicion de los parientes colaterales? Y ¿cómo se vencerá la indomable altanería de la reina, que no halla medio entre el cadalso y el trono? En esto, repuso Dumouriez, podrá Vd. ser sumamente útil al rey su amigo, y al duque de Chártres, que le acreditará su reconocimiento. Combata Vd. la conciencia y el carácter de Luis xvi con las armas que le suministran la religion y las circunstancias. Si no nos engañan los informes de nuestros agentes, va luego á formarse causa al rey; y en este caso, ¿quién no echa de ver las funestas resultas, que pueden seguirse de un negocio, tan semejante en todas sus circunstancias al de Carlos Estuardo? ¿No

ha dicho Danton en plena asamblea, que á los monarcas se les debe descargar el golpe en la cabeza? Esto es lo que conviene avisar al rey; esto lo que debe hacersele temer, proponiéndole un remedio á mal tamaño; remedio, añadió Dumouriez con enardecimiento, seguro é infalible, y es el siguiente: que renuncie en favor del duque de Chártres el derecho que tiene á la corona, y le aseguro la vida, y la de su familia, su libertad, y un retiro tan honroso como tranquilo. — Por muy indigna y perjudicial que me pareciese esta propuesta, no tuve por conveniente el contradecirla. Finalmente el general negociador, despues de haber aguardado largo tiempo á Siéyes, que no pareció, se separó de mí, con la esperanza de que le daría una respuesta pronta y favorable, á cuyo fin me encargó la direccion de ella á Passy, bajo un nombre supuesto.

Estimo sobre manera al rey, me dijo Edwino, por sus virtudes y genial bondad; sabe Vd. cuánto amo á su adorable hija; y con todo no quisiera verlos libres á tanta costa. Espero pues, mi querido maestro, que ni aun dará Vd. parte á los presos de tan indignas condiciones.

Tranquilizé en esta parte á mi alumno, cuyo pundonor templó de algun modo el dolor que me causaba la humillacion del monarca, respecto de quien todos se contemplaban con derecho, ó para pedir su muerte, ó para poner en venta su vida.

Era ya muy entrada la noche, y no parecían los sugetos citados que esperábamos. El barquero que nos había pasado el rio, se fué á conducir á Dumouriez y á sus compañeros, entre quienes es de creer se hallase el primogénito de Orleans. No sabiendo pues en qué emplear el tiempo, que se hacía

mas largo con el frio y la oscuridad, nos dimos á reconocer la isleta en que nos hallábamos. Apenas hubimos andado unos cien pasos, cuando nos detuvo un centinela preguntando en voz alta, *quién vive?* Al pronto no supe qué decir; pero ocurriéndome que podría ser Toulan, ó alguno de su bando, respondí: *Valor*; y me correspondieron con la palabra de *Fidelidad*. En seguida nos acompañó el centinela hasta la entrada de un subterráneo, y abriendo una trampa que lo cubría, nos introdujo en una estancia alumbrada por una triste lámpara.

Aquí estaba reunida la junta, de cuyos individuos me había separado la poca exactitud con que se dieron las señales, y á quienes me pareció conveniente callar el encuentro que había tenido. Toulan que acababa de manifestar á la junta el estado de las cosas y el deseo de SS. MM., propuso que se

tomase juramento á todos los individuos reunidos, quienes tuvieron á bien nombrarme para que lo recibiese. Entónces cada cual, arrodillado delante de una mesa que servía de altar, y puesta la mano sobre los Evangelios, juró *emplear todas sus fuerzas físicas é intelectuales en la restauracion de la monarquía, y en el rescate y libertad del rey y de su familia.* Era ciertamente magestuoso el espectáculo de aquella noche, en que reunidos bajo la escarpada bóveda de una caverna, y á la trémula luz de una lámpara sepulcral, treinta personajes, señalados por su distinguida gerarquía y repentino anquilamiento, y respetables por su acrisolada lealtad, prometieron sacrificar á la causa del rey su reposo y seguridad, sus vidas y haciendas. El silencio y la tristeza de la noche; los rugidos del huracan que se oían encima de nosotros; la hora intempestiva;

la reunion de treinta sugetos tan diferentes en inclinaciones, intereses, semblantes, y aun en los mismos trages, y en medio de ellos (teniendo delante aquel Libro divino, prueba de la religion y prenda de nuestra salud) un sacerdote en pié, elevando al cielo sus manos propiciatorias; el juramento augusto y los respetables objetos que lo inspiraban; la contraposicion del esplendor eclipsado de aquellas personas con la usurpada brillantez de sus enemigos: todo en fin concurría para hacer á aquella ceremonia, sublime por su sencillez, solemne por su oscuridad, y magnífica por su misma pobreza.

Acabada que fué, se ventilaron con enardecimiento, y se determinaron con entusiasmo los medios y el dia en que se había de ejecutar la empresa. A este fin se decretó la muerte de seis enemigos capitales del rey y principales cabezas de partido, á unanimidad

de votos, escepto el mio, que me negué á dar, por parecerme que no podía, sin algun género de sacrilegio, mancillar mi carácter sacerdotal con sangre humana, aun siendo esta de un delincuente. Cuando llegaron á tratar del castigo que debía imponerse al duque de Orleans, me sorprendí al ver que le imponían una pena menor que la de sus cómplices. Procedían así con él, no por considerarle ménos culpable que á los demas, sinó por estar persuadidos de que jamas lo hubiera sido tanto sin el influjo de sus pérfidos consejeros; de suerte que aun los espíritus mas irritados miraban con cierta indulgencia la debilidad del duque, considerando que algunos detestables ambiciosos le habían traído á tales estremos.

Sin embargo, pesadas bien todas las circunstancias, se decretó finalmente contra él la sentencia de muerte, ya

para evitar que la impunidad de su traicion alentase á otros que reservadamente siguiesen sus pasos, y ya porqué él mismo, cercado de nuevos sediciosos, no osase tramar otra conspiracion. A fin de acompañar este severo juicio con el terrible aparato que escita el temor y asegura la obediencia, se dispuso que se comunicase al acusado para su defensa un breve traslado de la sumaria, formada de antemano por una comision de siete miembros del parlamento, dos de ellos pares de Francia y los únicos que se pudieron reunir; y esto hecho, se procediera luego á la ejecucion del modo mas solemne. Por lo que hace á los cómplices del duque, acusados por la opinion, convencidos por sus mismos delitos bien notorios y escandalosos, y condenados por la razon y la justicia, se decretó entregarlos, bien á comisiones militares, bien á la justicia ordinaria, para que los

castigase como á los foragidos mas desalmados. El destierro de los mas señalados revoltosos, el encierro perpetuo de otros ménos atroces y peligrosos, una vigilancia zelosa para espiar á los que hubiesen abrazado las opiniones revolucionarias, y su exclusion general de los empleos públicos, eran otros tantos medios para aniquilar el partido contrario. Observé con gusto, que todos se contentaban con esta última precaucion; es decir, con escluir perpetuamente de los empleos públicos á todos aquellos que se habían declarado republicanos, sin tomar parte en los atroces designios de los *anarquistas*; porqué haciendo esta distincion tan señalada entre unos y otros, se manifestaba cierta estimacion á los republicanos, y el odio debido á los agentes del terror revolucionario. Efectivamente, los primeros eran solo de temer por sus opiniones y conducta opuesta al siste-

ma de Gobierno que se trataba de restablecer; y por consiguiente si la justicia exigía que se tuviera alguna consideracion con ellos, la prudencia aconsejaba que no se les emplease. En cuanto á los emigrados, como no constaba aun, si reuniéndose en la otra parte del Rin, habían tomado las armas con intencion de guerrear contra la patria; quedó indecisa la cuestion sobre restablecerlos en sus antiguos puestos, á pesar de las vivas reclamaciones de algunos partidarios suyos, que á decir verdad, se habían mostrado mas rigurosos que otro alguno en los medios adoptados.

Fijóse para la noche siguiente la ejecucion de este grande proyecto, de que pendía la suerte de la Francia y de su monarca. Las doce y media era la hora aplazada, y la señal en que nos convenimos, fué el incendio del Temple, y un cañonazo disparado en el

puente nuevo , cuyo puesto avanzado estaba por nosotros. De resultas de tan espantosa novedad , era de esperar que todos los habitantes de Paris saliesen de sus casas , y que de este modo se poblasen de gente las calles y las plazas.

Al mismo tiempo las tropas que seguían el partido del rey , distribuidas en todos los barrios de la ciudad , debían apoderarse de los puestos mas importantes , de las puertas , de la tesorería y armería , y del palacio de Orleans , impidiendo por todos los medios posibles la reunion de los diputados en la sala convencional , ó en otra cualquiera parte. Asimismo una division de tropa , escogida y mandada por gefes inteligentes y experimentados , había de dar muerte á los principales rebeldes , y en caso que estos tuvieran aun algunos defensores temerarios , acabar con todos ellos ejecutivamente.

Al restablecimiento de la monarquía debía tambien preceder el pronto arresto de los individuos del consejo ejecutivo , de los administradores del departamento del Sena , de los miembros mas corrompidos de la municipalidad , de un gran número de jacobinos y diaristas sediciosos , y demas propagadores de los escesos de la anarquía. Miéntras que todo esto se verificaba á un mismo tiempo , Luis XVI y su familia , libres de la prision á favor del incendio , habían de retirarse á casa de madama Melwood , donde cuidaríamos de ellos su hija , Fitz-Asland y yo , que tambien tenía el encargo de aconsejar á SS. MM. y á la familia real (luego que me avisasen los realistas de su victoria) que saliesen á caballo por las calles de Paris , escoltados por mucha tropa , para reconquistar con el acero en la mano el trono de Carlo-magno , de san Luis y de Enrique IV.

Tal fué en suma el plan que se concertó, dejando á la prudencia de los gefes los medios parciales que considerasen oportunos al logro del intento. Por último se determinó despachar correos á las provincias y á los países estrangeros con la noticia de la conspiracion, para comunicar el impulso del centro á toda la circunferencia y apoyarse en las fuerzas de los confederados.

Esta sesion inflamó á mi alumno, fortaleciendo mas y mas sus pensamientos generosos. Mi amada María Teresa, decía, va á subir otra vez á la cumbre de la grandeza, y á alejarse de mí para siempre: acabóse ya el proyecto de una vida pastoril. Pero no importa: sea ella feliz. y yo quedaré satisfecho, pudiendo decir con orgullo cuando la vea en el trono: hé aquí la obra de mi amor.

Léjos estaba yo de abrigar el mismo

entusiasmo, no porqué fuesen inferiores á los de Edwino mis deseos de restablecer á la familia real, sinó porqué el momento de la ejecucion me parecía terrible y espantoso. Figurábame ya ardiendo á Paris en una guerra civil, desencadenadas las pasiones mas violentas, abierto el camino á las venganzas personales, é inundada en sangre la tierra. Cualquier partido que venciese, la perspectiva siempre era para mí la misma, con la diferencia del objeto: siempre se me representaban millares de hombres, arrancados á la sociedad por una muerte trágica y prematura; y nunca he podido dar entrada en mi pecho al sistema feroz, que trastornando las ideas y los afectos naturales, no deja que el hombre se compadezca de su semejante, si es un enemigo: como si por ser uno ingles ó frances, republicano ó realista, dejase de pertenecer á la mis-

ma familia que puebla la tierra.

No estaba yo comprometido en la empresa con juramento alguno; pero mi conciencia, el pundonor y la virtud me estimularon á participar al rey cuanto había pasado en aquella noche memorable, y aun me pareció conveniente noticiarle mi encuentro con Dumouriez, persuadido de que en la actual situacion de las cosas, sería una suma imprudencia el ocultarle la verdad. Luis me respondió en estos términos.

ESQUELA DE LUIS XVI,

TRASLADADA

DEL ESPEJO CÓNCAVO.

(*Documentos justificativos, núm. 13.*)

« Señor de Fermont : por la amistad que me profesa Vd., le ruego, y en ca-

so necesario le mando con toda mi autoridad, que de ningun modo coopere á los proyectos consabidos : el de Dumouriez me horroriza, y el otro me hace temblar. Diga Vd. pues á los que lo han ideado, que suspendan la ejecucion, y que solo tendré por vasallos fieles á los que me obedezcan. »

Contesté sin dilacion á S. M. que le acreditaría mi zelo y estimacion sirviéndole, no como yo deseaba, sinó segun las órdenes que me había comunicado.

Era ya preciso manifestar la carta del rey á los gefes de la conjuracion. En otro tiempo había yo conocido á los principales de ellos en la corte; pero ahora que andaban fugitivos y precisados á ocultarse, no me era posible saber su paradero. Encaminéme pues á la casa de Toulan, y habiéndome dicho que estaba en la municipalidad, me dirigí allá inmediatamente;

pero luego supe que acababa de salir para el Temple, en donde no podía presentarme sin ser conocido: por consecuencia me vi precisado á esperar, aunque estaba viendo llegar por instantes la hora fatal, y cualquier dilacion podía ocasionar una ruina inevitable.

Al cabo de dos horas volvió Toulan con el rostro encendido, los ojos centellantes y descompuesto el cabello. Salgamos, me dijo, pues tengo que hablar con Vd. — Entramos en un coche de alquiler que nos llevó al jardin de la armeria: de tiempo en tiempo se le escapaban á Toulan algunas exclamaciones interrumpidas con profundos y largos suspiros, y entre tanto que se serenaba, le leí la carta del rey; pero esta léjos de aquietarle, púsole mas irritado y furioso. No hay remedio, exclamó; siempre pusilánime ese monarca indolente, que no sabiendo discursar

rir ni obrar por sí mismo, no deja siquiera que los otros piensen y trabajen por su bien. O princesa augusta y desventurada! ¡cuánto os compadezco, al considerar vuestro grande ánimo, sujeto al de un esposo tan indigno! Pero no importa; sabremos vencer cuantos obstáculos nos oponga: se verá precisado el cobarde, ó á mostrarse valiente, ó á perecer á puñaladas. — Aunque me indignaban las expresiones injuriosas, el tono y ademan violento de Toulan, le rogué sin embargo que se esplicase mas. Y ¿qué podré deciros, me respondió, que no sepáis? ¿Acaso esa carta y mi enojo necesitan esplicacion? — Insistí, á pesar de esto. Pues bien, continuó el municipal, sabéd que me encaminé al Temple algun tiempo despues que por una prudencia tímida y de mi desaprobacion, disteis cuenta al rey de nuestros proyectos. Halléle acompañado de su

familia, y apenas hube cerrado la puerta, cuando corriendo á mí me dijo con brutal furor: ¿Con que habéis resuelto perderme? sois un ambicioso, y solo intentáis labrar vuestra fortuna bajo un pretesto laudable; pero desengañaos, que yo, lejos de dar mi beneplácito, os prohibo continuar en una empresa desatinada, que no puede acarrearme sinó deshonra y la muerte. — La reina, tan agradable como animosa, se levanta al oír estas palabras, y acercándose á su esposo, le dice: ¿Por qué castigas así el zelo de Toulan? ¿acaso será él delincuente porque tú seas débil? ¿es justo tratar como enemigo al que quiere ser tu libertador? No admito sus servicios, respondió el monarca, porque ocasionarían su ruina y la nuestra. — ¿Con que prefieres la vida ignominiosa que pasamos en esta torre, á la gloria del triunfo que nos espera? ¿y desatiendes los sacrificios

de una nobleza leal, por ocuparte solo en tu propia seguridad? Hasta aquí has consentido y ausiliado nuestros esfuerzos, ¿y ahora que se acerca el momento de la lucha, dudas, ó por mejor decir, evitas el combate? Pero ¿por qué debo yo extrañarlo? ¿no hiciste lo mismo en otras situaciones igualmente críticas? ¿Supiste acaso preservar mi lecho de las infamias del 6 de octubre? ¿castigaste por ventura el atentado de 28 de febrero? ¿No sancionaste el crimen inaudito de 20 de junio, deshonrando con el gorro de los foragidos unas sienas que había ceñido la diadema? ¿no se desplomó bajo tus plantas fugitivas el trono, en que debías morir con el cetro en la mano? Y ¿á cuántos mas delitos no ha dado lugar tu debilidad? Aun hoy mismo, hoy en que un valor sin límites y una lealtad á toda prueba quiere castigar á tus enemigos, ¿vacilas? rehusas

tu beneplácito? O! ; cuánto tienen que agradecerte los conspiradores! ; Quién es mas cómplice de ellos que tú? Pero vana será la esperanza que fundan mas en tu miedo que en su audacia : descendiente de los mas augustos progenitores, hija de la inmortal María Teresa, esposa del rey de Francia, y madre del heredero de la corona, sabré justificar estos títulos : á pesar tuyo sabré arrancarte de esta prision ; á pesar tuyo ceñiré con la diadema tus pálidas sienes ; y en fin á pesar tuyo volverás á ser rey, y la Europa te tendrá por hombre. —

Durante este discurso, el rey atónito y recostado en un sofá, se entregaba á una profunda y triste meditacion : sus hijos sollozaban abrazados de madama Isabel, y esta lanzaba dolientes suspiros levantando al cielo sus ojos llorosos ; pero la reina sin cuidarse de este espectáculo, me dijo : Toulan,

su zelo de Vd. me ha dejado satisfecha ; continúe Vd. dándome pruebas de él. Antonieta se lo ruega á Vd., añadió dirigiéndome una mirada irresistible ; y su reina se lo manda, concluyó erguiendo la cabeza con magestuosa dignidad. Despidiéndome estaba ya de SS. MM., cuando levantándose el rey y asiéndome fuertemente del brazo, me dijo con voz colérica : Yo se lo prohibo á Vd. segunda vez ; triste de Vd., si no me obedece ! y diciendo esto, nos dejó y se encerró en su gabinete.

El amor de Toulan, que la reina fomentaba con una halagüeña esperanza, la humillacion que le había hecho sufrir el rey, y tal vez alguna dosis de ambicion que suele mezclarse, á pesar nuestro, en las acciones mas indiferentes, habían trastornado enteramente su juicio ; y así le dejé muy pesaroso, y convencido del mal éxito de su proyecto, puesto que desaprobándolo el

rey, no haría mas que acelerar su ruina, la destruccion de su partido y el triunfo de los facciosos.

Madama Melwood, con quien fui á conferenciar en seguida, se espantó de ver estampada en mi semblante la desesperacion; y luego que se instruyó del motivo, me aconsejó dar otro paso para convencer al monarca. A consecuencia de esto subimos al gabinete octágono, desde donde dirigí á S. M. una esquela concebida en los términos mas ejecutivos; pero por desgracia mia no tuvo respuesta. En mi estado de suma inquietud osé penetrar, por medio del espejo reflexivo, hasta la habitacion, y en cierto modo hasta el mismo pensamiento de Luis XVI. ¡Qué espectáculo tan tierno se presentó entonces á mis ojos! El monarca réclinado en su lecho, apoyada la cabeza en una mano, y con la otra enjugándose los ojos, estaba acompañado de su herma-

na y su hija arrodilladas á sus piés; y á dos ó tres pasos de allí el jóven Carlos, abrazado de su madre, parecía que la suplicaba ardientemente con espresivas miradas se acercase á su esposo. Esta escena duró algunos minutos, hasta que Luis, al parecer ablandado y enternecido, tendió los brazos á la reina, convidándola con los ojos llorosos, segun mi juicio, á una reconciliacion. Antonieta, cuya entereza se rendía siempre á la impresion de la amistad y á los impulsos de la naturaleza, se arrojó llorando á los brazos de su esposo, quien despues de haberla estrechado tiernamente, escribió este renglon en la máquina telegráfica: *haced lo que tengáis por mas conveniente; accedo á todo.* Fui luego á llevar esta respuesta á Toulan, quien la recibió con bastante indiferencia, asegurándome que en nada alteraba las últimas disposiciones. Era ya entrada la noche, y no esta-

ba léjos la hora señalada para dar principio á nuestro proyecto. Fui á esperarla con Edwino á mi puesto, es decir, á casa de madama Melwood, y me puse á contemplar horrorizado lo crítico de la empresa. ¿Podía darse en efecto, alguna mas importante en sus resultados, ni mas terrible en su ejecución? ¿Qué problemas tan difíciles los que iban á resolverse! Se trataba nada ménos que de libertar una familia real; restablecer en el trono á un monarca; reducir á todo un pueblo bajo de la autoridad y del yugo que acababa de sacudir, conteniéndole dentro de los límites que había traspasado; sujetar á una faccion, que no tenía mas objeto que la anarquía, el robo y la desolacion; castigar á sus gefes; no perder de vista á los de los republicanos; y sostener ademas y dirigir á los mismos instrumentos de esta revolucion, no fuese que, aun en medio del noble im-

pulso que los animaba, se propasasen á cometer algún esceso ó vileza. El extraordinario tino que era indispensable para semejante empresa, me hizo temer que no sería tan feliz el resultado como yo deseaba. Dios mio! exclamé; vos que disponéis del corazon de los reyes y de la suerte de los imperios, concedéd á la Francia lo que mas convenga á su felicidad y á vuestra gloria.

Oscurécese mas y mas la noche; pero yo observo desde el gabinete cuanto pasa en las calles y en los patios del Temple, velando en el precioso depósito que encierra aquella prision. Estaban entónces separados los presos: un veloncillo puesto sobre el bufete del rey alumbraba la estancia: dejábase ver este monarca, ántes tranquilo con sus cadenas, inquieto y pensativo en el momento que iban á romperse. Ya da algunos pasos acelerados; ya se pára, suspira profundamente, y se sienta

con ánimo de escribir; mas apenas ha escrito dos líneas, se pasea de nuevo por el cuarto. Repentinamente se arrodilla, levanta sus inocentes manos al Arbitro de los imperios y Rey de reyes, y segun su espresion, entiendo que le ruega, aleje de la Francia los males de que se ve amenazada. Desventurado príncipe! ¿cómo se portó el cielo tan riguroso contigo y con la Francia, pues no fué oída tu súplica, presentada á los piés del Eterno por el ángel de misericordia, ni lograste mas respuesta que un severo castigo?

Doce veces suena la campana del reloj, y doce veces se me hiela la sangre en las venas. Hijo mio, dijo el abate de Fermont interrumpiendo su historia y dirigiéndose á mí; esta noche no es parecida á aquella. Ahora los apacibles rayos del sol en su ocaso templan la frescura del otoño; las hojas de los árboles que mueve el blando viento,

son un vestigio de la pompa de la primavera, y ese hermoso y resplandeciente cielo sugiere pensamientos grandiosos y sublimes; pero otro espectáculo muy diferente ofrecía aquella noche desastrada. El helado setentrion soplabá entónces con furia espantosa, miéntras un espeso toldo de nubes, cargadas de nieve y hielo, ocultaba el azulado firmamento, en cuyo inmenso espacio resonaban de tiempo en tiempo fúnebres clamores, seguidos de un silencio espantoso.

Poco despues de las doce me pareció que distinguía á la luz de los faroles una ráfaga de humo blanquecino, que salía de uno de los ángulos de la torre. Esta es la señal, dije á madama Melwood estrechando su mano: no tardaremos en oír el cañonazo. — Al mismo tiempo entró Edwino con su hermana, diciendo: Animo, que todo va bien: la señal está dada, y en breve

oiremos el cañonazo de alarma. Paquita que venía con su hermano; ya ven Vds. el humo, nos dijo; esta es la señal: pronto se oirá el cañonazo de alarma. — Las orejas me retiñían al oír esta terrible palabra, mi corazón palpitaba, y hasta la boca repetía sin quererlo: alarma, alarma!

Después de un breve rato se dejó ver en medio de un torbellino de humo negro y denso una viva y rápida llama, que parecida á una columna en su origen, se extendió poco á poco, y se dividió en varios ramales de fuego ondeantes y flexibles, que subían á encender las antiguas almenas. Al resplandor del incendio las gentes se conmueven, se inquietan y se reúnen: el rey atónito al ver la hoguera, se asusta mas que ninguno. Oyense alaridos por todas partes, y la campana del Temple toca á rebato. La muchedumbre acude atropelladamente á los pa-

tios del palacio, y aunque no había yo oído el cañonazo del puente nuevo, no dudé que había comenzado la conspiración acordada. Madama Melwood pensó lo mismo, y Fitz-Asland salió á informarse; pero yo estaba tan persuadido de la verdad del hecho, que me puse á preparar lo necesario para recibir á la familia real ya libertada.

Esperando estuve el resultado un cuarto de hora, maravillado de no oír el cañonazo, y de cada vez mas inquieto con los progresos del incendio, y con los gritos y el alboroto de la muchedumbre, temblando que aconteciese una desgracia á la familia real y á mi alumno. Entre tanto las bombas se empleaban ya en apagar el incendio, despidiendo tan grandes raudales, que me ocultaban la ventana del cuarto del rey, á donde dirigía mi vista de tiempo en tiempo. Este accidente aumentó mi temor é incertidumbre,

y sin poder contenerme salí del cuarto. Al bajar la escalera tropezó conmigo un hombre; retrocedí, y mirándole con atención reconocí á Edwino; pero ¿en qué estado? sobresaltado, trémulo, desgarrado el vestido, erizado el cabello y ensangrentado el rostro. Quise preguntarle, y me llevó por fuerza al gabinete, en donde se reposó y cobró aliento, limpiándole madama Melwood la sangre y el sudor que le corría de la frente, y preguntándole por su hija. Yo tambien quise saber del rey y de su familia, y esperaba la respuesta con gran sobresalto.

Tranquilizaos, nos dijo Fitz-Asland; ninguna desgracia ha tenido mi hermana: el rey y su familia han escapado del puñal de los asesinos: estos no existen ya, y los augustos presos respiran. Por lo demas se ha desbaratado el plan de la conjuracion, y el rey vuelve á verse oprimido con mas pesadas cade-

nas: Toulan y otros seis personages están presos.—Cada palabra de mi alumno era un golpe mortal; mas á pesar del terror que me inspiraba, le rogué se esplicase mas, y él lo hizo en estos términos.

Recorriendo, en compañía de Paquita, las filas de los soldados armados y los corrillos del pueblo, que lo estaba á su manera, observaba todos los semblantes, y escuchaba todas las conversaciones; y por ninguna señal pude rastrear que se hubiese descubierto la conjuracion, ni tampoco si los ánimos estaban dispuestos á apoyarla. Solo noté, que en algunos corros separados hablaban en voz baja, y queriendo acercarme á ellos, fui rechazado con aspereza. En esto comienza á levantarse entre la muchedumbre un murmullo sordo, que toma mas y mas incremento: decíase que estaban en gran riesgo las vidas del rey

y de su familia. Oír esta voz, atravesar por medio del pueblo reunido, llegar al Temple y subir la escalera, á pesar del innumerable gentío que la embarazaba, todo esto lo hicimos mi hermana y yo en un momento. Llegamos á los primeros postigos, y ya los habían forzado: con el sable en mano nos abrimos paso hasta las segundas rejas defendidas por dos carceleros; pero un tropel de gente armada las abrió y pasó adelante. Ocurrióme de repente el pensamiento de meterme en medio de los armados, dándoles á entender que mi designio era igual al suyo. Sus feroces semblantes, sus insolentes dicterios y la clase de armas que empuñaban, me hicieron conocer evidentemente que eran asesinos. Como yo llevaba uniforme y esgrimía el sable en medio de todos, me cedieron desde luego el primer lugar; y aunque preveía el riesgo que me amenazaba, solo

traté de libertar á los presos de la muerte. En efecto, llegamos al tercer postigo, y el que lo guardaba, huyó arrojando las llaves, de que me apoderé. Entre tanto resonaban á mi rededor los gritos de muerte, y ya solo se trataba del género de suplicio con que habían de espirar los desdichados presos. Observando á cuantos me rodeaban, no descubrí mas que hombres frenéticos, de cuyas espantosas bocas salían de continuo amenazas y maldiciones. Sin embargo no era tan considerable el número de los asesinos como el de los curiosos, pues habiendo yo preguntado á todos, si era su intención sacrificar á Luis XVI, no tuve mas respuesta que un triste silencio, en medio del cual cinco á seis voces solas pidieron su cabeza. Al oírlo dije, que sería inhumanidad horrorosa asesinar á unos presos, que, aun dado caso fuesen culpables, estaban indefensos, y

á mas de esto habían de ser juzgados segun la ley. La mayor parte de los que me escuchaban, aprobaron mi pensamiento; pero al contrario los asesinos gritaban rabiosos, me cercaron, y trataron de intimidarme con sus armas. Apartélos de mí con el sable, amenazando de muerte al que tuviese la osadía de acercáseme; y repentinamente al terrible esplendor del incendio que alumbraba este horroroso espectáculo, vi centellar junto á mi pecho un desmedido alfange: evité el golpe; pero no tan bien que dejase de herirme, aunque levemente. La vista de la sangre redobla mi esfuerzo, descargo furiosos golpes acá y allá, y hiego á dos asesinos. En esto un sacudimiento violento quebrantó la puerta, y los foragidos trataron de entrar por ella; pero yo los contuve. Repito los golpes, y uno de los asesinos cae muerto; los dos ya heridos abandonan

el combate, y los demas huyen. El aspecto del rey, que se presentó entonces con reposo y magestad, detuvo á la muchedumbre. Heríd, les dijo, baños en la sangre de vuestro rey; pero á lo ménos perdonád á mi esposa y á mi inocente familia.— Estas palabras, dichas con cierta firmeza patética, enternecieron y espantaron á los facciosos: unos avergonzados bajaban al suelo la vista, y otros vertían lágrimas: en fin todas las olas irritadas de esta tempestad espantosa iban á estrellarse á los piés del monarca, amenazado ántes por ella. A esta sazón ha llegado un oficial de la municipalidad, ha mandado á la gente que se retire, y ha tranquilizado al rey diciéndole: Dos conspiraciones estaban tramadas contra vos; la una para sacaros de la prision y colocaros de nuevo en el trono, y la otra para terminar con un asesinato vuestra vida y la de

vuestra familia. Esta trama ha sido deshecha por la vigilancia de la municipalidad y de los republicanos. Acaban de ser arrestados varios personajes que seguían vuestro partido, y entre ellos Toulan, cuyo delito va á descubrirse por entero. Por lo que á vos toca, miéntras estéis bajo la responsabilidad del tribunal, el puñal podrá amenazaros, pero nunca heriros.

Paquita, que entró al acabar Edwino su relacion, nos dió mas recientes noticias. Decíase de pública voz, que habiendo asegurado la reina al oficial municipal que estaba de guardia en su cuarto, que aquella noche sería la última de su prision, entró en sospecha el magistrado, y al punto dió cuenta á la municipalidad: que esta rezelosa ya desde el interrogatorio que en 17 de agosto había hecho el tribunal á la reina, á Clery, Chamilly, Maslesherbes y á mí, y confirmadas ahora

sus sospechas por la indiscrecion de la misma reina; mandó inmediatamente poner centinelas dobles en los puestos mas importantes, y guardar con mayor vigilancia los cañones, mudando al mismo tiempo el santo: que cuando el fuego se manifestó en la torre del Temple, Toulan, sospechoso ya á la municipalidad y observado siempre por ella, se había presentado en el cuerpo de guardia del puente nuevo, en donde esperaba hallar á sus amigos; pero en vez de esto había sido arrestado allí con dos de sus compañeros, dos presidentes de secciones y un oficial general: que á este se le había encontrado una lista de conjurados, entre quienes había varios personajes señalados, así en el antiguo Gobierno como en el nuevo, muchos de los cuales habían sido arrestados, y á los demas se les estaba buscando; finalmente, que los presos guardados con mas

rigor, serían vigilados con mayor cuidado, y que la municipalidad estaba tratando de los medios mas eficaces para afianzar su existencia, la seguridad de la prision, y su propia responsabilidad.

Estas nuevas me hicieron conocer que ya no había probabilidad alguna de libertar ni restablecer á la familia real, ora hubiesen desbaratado el plan los republicanos, ora los anarquistas. Con todo, en el primer caso me restaba aun la esperanza, ó por mejor decir la certeza de salvar la vida al rey y á su familia, y aun de alcanzar su libertad en adelante. Pero admitiendo el otro supuesto, ¿qué perspectiva tan triste se me presentaba acerca de los ilustres presos! Sumergidos nuevamente estos infelices en un abismo de calamidades, no les quedaba mas recurso que el zelo de un fiel servidor como yo, interesado en la conservacion de una familia

tan desventurada, que aun escitaba la compasion de sus enemigos. Antes pues de separarme de madama Melvood hice saber á Luis el resultado principal de aquel funesto dia, protestándole que mi zelo y desinteres durarían tanto como mi existencia. Hace mucho tiempo, me respondió el rey, que estoy resignado á todo, y el último acontecimiento no ha hecho mas que fortalecer mi resignacion. Compadezco á la reina y á mi hermana: mis inocentes hijos me enternecen, y en favor de ellos solamente reclamo vuestra amistad. Por lo que hace á mí, creo que podéis orar por mi reposo eterno, como si estuviese difunto. — No pude leer entónces ni repetir ahora estas líneas patéticas, sin sentir una violenta opresion de corazon, y derramar amargas lágrimas.

El dia siguiente, que era el 3 de diciembre, fué muy alborotada la sesion

del cuerpo convencional, en donde se hicieron las propuestas mas atroces, con toda la insolencia de la anarquía victoriosa, llegando á tal extremo, que algunos pidieron la muerte de Luis en el término de veinte y cuatro horas. Es verdad que los republicanos hicieron los mayores esfuerzos para desvanecer tan inhumanos pensamientos; pero cuando la asamblea, ya mas sosegada, propuso esta cuestion: *si el rey habia de ser juzgado, y si lo habia de ser por ella*, todos votaron por la afirmativa, contra la opinion que habían manifestado hasta entónces, y faltando á la palabra que me habían dado por medio de Manuel. Sin duda procedieron así, rezelosos de las tentativas que el abatido Gobierno hacía para restablecerse. ¡Estraño enlace de los sucesos que preparan el destino del hombre! Los mismos esfuerzos que se hacen para enfrenar su curso, solo sirven

para comunicarle mayor fuerza y rapidez: así un torrente impetuoso corre con mayor furia y desenfreno, cuando ha arrollado los diques que cerraban el paso á su corriente.

~~~~~

NOCHE OCTAVA.

FALTO de ingenio y de destreza, no intento delinear el cuadro sublime, reservado al buril de la historia, de un rey cautivo que defiende su vida contra un senado que le acusa. La historia, repito, juzgará si Luis fué culpable: yo solo quiero retratarle como un particular desventurado.

Desde el día en que se trató de libertar al rey hasta la víspera del de su muerte, estuvo interrumpida toda comunicacion entre él y yo, pues los encargados de su custodia habían redoblado las precauciones, y Clery no volvió á salir de la torre. Cuanto se introducía en ella, era escrupulosamente registrado, y aun la máquina telegrá-

fica vino á ser inútil, á causa de las celosías que se pusieron en las ventanas de la habitacion de S. M., de suerte que no volví á adquirir mas informes, sinó por medio del señor de Malesherbes. Este respetable anciano, que había sido dos veces ministro de Luis en el tiempo de su prosperidad, tomó á su cargo, como un distinguido honor, la defensa del monarca perseguido. Todos los días, al volver del Temple, hacía exactas apuntaciones de cuanto observaba, permitiéndome despues sacar un extracto de ellas, el que suplirá mi narracion, por lo que respeta á Luis XVI.

He procurado omitir lo que se encuentra en otros escritos; y así solo hallará Vd. aquí, á mas de los sentimientos y reflexiones propias de un corazon sensible y acostumbrado á meditar, ciertas particularidades esenciales, que han pasado en silencio, ó aca-

so las ignoraron Clery y los demas escritores que han hablado de los últimos dias de Luis. Estos pormenores harán mayor impresion en el corazon de Vd., si considera que va á leerlos sobre las mismas cenizas del monarca á quien se refieren, y del sugeto que los escribió.

## APUNTAMIENTOS

### ACERCA DE LOS ÚLTIMOS DIAS

DE LA VIDA

DE LUIS XVI.

(Estracto de las memorias de Malesherbes.)

Despues del funesto resultado de las conferencias de la calle del Arbol seco, y decretada mi libertad por el tribunal de 17 de agosto, me retiré á mi

casa de campo, persuadido de que mi permanencia en Paris podría serme perjudicial, y de ningun modo útil á mi rey.

Pero cuando supe que la Convencion había decretado que Luis xvi fuese juzgado por ella, determiné consagrar á su defensa los dias que me restaban de una vida congojosa. Considerábame dichoso, si á precio de ella podía evitar un crimen á mi patria, libertando del suplicio al mas honrado de los hombres y al mas desventurado de los reyes. Me pareció que mi zelo sería tanto mas favorable á S. M., porque nadie se atrevería á tacharme de realista, pues todos me tenían por partidario de la *secta filosófica*; denominacion inventada por la ignorancia, para deshorrar á los verdaderos filósofos que jamas han formado secta. Imaginé tambien, que ninguno me haría la injusticia de creer que un hombre enve-

jecido con honor en el ministerio, defendería á un acusado, si le tuviese por culpable; y cualquiera debía suponer inocente al rey, viendo que el viejo Maleshérbes le defendía.

Tal en efecto fué la opinion que todos los buenos formaron de mí, al leer mi carta de 11 de diciembre: la asamblea la aprobó, el rey me dió gracias por ella, y el público manifestó que la aplaudía. Voy á referir en prueba de esto un hecho, tan honroso á sus autores, como agradable á mi persona. Cuando me presenté por la vez primera á la *comision de los veinte y uno*, encargada de informar sobre la causa del rey, se difundió la voz de mi llegada por los corrillos de las Tullerías y de la calle de san Honorato, por donde había pasado mi coche. Así que bajé de él, me rodeó una muchedumbre de buenos ciudadanos y de mugeres sensibles, y me suplicaron con encare-

cidas instancias que hiciera cuanto estuviese de mi parte, por salvar al rey. Una de estas honradas señoras me presentó un hijo suyo de unos dos á tres años, y me pidió de su parte permiso para abrazarme; á lo que accedí con mucho gusto. No pude dejar de entermecerme, y el público se conmovió tambien al ver cómo sus delicadas é inocentes manos acariciaban mi arrugado rostro, y la notable contraposicion que hacía su rubia cabellera con las blancas canas de un anciano.

Antes de escribir aquella carta, fui á verme con Vergniaud, en quien confiaba mas que en todos los otros diputados, á causa de su sencillez, gran talento é irreprehensibles costumbres. Le descubrí mi proyecto, que aprobó desde luego; pero la faccion de la anarquía le hacía ya rezelar y desconfiar de todo, aunque sin aterrarle. De los eseritos filosóficos que los facciosos ci-



tan, truncan y desfiguran, solo han retenido, me dijo, esta máxima terrible de Rainal: *Las naciones envejecidas no pueden regenerarse mas que con arroyos de sangre.*

El 10 de diciembre por la noche, víspera de la primera comparecencia del rey ante la asamblea, puso un criado en un armario de la antecámara de S. M. varias bugías, y en medio de una hice introducir la carta siguiente, escrita en vitela con tinta indeleble, preparada de modo que la cera derretida no pudiese alterarla: Clery fué quien se la entregó á Luis.

## CARTA ANÓNIMA

DIRIGIDA A LUIS XVI.

(*Documentos justificativos, núm. 14.*)

« SEÑOR:

Permitid que un antiguo servidor de V. M. le acredite su estimacion, indicando la conducta que debe observar V. M. desde el principio en la causa que tratan de formarle.

La mayor parte de la nacion, y aun de la asamblea, conviene en la incompetencia de esta para juzgar á V. M. Varios representantes son á tiempo acusadores, testigos y jueces; otros son criados inmediatos de V. M.; algunos se han declarado enemigos, y uno de ellos es pariente de V. M. Paso en silencio el establecimiento y forma-

cion de dicho cuerpo, que no tiene semejanza con tribunal alguno.

Estos son otros tantos motivos para impedir que se entable la causa. Así que, á la primera pregunta que se haga á V. M., debe responder que no tiene por competente y legal á la asamblea; que habiendo admitido, reconocido y proclamado la soberanía de la nacion, está pronto á responder al tribunal que ella nombre, con tal que se limite á ejercer el poder judicial, que consiste en la aplicacion de la ley á los casos particulares, sin tratar este asunto como una cuestion general, ó como objeto de legislacion.

Este es, señor, el escudo mas firme y el único que puede oponer V. M. á los tiros de la malevolencia, del error, de la preocupacion y de la ignorancia. Entorpecida la Convencion con este obstáculo insuperable, se verá en la necesidad, ó de nombrar un tribunal

supremo, si accede á la demanda de V. M., ó de no molestarle, si la desprecia. Pero si á pesar de esta reclamacion ó protesta, continuase en la formacion del proceso, incurrirá en el desprecio y la execracion del género humano, por cuanto esta conducta es contraria á todos los principios de justicia."

DIA 12 DE DICIEMBRE.

Ayer fué conducido Luis XVI del Temple á la Convencion nacional.

Durará largo tiempo en la memoria de la generacion presente el dia, en que precedido de veinte cañones y escoltado por cien mil hombres, salió Luis de su encierro, para comparecer en el salon convencional; y aunque esto acaeció al medio dia poco mas ó ménos, parecía media noche, segun el silencio que reinaba. Todavía está presente en mi imaginacion aquella in-

mensa hilera de hombres armados, su acompasado andar, y el rechinante sonido de las pesadas cureñas. Cien mil soldados caminan, y solo se observa un movimiento: en medio de estas falanges silenciosas rueda con lentitud un coche de color oscuro, en cuya delantera va sentado Chaumette, procurador de la municipalidad, sonriéndose maliciosamente, y á su lado Hebert, cuyo rostro halagüeño parece no pueda ser el del autor del asqueroso diario intitulado *el padre Duchesne*. Enfrente de estos dos sujetos se deja ver el rey de Francia, su prisionero.

¿Dónde están ahora los gritos de alegría, las demostraciones de regocijo, que en otro tiempo cercaban el carro triunfal del monarca, cuando ostentaba su magestad y soberanía ante los pueblos deslumbrados y enloquecidos? El desden injurioso, las señales mortificantes del aborrecimiento, y

un pasmo silencioso y triste, ocupan ahora el lugar del amor y del contento. Si la gratitud ó la compasion hacen correr algunas lágrimas, forzoso es enjugarlas en algun parage solitario y libre de miradas suspicaces. Ya no se muestra el pueblo como amigo, sinó como un juez grave y severo; y los mas están aguardando en la mayor inquietud que los sucesores del rey acusado permitan á los ciudadanos decir su opinion francamente.

Gobiernos de la tierra, ¿qué leccion se os acaba de dar! ¿Con que es cierto que todo vuestro poder viene del pueblo, y que sois nada sin él! ¿Gobierno de mi patria, si hubieses obrado siempre en favor de los intereses del pueblo, él te sostendría en la presente ocasion! Y tú, Luis XVI, hombre excelente, pero débil monarca ¿cuánto padeces, por no haber sido constantemente severo ó virtuoso!

Disfrazado con un sobretodo blanquecino, y con un sombrero grande que me permitió tener puesto el portero de la Convencion, á causa de mis achaques, he visto comparecer á Luis con la serenidad de un hombre que tiene tranquila la conciencia, sin mostrar ni la altanería propia de su clase, ni la timidez que pudiera inspirarle aquella situacion.

Barrere, en calidad de presidente, ha comenzado el interrogatorio con voz turbada, y entre tanto reinaba en las tribunas y en la asamblea toda un profundo silencio. Orleans, retirado en un rincón de la *montaña*, y escondido tras de Danton, acechaba de continuo al acusado, que ha respondido á todas las preguntas con gran serenidad de ánimo.

Por lo demas, sea que el monarca rezelase algun engaño en mi carta, ó que le faltase facilidad para esplicarse,

ó mas bien que su natural franco y sencillo sobrepujase el temor de los riesgos que le amenazaban; lo cierto es que en lugar de recusar á la asamblea como incompetente, ha confesado su legalidad, no solo respondiendo á las preguntas que se le han hecho, sinó tambien reconociendo todos los documentos presentados por el secretario Valazé. O Luis xvi! ya te has hecho cómplice de tus asesinos; tú mismo acabas de asentar el primer escalon de tu cadalso.

En este dia no ha ocurrido ningun acontecimiento memorable: solo he observado, que en medio de su actitud severa ha mostrado el pueblo mucha imparcialidad en las opiniones; diverso en esto de los oradores exaltados, que derraman tanta hiel en la tribuna pública. Insensatos! que se imaginan grandes, porque huellan la grandeza aniquilada; á semejanza de los espa-

dachines cobardes, que se precian de valientes acribillando á estocadas un cuerpo inanimado.

Freedman, mi fiel criado, ha presenciado una escena, que puede servir de muestra para conocer la opinion general. Al entrar en la plaza Vendôme el coche del desgraciado monarca, ha gritado un foragido : *à la guillettina*. Este grito feroz en medio de tanto silencio ha causado un descontento universal ; y un hombre, al parecer artesano, ha respondido á aquel bárbaro : Cobarde, espera á lo ménos que la ley decreta si merece la muerte : respeta entre tanto al desgraciado.

DIA 14.

(Una hora ántes de acudir al Temple.)

Me he puesto muchas veces á meditar filosóficamente sobre la vanidad de

las grandezas humanas, é imbuido en los sublimes escritos de Young, he venido siempre á concluir, que en este monton de cieno, que se llama la tierra, los reyes son unas débiles pajas de la gavilla que forma la humanidad, las cuales resplandecen algo mas que las otras, porqué el sol les da un brillo superior. He estudiado los historiadores; he leído de tres meses á esta parte á cuantos han escrito acerca de las revoluciones de los imperios; he recorrido la larga serie de los déspotas, ambiciosos, revolucionarios y reyes que han assolado el mundo, empezando desde las leyes sanguinarias de Dracon, los crueles castigos inventados por Fálaris, y el Gobierno anárquico de los treinta tiranos de Atenas, hasta llegar á la tiranía de Luis XI. de devota y sangrienta memoria; he recorrido la galería de los déspotas, de los ambiciosos, de los facciosos, de los dema-

gogos y de los reyes que tantos males han causado al género humano; me he acostumbrado á considerar las mudanzas políticas de este mundo, devorado sucesivamente por los hipócritas ó por los malvados; en unas partes he visto á las naciones abandonadas á cuantos escesos dictan las pasiones, y esclavizadas por sus mismos desórdenes; en otras á los usurpadores inhumanos que disponían de los hombres, como si fuesen un despreciable rebaño de ovejas, y les hacían cortar la cabeza por crueldad ó por antojo: han llegado en suma á serme tan conocidas todas las variaciones del desgraciado linage humano, como lo son los incendios memorables, las erupciones de los volcanes, los mas nombrados terremotos y los naufragios mas célebres. Mi corazón debería haberse endurecido, y mis ojos haber permanecido insensibles á la vista de tan grandes y es-

traordinarias calamidades; pero á pesar de esto no puedo contener las lágrimas, y me conmuevo interiormente cuando me pongo á contemplar el original de estos lúgubres cuadros, de que hasta ahora solo había visto la copia. ¡Con que está preso en una torre el que he conocido reinar en un palacio, y una cuadrilla de carceleros ocupa el lugar de su brillante guardia! Con una sola palabra podía poco ha armar á un millon de soldados, cubrir el mar con sus escuadras, hacer entrar en sus arcas un rio de oro, y repartir por todas partes la vida y la muerte; ¡y ahora ya no puede hacer nada, y tiene ménos libertad que un infeliz jornalero! Algunos de los que le custodian, pertenecían á la clase mas ínfima de sus súbditos, ¡y al presente son los que mandan! La fortuna con sola una vuelta de su inconstante rueda ha abismado al monarca hasta el

polvo, y ha puesto al pordiosero en el trono: unos miserables andrajos cubren las carnes del que se vestía de púrpura, mientras que el manto real se avergüenza de verse confundido con los restos de la indigencia. Es esto sueño?... Y en tanto que la tiranía, embriagada de su triunfo, duerme en un lecho empapado en sangre, el pueblo está despierto para padecer. Le han prometido la libertad, y no experimenta mas que vejaciones: le dicen, vamos á darte pan, y le presentan un monton de cadáveres. ¿Cómo no hemos de detestar á los que son causa de semejante trastorno? ¿No debía parecerse la revolucion á una tempestad, que acarrea al mismo tiempo el rayo mortal y el benéfico rocío? Mas tiemblen, cuando truena, las montañas elevadas; los grandiosos edificios y los soberbios robles. Pueblo, que reúnes la razon y la locura, el acierto y los

estravíos, las virtudes heroicas y los mas inauditos atentados! ; Dichoso el que cogerá los frutos que promete la revolucion de tu país! dichoso mil veces, porqué disfrutará de sus beneficios, sin haber presenciado ni tenido parte en sus criminales principios. Pero quiero desechar estas tristes ideas, para corresponder con el sacrificio de mi propia persona á la confianza que debo á Luis.

Vengo de verle. Atravesando nueve puertas de hierro, tres verjas, un cuerpo de guardia lleno de fumadores y beodos, un gran número de carceleros, una multitud de sugetos melancólicos, cubiertos de bandas, y una continuada hilera de centinelas; he llegado á la prision de Luis, quien al verme se me ha acercado con alegre semblante. El aspecto de un monarca encarcelado me ha hecho una impresion tan profunda, que sin poderme

contener, me he arrojado á sus piés. Hubiérame parecido esto una humillacion vergonzosa en el tiempo que dictaba leyes desde el trono; pero á la sazón lo he tenido por un homenaje debido á la desgracia y á la virtud.

A pesar de mi avanzada edad, soy aun susceptible de vivas y profundas conmociones, y la que entónces sentía, me ha causado un temblor tan manifiesto, que ha tenido que alentarme el monarca. En efecto, me ha estrechado la mano con gran ternura y me ha abrazado; pero esto no ha hecho mas que aumentar mi consternacion, en términos que no podía mirarle sin derramar copiosas lágrimas. Todavía caen sobre este papel, y borran lo que acaba de escribir.

Clery ha cerrado la puerta dejándonos solos, para que pudiésemos conferenciar con desahogo; pero un oficial de la municipalidad le ha repre-

dido severamente por ello. Al oír el rey las voces, se ha levantado y me ha conducido á una torrecilla estrecha, en donde hemos entablado la conversacion mas interesante.

Antes de ponerla por escrito, debo observar, que el rey emplea los ratos ociosos en la lectura y el estudio, y que su gabinete encierra un gran número de volúmenes, de que ha leído ya mas de doscientos desde que entró en el Temple.

Hábleme Vd. francamente, me ha dicho: ¿qué juicio forma Vd. de mi causa?— Señor, el modo de entablarla es contrario á la razon y á la justicia. —No es eso lo que pregunto; sinó ¿qué piensa Vd. que harán conmigo?— Señor, la mayor parte de la asamblea y de la nacion opina, que V. M. triunfará de la desgracia y de sus enemigos. — Mis enemigos! ¿cómo es posible que los tenga, si yo no lo soy de persona



alguna? — Las desgracias, señor, se imputan siempre á los Gobiernos. — En tal caso yo soy delincuente. — Entonces he callado, y Luis no ha tardado en preguntar de nuevo: ¿Opina Vd. que debo defenderme? — Hace poco que me tomé la libertad de aconsejar á V. M., que léjos de responder á un interrogatorio ilegal, recusase á la Convencion como juez incompetente; pero reconocida ya en calidad de tal, creo que V. M. debe preparar su defensa. — Y ¿á quién se la confiaremos? — Ninguno mas hábil para el caso que Tronchet. — Dice Vd. bien; pero será preciso hablar en el tribunal: para esto se necesita buena voz y energía, y Tronchet es demasiado viejo. — Pudiera pedir V. M. á Deseze, que es un abogado de mucho mérito y fama. — Pensaremos en ello. — En esto han abierto la puerta del cuarto, y ha entrado una diputacion de la Convencion

nacional, compuesta de Cambacéres, Thuriot, Salicetti y Dupont de Bigorre. El primero ha tomado la palabra, y hablado con mucho decoro y sensatez: reducíase su mision á manifestar á Luis, que Target se había negado á defenderle, y que otros varios ciudadanos lo solicitaban. El rey les ha dado gracias, y no ha admitido á ninguno de los que le proponían, y dirigiéndose en seguida á los comisionados, les ha dicho: Señores, hace dos dias que no veo á mi familia, y creo que no puede ser la intencion de la asamblea el privarme de ella; y así ruego á Vds. que le hagan presente mi deseo, al que no dudo accederá. Está persuadido, ha respondido Cambacéres, que la asamblea sabrá conciliar siempre los derechos de la humanidad con los deberes de la justicia. — Desearía tambien, ha añadido Luis, que me franqueasen recado de escribir. Es estraño, ha repli-

cado Cambacéres, volviéndose á sus compañeros y á dos comisarios municipales, que se practiquen semejantes vejaciones con quien no está declarado reo : no es esta la voluntad de la Convencion, ni hace mucho honor á la municipalidad semejante conducta. — Uno de los municipales ha respondido ciertas palabras vagas y altisonantes, que no han satisfecho al diputado, quien ha añadido : De aquí á una hora habrá ya resuelto la Convencion lo que juzgue mas conveniente, acerca de esta despreciable contienda entre un preso y sus centinelas. — El municipal ha bajado la vista sonrojado, y volviéndose á su camarada, ha dicho en voz baja, aunque perceptible : Es un tirano este Cambacéres. Mucho peor todavía, ha respondido el otro, que es un *moderado*. Luis al oirlo, no ha podido ménos de sonreirse. Habiendo salido del cuarto la diputacion convencional, he

querido entablar de nuevo nuestra anterior conversacion; pero en vano, porque el deseo de ver y de abrazar á su familia, había embargado enteramente la imaginacion del rey, distra-yéndole de los negocios. Así es que solo ha hablado del carácter magnánimo de la reina, de las virtudes de madama Isabel, de las gracias de la jóven María Teresa, y del talento y gracejo del niño Cárlos. Despues hemos hablado del abate Fermont y de su alumno, á quien el rey ha elogiado, y en seguida me ha preguntado por Toulan, cuyo arresto sabía ya, añadiendo : La víspera misma de su desgracia le prohibí emprender cosa alguna en mi favor, porque me rezelaba un mal resultado, y porque no se deben arriesgar tan grandes golpes, sin tener cien mil hombres por una parte, y cien millones por otra.

## DIA 15.

He empleado la mitad de la noche en examinar un legajo de documentos relativos al proceso del rey, y en leer varios dictámenes por escrito, publicados por ciertos representantes, que en mi entender han abusado en gran manera de la elocuencia y de la lógica. Efectivamente, esta última, que debe encaminarse á rectificar las ideas y coordinarlas metódicamente, ha venido á ser por medio de estos espíritus falaces y tumultuarios, el conducto del sofisma ó el instrumento de la ambicion; y el colorido seductor de la elocuencia no ha servido mas que para disfrazar los pensamientos mas feroces y los razonamientos mas antipolíticos. Estos facciosos respiran en todos sus escritos la pasión furiosa que los anima: encarnizados y violentos acometen á un

monarca vencido, ante quien se prostaban humildemente en otro tiempo. ¡Y estos mismos se consideran dignos jueces! ¡estos se llaman amigos de la libertad! Abuso culpable! error lastimoso! La justicia es una deidad severa, y al mismo tiempo compasiva, que busca la inocencia con el mayor zelo, y encuentra al delincuente con pesar. La libertad no es una furia, que agita las antorchas ardientes ó empuña el acero; sinó la hija de la naturaleza, emanada de la divinidad, que solo concibe nobles pensamientos, ejecuta sublimes acciones, y por medio de la virtud encamina á los hombres á la felicidad.

El sueño me reproducía estas ideas que me habían ocupado al quedarme dormido, cuando Freedman ha entrado á despertarme para poner en mis manos una esquila, en que un sugeto pedía abocarse conmigo inmediatamen-

te, para conferenciar sobre el asunto que me ocupaba. Le he mandado entrar, y se me ha presentado una persona desconocida.

Luego que nos han dejado solos, he sabido que era Dumouriez, no sin alguna sorpresa, pues le contemplaba en el campo de batalla, cuando él se hallaba de incógnito en Paris tramando una conspiracion. No sé cómo es, que nunca he podido estimar á este hombre, á pesar de su amabilidad y del donaire con que se explica: le suponen además tan hábil diplomático como militar valiente, y hasta ahora nunca me ha dado motivo de queja. Mi antipatía no dejará con todo de tener algun fundamento; y este es, sino me engaño, el haber descubierto, que Dumouriez reúne á un talento despejado mucha falsedad de corazón. Por la conversacion siguiente se verá, que no me he equivocado en mi juicio.

DOMOURIEZ. Mucho apreciaría la casualidad que me proporciona ofrecer mis respetos á la persona que mas estimo en Francia, si el motivo que me trae, no disminuyese el precio de este favor.

MALESHÉRES. ¿Puedo saber, caballero, con quién tengo la honra de hablar?

NUM. Soy uno de aquellos hombres desgraciados, que no tienen voluntad propia. (*En esto baja la vista, como sonrojado por lo muy extendido de su reputacion.*) Se adelanta muy poco, ha añadido, en trocar el bien sólido de una vida oscura con los ruidosos inconvenientes de la celebridad. Soy Dumouriez. (*Ha pronunciado el nombre con una negligencia afectada, que he fingido no haber observado: mi indiferencia ha sorprendido, y aun ocasionado un ligero disgusto al general.*)

MAL. Sírvase Vd. pues decirme el

motivo de la visita, con que me honra Vd., ciudadano general.

DUM. Ciudadano!... creía yo que el señor de Malesherbes pronunciaba muy rara vez semejante palabra, y á la verdad es cosa dura ser participe en este título con.... (*vacilando*) el ciudadano Marat.

MAL. Rousseau lo tomó tambien.... Finalmente, evitemos rodeos; ¿en qué puedo servir á Vd., señor general?

DUM. Antes de todo debo alabar el zelo heroico que anima á Vd. á defender al rey, cuando están conjurados contra él la cobardía y la traicion. En verdad estoy complacido de ver al rey mas desventurado, cliente del hombre mas virtuoso.

MAL. Si no fuese un militar quien me habla, creería que intentaba engañarme, puesto que me adula.

DUM. La opinion pública, que jamas adula, está de acuerdo conmigo en este

punto. (*Un intervalo de silencio.*) Cuando pidió Vd. como una honra el que se le permitiese defender al rey, fué sin duda con intencion de libertarle de los inminentes peligros que le amenazan.

MAL. Mi intencion ha sido manifestar la verdad á la Convencion que le juzga, y á la Francia que juzga á la Convencion. De esta demostracion tan fácil dimanará necesariamente la inocencia y el triunfo del rey.

DUM. Ese raciocinio es conforme á las esperanzas de Vd. : permítame Vd. reflexionar segun mis temores. De la verdad demostrada resulta forzosamente la inocencia de Luis, y por consiguiente su condenacion.

MAL. Si no confiesa Vd. que los individuos de la Convencion son sumamente perversos, ¿qué otro dictado podré darle á Vd.?

DUM. ¡Ojalá pudiese yo merecer el

mas injurioso! pues aun á costa de mi honor salvaria la vida del que fué mi rey.

MAL. Tambien lo fué mio, y no ha dejado de ser mi amigo.

DUM. Con eso hace Vd. su panegirico y el de Vd. Yo tambien me considero digno de haber sido su amigo, y vengo á acreditarlo.

MAL. Usted?

DUM. Aunque esa admiracion es una injusticia, solo responderé á ella, probando que no la merezco. Hablemos francamente: el rey será condenado.

MAL. Vd. me estremece. Pues ¿por qué razon?....

DUM. Repito que será condenado, si continúa la causa, y es preciso cortar-la á toda costa.

MAL. Y ¿qué medios podrán oponerse á un poder, tanto mas despótico, cuanto mas moderno é incierto, y que puede llegar á ser terrible por timidez?

DUM. Precisamente esa misma timidez llevará al cadalso al monarca. Los que han de votar, están amenazados con el puñal, y ¡hay tan pocos que prefieran ser victimas á ser verdugos!

MAL. Y qué podrá hacerse?

DUM. En manos de Vd. está la suerte de Luis.

MAL. No entiendo á Vd. (*Mi alteracion involuntaria alienta á Dumouriez.*)

DUM. Todo se reduce á la siguiente cuestion: ¿Teme el rey la muerte?

MAL. El rey solo teme obrar mal.

DUM. En eso estamos conformes; pero aun no ha respondido Vd. á mi pregunta.

MAL. Señor general, el rey es hombre.

DUM. Es decir, sensible: ama á la reina y á sus hijos; le corresponden, y por consiguiente debe tener apego á la vida.

MAL. Me ha entendido Vd. mal. Si

el rey fuese uno de los filósofos del día, pudiera terminar sus calamidades dándose la muerte; pero es cristiano, esto es, tiene resignacion, y sabría recibir la muerte sin temerla.

DUM. En un cadalso?

MAL. El cadalso se convierte en altar, cuando sube á él un inocente.

DUM. Su sangre aumentará los resentimientos y venganzas, y será el origen de infinitos males.

MAL. Por evitarlos se ha humillado el rey á defenderse, pues ántes pediría verdugos que jueces, si no pendiese de su suerte la de tantos franceses, y acaso la de toda la generacion presente.

DUM. Entre sus acusadores no conozco verdugos; pero sí jueces.

MAL. Como quiera que sea, ya le he dicho á Vd. que está resignado.

DUM. Permítame Vd. que le diga, que no puede disponer de su vida, si nó que debe defenderla y conservarla.

MAL. Ya le he insinuado á Vd., que procurará libertarse del puñal, si es posible.

DUM. Pues yo vengo á ofrecer á Vd. el medio.

MAL. Puede Vd. confiármelo?

DUM. Escuche Vd.: es indudable que la debilidad del rey, á mas de ocasionar su prision y el peligro de una causa criminal, le ha acarreado un envilecimiento incompatible con el trono, aun suponiendo que le quisiese sostener algun partido. Tambien es cierto, que la anarquía hace diariamente tales progresos, que en ménos de medio año habrá acabado con la patria, si una mano tan diestra como firme no le opone la prudencia de la ley y la firmeza en la ejecucion. Para conseguir este objeto, en que consiste la salvacion de la patria, basta una palabra de Luis. Pronunciada esta, la anarquía cesará, la Convencion nacional depon-

drá su espíritu sanguinario, y se hará digna de representar el primer pueblo de la tierra: la nación, feliz con una libertad racional, gozará de sus derechos, sin olvidar sus deberes: los reyes confederados pedirán la paz: se establecerá un Gobierno vigoroso, se arraigará en este suelo ensangrentado con las disensiones, y el primer acto de su poder será la libertad del rey y de su amable familia.

MAL. Hé aquí una perspectiva muy halagüeña. Veamos ahora, cuál es la palabra que se exige al monarca; para que esto llegue á realizarse.

DUM. Solo se pretende legalmente, lo que está ya conseguido con la fuerza: que abdique.

MAL. Que abdique! (*Un ligero intervalo de meditación.*) Luis XVI, aun en el día que está amenazado de la seguridad, no faltará á los deberes de su conciencia y de la justicia, comprando una

vida ignominiosa á costa de la probidad y del honor.

DUM. (*Después de un largo silencio.*) ¿Por ventura tendrá Vd. la sinrazon de creer que hablo en favor del duque de Orleans?

MAL. Francamente; así lo he creído.

DUM. Tal vez no sería tan grande la repugnancia de Vd., si oyese nombrar al que....

MAL. No lo podré oír sin rubor; y sea quien quiera, ¿podrá ménos de intentar, que Luis XVI falte á sus deberes? Señor general, el rey sabrá morir; pero no deshonorarse.

DUM. Reflexione Vd. que le preparan el cadalso.

MAL. (*Con vehemencia y enojo.*) Puesto que pone Vd. la cabeza del rey en pública subasta, fije Vd. el precio, de modo que solo perjudique á los intereses, sin ofender la conciencia y el pundonor.



DUM. (*Sonrojado, continúa con afectada dignidad.*) Disculpo, y aun respeto el zelo de Vd., y solo siento que ha de ser poco útil al rey.

MAL. El rey es el juez único de esta contienda, y cree que le soy útil siguiendo sus intenciones y los principios de mi conciencia.

En esto me ha dejado Dumouriez, y á pesar de su urbanidad cortesana, he conocido que iba enfadado. Despues ha procurado varias veces picar mi curiosidad acerca del sugeto por quien se interesaba; y aunque interiormente deseaba yo saber su nombre, no lo he manifestado. Voy ahora al Temple, zeloso de haber perjudicado al rey con un zelo indiscreto.

DIA 16.

Con arreglo á la promesa de Cambacères, ha logrado el rey plumas, papel

y tintero, con lo que está sumamente contento; y segun me ha dicho, se ocupará en apuntar varias notas relativas á su causa, que conserva en la memoria. Me ha dado á leer un plan de su testamento, que había confiado al abate de Fermont, y que le ha devuelto este digno eclesiástico. No he podido enterarme de este documento sin enternecerme. Mirado á los ojos de la filosofía, tiene un sabor de supersticion; pero ¿quién ignora que las personas sensibles y de un carácter débil propenden á la mística; y que es otra de las ventajas de la religion proporcionar consuelos efectivos á los que tienen la fortuna de creer en sus promesas? Los frios cálculos de la filosofía que todo lo desmenuza y analiza, nunca equivaldrán á las dulces ilusiones, que por medio de los milagros y los misterios trasladan á los corazones sencillos y crédulos á una region llena de

los hechizos de la suprema felicidad.

Aunque se ha permitido al rey que hablase con sus hijos, ha sido bajo la condicion de que estos no volviesen á ver á su madre ni á su tía, hasta la conclusion del proceso. En esta cruel alternativa, ó de no verlos, ó de privar á la reina de su presencia, Luis ha preferido padecer solo, diciéndome: Este sacrificio me prepara para otro.

— Así lo temo yo tambien, por mas que horrorize la idea de ver morir á un inocente en el cadalso. Se habla de una mediacion de las potencias estrangeras y de la deportacion á España. Entre tanto el rey se ocupa ménos en estos asuntos, de que pende su suerte, que en idear medios para corresponderse con su familia. Clery le ha proporcionado ya algunos; y en verdad es digno de lástima un monarca, empleado en estas intrigas domésticas, para conseguir la libertad de recibir ó

escribir una carta. ¡Qué miserable es este rigor de la municipalidad! tratando de envilecer al rey, se envilece á sí misma; y al paso que todos le compadecen, detestan á aquella.

Cuando me ocupaba en registrar un legajo de papeles, ha venido á interrumpirme el rey, y sollozando me ha enseñado un naipe, en que madama Isabel ha señalado algunas palabras con un alfiler. Despues de besar la carta y estrecharla en su pecho, ha dicho el desventurado monarca suspirando: Infeliz hermana!.... qué ternura! El mayor sentimiento que tengo, es verla participar de mis desgracias.

Clery ha ideado el medio de entablar entre los presos una correspondencia frecuente y segura. Desde la ventana de madama Isabel, perpendicular á la del rey, se descuelgan fácilmente hasta el cuarto del criado las cartas atadas con un bramante: con

este mismo ardid le ha enviado un tinterillo y algunos pliegos de papel. Luis se interesa mucho mas en esto que en el proceso, cuyo éxito confía á mi cuidado.

Freedman acaba de entregarme el mensaje siguiente, que han traído á casa estando yo fuera.

DELIBERACION  
DEL CUERPO DIPLOMÁTICO,

RESIDENTE EN PARÍS,

EL MES DE DICIEMBRE DE 1792.

(*Documentos justificativos, núm. 15.*)

« Considerando los embajadores extranjeros residentes en París, que interesa al decoro de las potencias que representan, igualmente que á su propia reputacion, no mostrarse indiferentes

en la causa entablada contra Luis XVI, ántes rey de los franceses; han resuelto acceder á la solicitud del ciudadano Dumouriez, general de los ejércitos franceses, reducida á que se convoque un congreso especial, compuesto de los susodichos, á fin de tratar de los medios mas oportunos para terminar el negocio de que se trata, de un modo honroso á la nacion, ventajoso á Luis XVI y satisfactorio para los mismos embajadores.

En consecuencia se ha convocado dicho congreso, y se juntará en una sala de la posada del señor embajador de España, el cual enviará á las personas que hayan de asistir á dicho congreso, un extracto de la presente deliberacion.

París, 15 de diciembre de 1792.

Firmado: El caballero OCÁRIZ,  
encargado de los negocios de España.»

Acompañaba á este mensaje una carta de convite, cuyo sobrescrito era: *Al ciudadano Lamoignon-Malesherbes, defensor espontáneo de Luis XVI.* Está señalado el día 19 para la reunion del congreso.

## DIA 17.

El espíritu de partido se manifiesta mas y mas en la asamblea. Los amigos del duque de Orleans, que intentan sacrificar al rey, son contradichos y rechazados por los republicanos, que piden el destierro de los Borbones. Los partidarios de una y otra faccion disfrazan los motivos secretos de su ambicion y venganza, bajo el pretesto del bien general. Nunca ha estado la patria mas abandonada ni mas ofendida, y jamas se ha pronunciado tanto su nombre como ahora. Los que se titulan libertadores de ella, son parecidos

á los sacerdotes de Teutates, que pedían á gritos la sangre de las víctimas humanas, para inmolarlas á su infernal deidad.

Luis lee con serenidad todas las sátiras que se publican contra él, y sobre todo le interesan el *Monitor* y el *Diario de la tarde*, que envía por la noche á las princesas, valiéndose del ardid de Clery; y á las mismas escribe dos veces al dia, teniendo gran cuidado en quemar sus respuestas.

El exámen de las piezas del proceso continúa con tanta exactitud como celeridad. El gran talento y luces de Tronchet, y el zelo de Deseze, suplen mi incapacidad y la lentitud propia de mis años.

## DIA 18.

Aunque era mi dictámen no participar al rey la conferencia que tuve con Dumouriez, ni la deliberacion de los

embajadores, el señor de Fermont, convidado tambien por estos, ha opinado que el rey debía saberlo todo, para que nos comunicase sus intenciones sobre el particular. En consecuencia habiéndoselo hecho todo presente á Luis, me ha respondido en estos términos: «No me hable Vd. de Dumouriez: es un malvado, un traidor, de cuyos artificios desconfiaría tanto, si fuese republicano, como desconfié siendo rey, y como desconfío hoy dia viéndome proscrito. No lo dude Vd.; ese sacrificará al duque de Chártres con la misma facilidad que ha abandonado al duque de Orleans y á mí. Le verá Vd. adular á todos los partidos y abrazarlos para aniquilarlos despues, hasta que él mismo perezca víctima de su falsedad. Por lo que hace al congreso de los embajadores, debe Vd. asistir á él, aunque las deliberaciones diplomáticas no me sacarán de este sitio.

Ahora conozco una verdad que me repetía varias veces mi padre, á saber, que los reyes no tienen parientes ni amigos. El rey de España, mi primo, y el emperador mi cuñado, me verán subir al cadalso, y al dia siguiente pedirán aliarse con la nueva república. Y ¿quién sabe si el gabinete de san James está atizando la conclusion de mi causa? Jorge III no me perdonará fácilmente que yo haya arrancado á la América setentrional de su monopolio, y el duque de Chártres es amigo íntimo de Pitt.»

He recibido del señor de Bertrand, exministro de marina, y ahora emigrado en Lóndres, varios documentos interesantes en favor de Luis XVI. La defensa de este monarca, hecha con la mayor solidez por Malouet, el discurso de Lally-Tolendal, escrito con la elocuencia vigorosa que caracteriza á este célebre orador, y la proclama di-

rigida á los franceses por el caballero de Gráves, me han convencido plenamente de la inocencia del rey. Si á esto se añade el folleto de Nécker, el elocuente discurso de Vergniaud y las sensatas observaciones de Rabaut de Saint-Etienne, quedan completamente refutadas las relaciones de Mailhe y de Valazé, é ilustrado hasta la evidencia este negocio, tan importante y desgraciado.

## DIA 19.

Asistiendo al congreso de los embajadores con el abate de Fermont, he sabido que se había señalado el día para la discusion sobre el destierro de la familia real. Este triunfo de *la montañesa*, que solo ha tratado de favorecer á Orleans, me hace temblar. Eterna Providencia! protege al infeliz monarca.

Acabo de salir del congreso, asom-

brado de lo que en él he visto y he oído. No hay remedio; mi desgraciado rey está perdido; los proyectos de Dumas y Mouriez tienen partidarios, y los crímenes de Orleans defensores. A escepcion del caballero Ôcáriz, que es imparcial, sensible y juicioso, todos los demas diplomáticos no tratan mas que de especular sobre los desórdenes de mi patria, para aumentar el poder y las riquezas de la suya. De aquí infero que los ausilios prometidos á los príncipes emigrados son quiméricos; que las amenazas del emperador se encaminan mas á enriquecerse que á salvar al rey; que las esperanzas del partido de Toulon, como me ha referido el señor de Fermont, eran vanas é ilusorias; y que el objeto de la confederacion al parecer existente, no es restablecer el orden en Francia y volver á Luis la corona, sinó repartirse este suelo infeliz y ensangrentado.

¡Detestable gabinete que sostiene el genio devastador de Pitt, horror de la naturaleza, azote de la sociedad, enemigo del género humano! ¡ojalá que los crímenes que has cometido, y los que estás preparando, hagan recaer sobre ti todas las desgracias! ¡Quiera el cielo que la Europa conociendo sus verdaderos intereses, lleve á tu isla el incendio y la devastacion; y que lanzando en tus áridas playas numerosos ejércitos, te arroje del trono en que te enseñoreas como el primer pirata de los mares! Tu existencia es una calamidad que parece acusar á la divina Providencia, y tu ruina la justificaría.

---

 NOCHE NONA.
 

---

DIA. 20.

MIÉNTRAS la Europa suspensa fija sus ojos en el drama inaudito que se está representando en Francia, y mientras el Altísimo que no se desentiende de este espectáculo, permite su desenlace á las causas segundas, que son las pasiones humanas; Paris, en cuyo seno se está tramando, lo mira con poca atención. No hay impulso extraordinario que al parecer aumente el movimiento diario, uniforme y continuo de esta gran poblacion. Todo se reduce al flujo y reflujó periódico de pensamientos, palabras y acciones que componen su existencia. El adminis-

¡Detestable gabinete que sostiene el genio devastador de Pitt, horror de la naturaleza, azote de la sociedad, enemigo del género humano! ¡ojalá que los crímenes que has cometido, y los que estás preparando, hagan recaer sobre ti todas las desgracias! ¡Quiera el cielo que la Europa conociendo sus verdaderos intereses, lleve á tu isla el incendio y la devastacion; y que lanzando en tus áridas playas numerosos ejércitos, te arroje del trono en que te ensenoreas como el primer pirata de los mares! Tu existencia es una calamidad que parece acusar á la divina Providencia, y tu ruina la justificaría.

---

 NOCHE NONA.
 

---

DIA. 20.

MIÉNTRAS la Europa suspensa fija sus ojos en el drama inaudito que se está representando en Francia, y mientras el Altísimo que no se desentiende de este espectáculo, permite su desenlaze á las causas segundas, que son las pasiones humanas; Paris, en cuyo seno se está tramando, lo mira con poca atención. No hay impulso extraordinario que al parecer aumente el movimiento diario, uniforme y continuo de esta gran poblacion. Todo se reduce al flujo y reflujó periódico de pensamientos, palabras y acciones que componen su existencia. El adminis-



trador delibera, el juez sentencia, el comerciante calcula, el fabricante almacena y el operario trabaja: la moda reproduce antiguallas ridículas, el placer realza sus delicias, y la ambicion dilata sus deseos y esperanzas. El destino de un pueblo y la vida de un rey van á ponerse mañana en tela de juicio, y hoy acuden todos á la nueva ópera, y mil bocas van gorgeando la última arieta. Esto es lo que únicamente echan de ver los que miran de paso y como jugueteando la superficie de las cosas; pero el observador que sabe considerar los objetos, advierte á cada instante su trasformacion progresiva. En lo íntimo del corazon se va fomentando insensiblemente un impulso de terror y de esperanza, que trasciende luego á todas las ocurrencias de la vida. ¿Cuántos se habrán estremecido, porque su nombre resonó, ó su firma se vió en tal ocasion, que podrá deci-

dir de su suerte! La lid empeñada entre las naciones y los Gobiernos, hace temblar al diplomático antiguo, y suspirar al jóven inesperto. La voz mágica de *libertad*, que resuena desde el Rin á los Pirineos, inflama las pasiones, conmueve las almas, y agita á todos los individuos del estado. Los rostros están todavía serenos, los labios aun entonan los cantares nuevos; pero la fermentacion empieza, y la opinion titubea dudosa. ¿Vendrá á dar esta crisis al traves con la barbarie y con la ignorancia, ó con las luces y la felicidad? Todas las pasiones se empeñarán en resolver este problema: ¿Con cuántas lágrimas y sangre se ha de pagar la regeneracion del mundo, que la Francia se ha propuesto? Esto es lo que está calculando quien opina sin escrúpulo, que los sacrificios de los individuos en favor del género humano son solo sustracciones aritméticas;

pero ¿qué diluvio de calamidades y delitos va á inundar á la Francia, para purgarla de sus antiguos errores? Esto hace gemir al sabio sensible, que ve un hermano en cada hombre, y que aprecia mucho mas que las teorías pedantescas, la sangre que cuestan, las lágrimas que hacen derramar, y el sosiego que quitan.

Esto meditaba al encaminarme hoy al Temple... al Temple, donde está el último eslabon de la cadena, que reprime todavía el desenfreno revolucionario. La serenidad del dia y el frio me han convidado á ir á pié; y desde el puente magnífico, obra del célebre Perronnet, que lleva el nombre de Luis XVI, he estado contemplando una multitud bullieiosa de jóvenes, que armados de patines, corrían rápidamente, y daban mil vueltas en todas direcciones sobre el terso cristal del Sena congelado. Los mas cuerdos, que

suelen ser tenidos por cobardes, caminaban siempre por un mismo ámbito; pero los mas atrevidos, á quienes llamo temerarios, se disparaban con la velocidad del neblí cuando rompelos aires, hasta llegar á los quebradizos confines, en que las aguas ya no están perfectamente heladas. La turba de los espectadores, que confunde por lo regular el arrojo con el heroismo, estaba aplaudiendo alborozada aquellas diversiones peligrosas que me estremecían y llenaban de horror; cuando con el peso de estos indiscretos cruje de repente el hielo, se cuartea y abre. O dolor! he visto un sinnúmero de mancebos, el amor y la esperanza de sus familias, hundirse y desaparecer en aquel remolino, que se ha vuelto á cerrar luego que los ha engullido. Llorád, madres afligidas, tiernas hermanas, queridos hermanos, cariñosos amigos, que erais sus compañeros desde la niñez: llorád,

derramád copiosas lágrimas por el trágico fin de los objetos de vuestra ternura. Mas llorád sobre todo su ambiciosa imprudencia, pues por querer sobresalir un momento en este frágil teatro, embriagados en los aplausos... ya no existen..... Revolucion! ¿no estás tú tambien cubierta con un piso brillante, y al parecer muy sólido? Temblád, ambiciosos, á quienes el entusiasmo ha arrojado sobre él, temblád, no se abra y os sepulte.

El gozo brillaba en el semblante del rey, al entrar yo en su cuarto, y luego que he cerrado la puerta, ha corrido á abrir la de la torrecilla que le sirve de gabinete, y de la cual ha salido Carlitos, á quien me ha presentado. Léjos de asustarse aquel amable niño con mis arrugas y mis canas, se ha venido á mis brazos, y me ha hecho mil halagos candorosos. ¿Con que es Vd., me ha dicho con tanta reflexion como sensi-

bilidad, con que es Vd. el encargado de defender á papá contra los malvados que le acusan? Ay! dígales Vd. que es un padre escelente, y que un padre tan bueno no ha podido ser un mal rey.— Estas palabras han hecho bañar en lágrimas los ojos del rey, y yo no he podido contener las mias, que he dejado correr por la mano del augusto y desgraciado niño. ¿Vos lloráis, ha dicho Cárlos arrojándose á los brazos del rey; y Vd. tambien, ha añadido volviéndose hacia mí, Vd. tambien llora? Ay mi Dios! ¿téndré motivo para temer, y serán tan crueles que me quiten á mi buen papá? No, no... yo haré tantas plegarias á Dios... á ellos, si es necesario... al mismo Tison, aunque sus miradas me dan miedo.... Amado papá, no dejarán sin ti al pobre Carlitos. — Nuestros lloros se han acrecentado, los del niño se han confundido con ellos, y hemos tardado largo rato

en volver en todo nuestro acuerdo.

Luis, que ha sido el primero, me ha dicho: El desconsuelo que esto me causa, no deja de serme grato, y bendigo mis trabajos porqué me demuestran el cariño de los que amo. No acertaría Vd. con el arbitrio de que se han valido para entrar á Cárlos. Es una invencion de Clery, que ha *conspirado* con mi hermana; para hacerme este regalo. Ayer se cumplieron catorce años que el cielo me hizo padre, y mi hija, que nació en un palacio y gime en una torre, ha querido enviarme un ramillete. Esta mañana he visto bajar á mi querido Cárlos del cuarto de su tia al mio en una canasta; lo cual me ha causado tanta estrañeza como satisfaccion. Pero á fin de no desperdiciar los cortos ratos que me quedan de tenerle á mi lado, voy á leer á Vd. en su presencia y entregarle algunos documentos, que juzgo le serán de provecho en lo

venidero. Mi hijo es muy tierno, dijo sacando del bolsillo una cartera con un cuadernito de papel; pero la desgracia va anticipando la madurez de su talento, que es muy aventajado. Si hoy no le es dado comprender cuanto contiene este escrito, á lo ménos recordará todos los instantes de su vida, que bajo las bóvedas de este triste aposento, su padre le dió estando preso estas últimas y verdaderas muestras de su cariño, en presencia del hombre mas respetable y del amigo mas sincero. — Me sonrojaría de copiar un elogio que solo merezco á medias, si no fuese todavía mas honroso para su autor que para el favorecido.

Este es el escrito que S. M. me ha permitido copiar.

## ÚLTIMOS CONSEJOS

Á MI HIJO

LUIS CÁRLOS.

(*Documentos justificativos, núm. 16.*)

« Por mi ejemplo estás viendo, amado hijo, cuán vanas y perecederas son las grandezas de este mundo. He nacido en el solio, he sido soberano, y después de penar en un calabozo, estoy sin duda destinado á morir en un caldso. Mi familia y cuantos tenían algunos vínculos que los enlazasen conmigo, han experimentado iguales desastres. Tú mismo, hijo mio, que eras el hijo querido y feliz del primer rey de Europa, estás aquí en los grillos del cautiverio, condenado á las humillaciones y los menosprecios. ¡ Así esta

gran desventura te enseñe á tener en poco el poderío y la opulencia, y á no apreciar sinó la bondad del corazón, la rectitud del juicio y la moderación en la conducta, que son las virtudes que forman la felicidad en la tierra, y abren luego las puertas del cielo!

Ignoro la suerte que te ha de caber; pero si los decretos de la Providencia y los deseos de la nación restablecen á favor del hijo el trono derribado con el padre, no te resistas á ocuparlo. Esto es una desgracia y una carga; mas debes atender ante todo al bien general de la patria.

No renueves la memoria de mis infortunios, mas que para dispensar el perdón que concedo á los que se han hecho mis enemigos: sería oponerse á mis intenciones y á mi voluntad, emplear tu poder en ejercitar la venganza. Solo Dios conoce los corazones, y quizá los autores de mis males han creído

servir por este medio á su pais ; á mas de que debes respetar en ellos los instrumentos de que la Providencia ha querido valerse para castigarme.

Al recomendarte la clemencia , hijo mio , no es mi ánimo inclinarte á la debilidad. Haz que se afianze tu gerarquía y tu poder con una autoridad firme é incontrastable , pues la debilidad ha sido el principio de mi asesinato.

Un reino tiene las riquezas dentro de sí mismo : con que en él se han de buscar , protegiendo , fomentando y recompensando la agricultura. El comercio tiene tambien derecho á los desvelos del Gobierno ; mas este ramo no debe ser el primero. Haz todos los esfuerzos por desarraigar la mendiguez : los clamores de un pobre acusan y deben desconsolar á un rey mucho mas de lo que pueden engreirle las cantinelas de cien mil afortunados.

Pon en tu madre y en tu tia una confianza sin tasa. La primera lo merece por su carácter , la segunda por su apacibilidad , y entrambas por el afecto que me profesan , por la ternura que te muestran , y por las amarguras que han padecido.

Suple por otra parte las advertencias que no alcanzo á darte , con las del señor de Maleshérbes , quien despues de haberse dedicado á mi defensa , empleará sus virtudes en dirigir tu conducta.

Tambien supongo y admito una hipótesis , (muy probable en el estado actual de las cosas ) y es , que seas educado , tratado y considerado como un simple particular : las prendas adquiridas y las virtudes te han de distinguir siempre , para que aun cuando no lleves la corona , hagas que te miren todos como acreedor á ella. Bien permanezcas en Francia ó fuera de

ella, este es el concepto á que debes aspirar, y el modo con que deben juzgarte.

La benignidad guiará todos los pasos de tu vida privada, así como la humanidad dirigirá los de tu conducta pública. No puedes figurarte cuantas enemistades acarrean las desazones domésticas; pero fuera de este motivo, ¿no es de eterna justicia el aliviar la especie de esclavitud, que la necesidad impone á tantos desgraciados dependientes?

Haz además todas tus acciones con un espíritu de justicia piadosa, que sepa hermanar la gloria del cielo con los intereses de los hombres. Debes ser apacible sin debilidad, religioso sin superstición, justiciero sin crueldad, rey sin despotismo, ó vasallo sin baja-za y sin disgusto.

Dios mio! mira con ojos propicios á este niño querido y desdichado. Tú

has tenido á bien fortalecer su corazón con los embates de la desventura, y ¡ojalá salga de esta morada penetrado del amor de la sabiduría y del anhelo por el bien! Dignaos, Dios mio, no desampararle en el piélago de amarguras donde le han engolfado las circunstancias, para que así encuentre nuevos motivos de ejercitar la virtud, y nuevos apoyos para alcanzar la recompensa celestial.

A Dios, mi amado hijo; mi amado y tierno Carlos, á Dios: acuérdate alguna vez de tu pobre padre, cuyo martirio estás mitigando con tu cariño. ¡Así seas tan feliz cuanto yo desdichado! este es el voto incesante, estos son los últimos deseos de tu tierno padre.

En la torre del Temple, á 15 de diciembre de 1792.

Firmado: Luis. »

Esta lectura ha sido interrumpida muchas veces con los sollozos del príncipe, que se ha recostado sobre las rodillas de su padre, cuya mano bañaba con sus inocentes lágrimas. En cuanto al rey, conceptúo que su entereza va en aumento, al paso que el peligro le acosa. Su inocencia por una parte, y por otra su resignacion en la divina Providencia, son el fundamento de este valor extraordinario.

He comunicado á S. M. lo que había oído en el congreso de los embajadores, y le he manifestado mi descontento. Nada extraño, me ha respondido el rey; pero vuestro esmero y vuestra amistad me enternecen y me alivian: continuad en favorecerme, y moriré con menos amargura.

Me ha leído tres cartas, cuyo portador había sido su Carlitos. La primera es de la reina, y contiene, con encargos y exhortaciones á la entereza, mo-

tivos (á lo ménos los gradúa de tales) de fundadas esperanzas. La segunda, escrita por madama Isabel, encierra ménos lamentos y mas consuelos; y la de la infanta, que es la tercera, espresa la ternura y el amor filial. Acompaña al billete de Antonieta una nota, que informa al rey del modo con que tratan á las princesas. No están ménos duros con ellas que con el padre, pues acaban de negarles las agujas y las tijeras, que eran los medios con que minoraban el tedio de tan largas horas de martirio. Madama Isabel había hecho un bordado alegórico para la antigua duquesa de Serent, su amiga, y los comisarios lo han confiscado, pretestando que encierra una correspondencia misteriosa. Esta estremada y mezquina tiranía me llena de vergüenza y de indignación. ¡Cuán bochornoso es el tener que alternar con entes, capaces de tan viles y crimina-



les atentados, en las cualidades y el título de hombre! Pero este título es todavía glorioso, supuesto que Luis lo realza.

La presencia del príncipe, cuya ternura hechizera hace olvidar al rey el desconsuelo de su situación, ha suspendido nuestra tarea; pues ya que le escasean tanto sus caricias, hubiera sido, en mi entender, una barbarie defraudárselas, y yo mismo no he podido ménos de distraerme algunas veces.

DIA 21 HASTA EL 26.

Los señores Tronchet, Deseze y yo nos hemos dedicado solos al escrutinio, exámen y confrontacion de las piezas de los autos, y á las contestaciones correspondientes. El 24 por la tarde, el señor de Deseze, que ha formado un escrito de cuanto hemos encontrado mas favorable á la causa de

S. M., le ha leído su obra en presencia nuestra. El rey se ha mostrado muy satisfecho; mas yo no lo estoy tanto. Esta defensa me parece mas verbosa que elocuente, en extremo metódica y sin fuego, y falta de aquellos rasgos impetuosos y patéticos, que hacen en el alma una impresion extraordinaria, no la dejan volver sobre sí para enterarse de lo que le pasa, y llegan con esto á convencerla. Jamas hubo causa con mejor campo; pero el orador, que no deja de tener agudeza, carece de vigor: es frio, cuando debe ser acalorado, y tibio cuando debiera abrasar. El corazon, entrañable y poderosamente conmovido, acalora al entendimiento, y así lo espérimenta el mio en la presente ocasion. Ojalá tuviese veinte años ménos! Nunca he atesorado el don raro y sublime de la elocuencia; pero este lance me lo hubiese facilitado. Yo hubiera querido ins-

pirar la sorpresa, el asombro, la compasion y la sensibilidad en el corazon de los jueces, y hacer que los atormentasen amargamente la desesperacion y el remordimiento: hubiese querido arrancar de sus ojos arroyos de lágrimas. No se hubiera concluido mi discurso, sin que se proclamasen á una voz la inocencia y la libertad del rey. Vergniaud, ¿por qué te separan tu opinion y tu empleo de la sala nacional, en donde tu voz, resonando de extremo á extremo, hubiera hecho temblar á los conspiradores? O Lally-Tolendal, ¿por qué la desventura de los tiempos y la distancia de los sitios no te permiten pronunciar tu afectuosa arenga, cuadro poético y animado de las virtudes de Luis, en cuya comparacion el informe de Deseze no es mas que un imperfecto bosquejo?

## DIA 26 POR LA TARDE.

El abate de Fermont ha estado en casa al amanecer, para comunicarme una nueva idea de su alumno, sobre cuyo logro la esperiencia, segun me ha dicho, le ha enseñado á no tener la mayor confianza. Se trataba de dispersar de tal modo la comitiva de Luis XVI, en su segundo tránsito del Temple á la asamblea, que al desembocar por una de las calles solitarias, cercanas al *ba-luarte* por donde había de pasar, se pudiese cercar el coche, hacer salir al rey, y meterle en una casa que tiene puerta por la espalda, que es la de un jardin de emparrados, para que por ella pudiese escapar disfrazado.

Lord Fitz-Asland, que ha venido á Paris inquieto por la suerte de su hijo, á quien ha estado instando en balde por espacio de tres meses para que re-

gresase á Inglaterra; aprueba el proyecto, y coopera á su ejecucion.

Se ha hecho en efecto la tentativa: sea por los desvelos del abate de Fermont, ó por los de su alumno y de Paquita, los varios gefes del partido de Toulan estaban reunidos y acordes. Colocados en varias divisiones que formaban la escolta, han ido haciendo varios altos y demoras en la marcha, hasta que dada la señal se han desordenado totalmente. La ocasion era oportuna, y los caudillos de la empresa han acudido y cercado con prontitud el coche del rey, á quien Edwino ha espuesto brevemente los medios, el objeto y la necesidad urgente del intento. Pero Luis no estaba noticioso de antemano, y ha rehusado con bastante despego los servicios con que le brindaban: lo que por una parte ha desanimado á la cuadrilla de Edwino, y por otra ha dado tiempo á uno de los

comisarios que iban con el rey, para que bajase y diese aviso al comandante. El alumno del abate de Fermont ha repetido sus instancias al rey, y ha hablado con mucho empeño y eficacia al síndico Chaumette, que iba tambien en el coche, el cual se mostraba muy apurado. Todo esto ha dado mas lugar del que se necesitaba para consumir la obra; pero por mas que han pedido, rogado, instado y apremiado á Luis encarecidamente, se ha empeñado en desechar la ocasion mas oportuna, mas imprevista, y en fin la única para afianzar su libertad, su vida, y quizas una suerte afortunada. Entre tanto por el aviso del municipal, ha enviado el general sus ayudantes para reunir la tropa dispersa, y al mismo tiempo ha hecho asestar dos cañones contra el coche, dos á cada lado del paseo conocido con el nombre de *baluarte*, y dos á la embocadura de la calle, por

donde habían salido los conspiradores realistas. Estos, convencidos de la imposibilidad de ser de provecho al monarca contra su voluntad, se han retirado en orden y separado al momento, para ponerse á salvo de las pesquisas de una policía justamente sobresaltada. El acompañamiento ha vuelto á formarse y tomar el camino de la Convencion, miéntras el rey se congratulaba de haber manifestado una generosidad, que es laudable en sí, pero intempestiva, cuando se trataba de arrebatár la inocencia de manos de la iniquidad.

La Convencion ha oído á Luis con sosiego é interes, y Deseze ha sido escuchado con silencio. He visto el momento en que los mas de los representantes, olvidando su fanatismo revolucionario, ó los juramentos que los encadenan á la faccion regicida, iban á obedecer al impulso de su interior.

Algunas palmadas de aplauso parece que habían dado la señal; pero los ademanes amenazadores y miradas sangrientas del partido de *la montaña*, han triunfado, por medio del terror, del acento de la persuasion y de la fuerza de la verdad.

Un libro curioso podría componerse, si se apuntasen todos los afectos y pensamientos que ha suscitado el discurso en el auditorio. Si ochenta años de vida y un estudio constante del corazon del hombre me han dado algun voto en sus facultades intelectuales, estoy cierto de que la vanidad, era la que mas dominaba en casi todos los individuos. «El que fué el mas grande de los grandes, está ahora á mis plantas; su cabeza hollada con insulto puede caer á mi albedrío; puedo decir á este hombre: reina, y reinará; muere, y morirá. Cuán débil es! ; cuán poderoso soy yo! dichoso siglo, en que se des-

tronan los reyes para ir á tomar su asiento!» Esta viene á ser la traduccion literal de las patrióticas é hinchadas arengas, del silencio orgulloso, de los clamores sanguinarios y de los arrebatos ambiciosos. Humanidad! patria! ídolos de las grandes almas! vuestros nombres sagrados han sido invocados por la soberbia todavía mas que por la crueldad; vuestras imágenes reverenciadas han recibido el incienso de los que ansiaban apropiárselo; y el amor propio de un farsante, lastimado por los silbidos, se ha vengado con asesinatos.

Tras la peroracion de Deseze, Luis ha dirigido á la asamblea un discurso breve y patético, el cual me ha conmovido mas, sea por ilusion ó con fundamento, que la larga arenga del orador. Miétras lo pronunciaba, me he puesto á observar á algunos de los principales miembros de la asamblea, y en

especial los del lado izquierdo. Marat se agitaba segun su costumbre; Billaud-Varennes con el puño en la mejilla, estaba como adormecido; Robespierre, cárdeno y macilento, miraba sin ver; Orleans con su antejo examinaba alternativamente al reo, al defensor, á algunos diputados de la derecha, y al jóven Montpensier, que estaba en una tribuna. Vergniaud, y en general todos los del partido que llaman de *la Gironda*, se mostraban pensativos, meditabundos y afligidos: me pareció que veía asomar algunas lágrimas en los ojos de Manuel y de Kersaint. En cuanto á las tribunas, aunque llenas de aspectos atroces ó estrafios, la magestad de aquella sesion ostentosa las dominaba con tanto imperio, que no han hecho la mas leve demostracion de desagrado.

El regreso del reo ha sido muy tranquilo.

DIA 27.

La serenidad resplandece en el semblante de Luis, cual si fuera la corona de su predestinacion. Los devotos le invocarán como bienaventurado, los filósofos le apreciarán como sabio, y el pueblo le admirará como héroe. Ya muchos de sus guardas, desentendiéndose del mandato de despreciarle, han ido á pedirle prendas de su memoria. Vicente, empleado municipal, que ha sabido hermanar la severidad de su cargo con los miramientos debidos á todo desgraciado, ha recibido del rey la corbata que llevaba el 10 de agosto. ¡Cuántos recuerdos ofrece aquel sencillo y frágil monumento!

Luis ha sabido por este comisario, que Toulan desde el rincon del calabozo ha comunicado á sus secuaces la

esperanza que le animaba. Por no sé qué trama favorable al rey, en lugar del municipal encarcelado acaban de nombrar á Michonis, considerado por su enemigo, pero que tiene sus mismos sentimientos y sabe sus intenciones. La primera conversacion que este magistrado ha tenido con la reina, ha reanimado las esperanzas de esta princesa, la cual ha noticiado á toda prisa al rey las particularidades mas satisfactorias.

Ayer se celebró otra junta de embajadores en casa del de España, que es el caballero Ocáriz. Dumouriez se ha hallado, y sin mencionar ya sus últimos proyectos, ha leído una proclama á su ejército contra el proceso y á favor del reo. Es lástima que los treinta mil firmantes de esta pieza no estén acampados junto á Paris, pues amenazando desde tan larga distancia, se hacen poco de temer. Si el general pu-

blicase el voto de una reunion armada, sería depuesto, y quizá arrestado: rezelo que manifestó Lebrun, ministro de negocios estrangeros, que asistió al congreso.

El caballero Ocáriz ha comunicado á la junta un oficio que pasa al consejo ejecutivo, y que se pondrá á la vista de la Convencion. Por el conducto de su encargado de negocios, S. M. católica promete al Gobierno frances, conservar en la guerra que se está preparando, una neutralidad absoluta, con tal que se le asegure la existencia y la libertad del rey, su primo. En este pliego, cuyo contenido está ideado con acierto y desempeñado con el mayor decoro, me ha parecido notable esta cláusula: « Si las mudanzas en las instituciones políticas exoneran á un pais del antiguo acatamiento tributado á sus reyes, ninguna revolucion podrá jamás eximir á las almas nobles

del respeto debido al dolor y á la desventura. »

He sabido hoy que este oficio se ha pasado á la Convencion, en donde ha suscitado grandes debates, los cuales se han terminado, adoptando todos la órden del dia.

FIN DE DICIEMBRE Y PRINCIPIO  
DE ENERO.

Sería difícil el pintar con sus rasgos verdaderos y colores naturales el cuadro actual de los negocios. El aspecto del proceso varía todos los dias, y aun á todas horas: la opinion, mas insubistente que nunca, titubea y fluctúa en un piélago de pareceres contradictorios. La guerra por escrito está en lo mas reñido de sus ataques: Nécker por una parte y Robespierre por otra, se contrastan con denuedo. Hay momen-

tos en que el esfuerzo de los realistas se inflama; pero el de los demagogos es mas constante. Los republicanos, que se rezelan igualmente de unos y de otros, parece que están de mirones en la lid, en la cual apenas toman parte, sinó para calcular los golpes, recordando al mismo tiempo los buenos principios. Pero ¿cómo los han de invocar con buen éxito, cuando ellos mismos han dado el ejemplo de su violacion?

Estoy recibiendo cartas de toda especie de personajes y de todos los paises, relativas al proceso del rey. Una me han entregado esta mañana del señor de Bertrand, exministro de marina y refugiado en Londres; y entre varios recursos que me indica para servir al rey, el de conferenciar con Danton, á quien tiene ya prevenido, me ha causado mucha estrañeza. Por mas que me repugne el avistarme con

este hombre tan célebre, haré cuanto pueda por verle.

Salgo de su casa: hemos hablado largo rato, y me parece que está muy distante á todas luces de corresponder á su reputacion. Si no me engaño, en su carácter, propenso á la indolencia, ni caben grandes virtudes ni grandes delitos; y si su nombre suena en la época mas horrorosa de la revolucion, es porqué le ha faltado brio para desentenderse de sus incitadores. Lo mas terrible en él es su estatura agigantada, y lo mas feroz sus razonamientos. A mi parecer no ve él en los vai-venes revolucionarios, sinó unas especulaciones de cambio, poco distintas de las de la lonja; y su objeto principal es siempre hacerse comprar, de modo que todas sus acaloradas declamaciones se pueden reducir á estas pocas palabras: quién me compra?

Me ha sido sumamente trabajoso el



entrar en una negociacion tan indecorosa, y el único resultado que me ha cabido es, que este personage y algunos otros no asistirán á la votacion. Sin embargo, se me hace imposible el allanar la ausencia de Robespierre, de Marat, de Barrere y de Orleans, cuyo influjo es formidable.

Chaumette, que no se precia ménos de literato que de filósofo, ha consentido, en atencion á ambos dictados, en que el señor de Penthievre enviase uno de sus gentileshombres á cumplimentar al reo, y ofrecerle sus buenos deseos á falta de sus servicios, con tal que el apreciable autor del *Numa*, el señor de Florian, fuese el escogido para esta embajada afectuosa. Este escritor agradable la ha desempeñado con tanto decoro como sensibilidad, y Luis ha mostrado verle con entrañable satisfaccion, hablándole de sus obras, como hombre que las ha leído con a-

provechamiento. Mal se parece esta lóbrega torre, le ha dicho, á las vegas floridas de Rio-hermoso; y si le diese á Vd. todavía la humorada de pintar un cuadro pastoril, en verdad que no echaría mano de los matices que le ofrece el siglo presente. Señor, ha respondido Florian, ya no hay que halagar los oidos franceses con el eco del caramillo, sinó que se les debe aterrar con la relacion de las atrocidades que están asolando mi patria. ¿Por qué no dejan que me ocupe libremente en el noble ejercicio de las letras? Mi pluma, ántes festiva, no iría vagando ya por ficciones, sinó que me armaría con el buril penetrante de la historia, á fin de grabar para la posteridad el retrato de los verdugos y el de las víctimas. Pero me consuela la esperanza de que tras esta tempestad, que arroja sobre la Francia un turbion de sangre, amanecerá un dia despejado para pre-

senciar el suplicio del delito y el triunfo de la virtud. Entónces la verdad, apadrinando los talentos, protegerá las almas independientes, y los Tácitos venideros podrán internarse por los corazones de los malvados, para retratar al vivo su horrible y sangrienta imágen. Esta correrá de siglo en siglo, acompañada de las imprecaciones de nuestros últimos nietos, los cuales repetirán estremecidos sus odiosos nombres, y aclamarán llorando á los mártires de la verdadera libertad.

DIA 14 DE ENERO.

Zozobras y esperanzas me asaltan á un mismo tiempo, pues todo se da la mano para fomentar las unas y las otras. La Convencion, parecida á un lagar donde fermentan y hierven cien elementos encontrados, no presenta mas que movimientos convulsivos y

destructores. Satélites armados de puñales van y vienen por el recinto de sus sesiones; corrillos de conspiradores, de haraganes y de curiosos inundan las Tullerías; mugeres que han escapado del encierro, donde la sociedad castiga los delitos y el desenfreno, premian á los alborotadores y asesinos con sus asquerosos agasajos; los cafés, los teatros, todos los parages públicos son palestras, donde las opiniones mas opuestas se profesan con ahinco, se sostienen con acaloramiento, y paran en debates teñidos con sangre. La avilantez de los revolucionarios va en aumento de hora en hora, al paso que el denuedo de los amigos del rey se acrecienta: no parece sinó que cada partido solo espera el éxito del gran negocio que lo agita, para romper las hostilidades y trabar la refriega. O Dios! aleja de mi patria los males que la amenazan, y si ha de correr sangre, que

se derrame la mia, y se conserve la de los inocentes.

En medio de este gran caos de elementos revueltos, entre tantas pasiones desenfrenadas, y asaltado por la tempestad que está bramando á su redor, Luis xvi está tranquilo, y parece que no tiene la menor zozobra acerca de su destino. El de su pais y de su familia anublan de cuando en cuando su semblante sereno; pero su virtud habitual, su resignacion y su conformidad con los decretos de la Providencia le despejan al momento. En él se representa al vivo aquel grande estoico, á quien describe Horacio diciendo, que ve sin inmutarse cómo se viene abajo el universo conmovido, y se mantiene en pié en medio de sus ruinas.

El rey acaba de recibir de su esposa la carta siguiente, que aumenta su desconsuelo, léjos de mitigarlo.

## CARTA DE LA REINA

á

LUIS XVI.

(*Documentos justificativos, núm. 17.*)

« SEÑOR:

Aunque nunca condescendéis á los deseos de los que se sacrifican por servirnos, el interes de vuestra vida, que en su consideracion prepondera á todo, los obliga á una nueva tentativa. No se trata de arrebatarnos en triunfo de este sitio horroroso para restablecernos en el trono: el tiempo y las desgracias han borrado, ú oscurecido á lo ménos, esta brillante perspectiva. Se trata hoy de nuestra libertad, y no deja de ser en mi concepto un bien bastante apreciable, para que no titubeéis en sacrificarle esa repugnancia

que mostráis en recobrarla á todo trance. Si se necesitasen otros motivos para decidiros, os haría presente el cariño de vuestra esposa, el heroismo de vuestra hermana, la ternura de vuestros hijos, nuestras penas en fin, y las humillaciones, que son las que mas nos atormentan. ¿No tendríais á bien corresponder á estas finezas y sacrificios con algun tanto de condescendencia?

No puedo hablar mas claro, y sin embargo en breve creo tendréis menos motivo para dudar; pero sean cuales fueren los acontecimientos, por mas urgente que parezca el peligro, no hay que perder la esperanza. Aunque estuviéseis, (me estremezco al escribirlo) aunque estuviéseis al pié del cadalso, sabéd que vuestros amigos están allí prontos á morir, para que no murais vos. Pensád, señor, en ayudarles en sus designios. »

Hé aquí, me ha dicho Luis, mientras yo estaba copiando esta carta, hé aquí un recado y unas advertencias que me trastornan. La idea de conjuración me descompone, y no puedo menos de temer sus accesorios y sus resultados. Sangre derramada... hombres moribundos... la guerra civil encendida... todo esto me asusta y me inquieta. Sin embargo, mi consorte gime, mi familia insta, y todos padecen por mi causa... ah! no puedo menos de ceder por ellos.

DIA 15 POR LA MAÑANA.

Se ha principiado la votación nominal sobre esta pregunta : ¿Luis es culpable?

Se representaba ayer en el teatro frances una pieza intitulada : *El amigo de las leyes*, que está llena de alusiones

á la tiranía del partido popular y á la opresion del rey; y los retratos de Robespierre y de Marat horrorizan de puro parecidos. Todos se atropellan tras este espectáculo, que es ya un negocio de estado, al mismo tiempo que los arrabales andan alborotados con el extremo contrario, y piden á voces la cabeza de Luis, á quien atribuyen las calamidades públicas. ¡Cuán espuesto es el hacer papel en la época de una revolucion!

Terminada la votacion nominal, Luis ha sido declarado *CULPABLE* *con todos los votos*. Tiemblo al escribir estas palabras, pues no faltan en la Convencion sugetos que hermanan un entendimiento ilustrado con un corazon generoso y sensible. ¿Cómo pues han podido hallar *culpable* al que yo tenía, y tengo todavía por *inocente*? Sin duda han opinado solo por los resultados, y no han podido internarse como yo en

el corazon del reo, y leer en él las intenciones mas laudables.

DIA 15 POR LA TARDE.

Esta mañana me quedaba la esperanza, ó por mejor decir, tenía certeza, de que el rey no sería declarado delincuente; y que si la Convencion juzgaba á propósito el mantenerle en su arresto, ó decretar su destierro, no podía ser mas que por conservar la quietud pública, sin que nunca se ventilase una cuestion que no debía decidirse, así por decoro como por política; pero mis cálculos han sido errados, y mi esperanza se ha desvanecido. Había concebido otra en la *apelacion al pueblo*, arbitrio mañoso, inventado por la Gironda, para libertar al rey del cadalso, y ponerse ella misma á salvo de los puñales de Orleans. La

honradez esforzada no procede en estos términos, lo sé muy bien; pero ¿son muchos los hombres resueltos á obrar bien, cuando una puñalada ha de ser su recompensa? Han llegado por otra parte á tal estado las cosas, que es ya preciso agradecer á muchos el mal que no hacen. En fin, la apelacion al pueblo conservaba la vida al rey y volvía por su honor, si acaso el honor, no digo de un rey, sinó de un hombre, puede comprometerse, cuando no tiene por jueces mas que las pasiones acusadoras y enemigas. Acaban de quitar á la causa y á la suerte del rey este último recurso, pues la apelacion al pueblo ha sido desechada. La historia dirá si los votos han sido libres, y si cada vocal ha procedido con arreglo á su íntimo convencimiento; ó si pronunciados en presencia de Orleans que amenaza, y del jacobinismo que manifiesta su descontento, han sido efecto

de la seduccion ó del miedo. Como quiera, si sucediese que el rey no quedase condenado mas que al arresto ó al destierro, era preciso, consultando con los principios y con la legislacion de hoy dia, mirar esta sentencia como una gracia, puesto que de la solucion afirmativa de la primera cuestion se sigue necesariamente que sea castigado con la pena capital.

DIA 16 Y 17.

Están deliberando sobre la vida de Luis; y aunque me esfuerzo en reflexionar que no es mas que un hombre; en este momento terrible, en que se pronuncia si ha de quedar ó no en la lista de los vivos, no se puede apartar de mí el recuerdo de su grandeza pasada. Por una ilusion, propia del corazon y totalmente agena del discurs-

so, se me figura que la naturaleza se sobresalta, que el cielo se entolda, y que el sol cubre de luto sus tristes resplandores. No encuentro por las calles sino rostros pálidos, silenciosos y des-pavoridos; y al entrar en la Conven-cion, donde se está decidiendo la suer-te del hombre que fué rey, veo en me-dio de los diez órdenes de jueces á la muerte, que con pluma ensangrentada va anotando sus pareceres. Qué hor-roroso silencio! solo lo interrumpen aquellas palabras fúnebres, que desde la tribuna resuenan alternativamente y se estienden hasta el extremo de la sala: *el arresto, el destierro, la muerte...*

LA MUERTE... O maldad suma! ó cegue-dad inaudita! he oido este grito de bo-ca del pariente de Luis, de boca de Orleans. Un murmullo de pavor ha corrido de fila en fila, y subiendo has-ta quien lo causaba, ha debido con-venirle de que el cetro á que aspira,

acaba de romperse para siempre. No, Felipe: la Francia no hincará la rodi-lla ante quien se ha mancillado con la sangre de su rey: teme que en lugar de un trono te levante un cadalso, y que tu sangre quede condenada á la-var el borron de la de Luis.

LA MUERTE... esta palabra terrible ha traspasado mis oidos y mi corazon *trescientas ochenta y siete veces*. ¿Con qué está echada la suerte, y Luis ha de morir?

Hoy 17 en la madrugada me he pre-sentado en la torre del Temple, donde me han registrado escrupulosamente; y con este motivo he sabido, que las precauciones para el resguardo del preso se habían hecho mas rigurosas desde ayer. Clery, que me ha introdu-cido en el cuarto del rey, me ha di-cho, que estaba leyendo la historia de Carlos I, á fin sin duda de encontrar en los instantes postreros de aquel

príncipe, con quien tiene tanta semejanza, un modelo á quien imitar en su conducta.

No bien he entrado, cuando las lágrimas han anublado mis ojos, y he sentido correr por mis venas y rodillas un frio temblor. Me he arrojado á los piés del monarca desventurado, á quien esta accion ha revelado su sentencia; pero no por esto ha mostrado susto ni estrañeza. Tras un breve silencio, ha levantado al cielo sus ojos y sus manos, y ha exclamado suspirando: Querida esposa, hijos míos, ¿qué va á ser de vosotros? — Mas luego desentendiéndose del pormenor de su sentencia, se ha ocupado solo en mitigar mi pena: no parecía sinó que él era el consolador, y yo el sentenciado.

En aquel punto Michonis, empleado municipal, á pretexto de informar al rey de un pequeño incendio que se

había visto la noche anterior en el palacio del Temple, ha entrado para darle mil consuelos y esperanzas. Luis se lo ha agradecido, pero de modo que me ha hecho ver que no le quedaba ninguna. Para mi muger, ha dicho, para mi familia, y en especial para mi pobre hijo, pido yo vuestros desvelos. — El municipal se ha retirado lleno del mas vivo dolor.

Por mas desesperanzado que yo estuviese, no pudiendo avenirme á ver morir al rey en un cadalso, le he hablado de la prerogacion, como de una tabla que le quedaba en medio del naufragio. Luis se me ha sonreido con afabilidad diciéndome: Es Vd. ingenioso para engañarse á sí mismo, y para darme alguna ilusion: tengo mucha confianza en Vd., mi querido Malleshérbes; permítame sin embargo que no la tenga en sus predicciones. Las saca Vd. del fondo de sus deseos; pe-



ro los proyectos de los ambiciosos tienen otros fundamentos mas sólidos y seguros.

## DIA 18.

Un nuevo acuerdo del ayuntamiento quita al preso el consuelo de recibir á sus amigos, y así me he presentado en vano cuatro veces á las puertas del Temple. Aquel desventurado príncipe queda solo con su conciencia, y anticipadamente en presencia de Dios. ¡Providencia eterna, religion santa, mitigad sus últimos momentos!

## DIA 19.

Los tristes presentimientos del rey se han realizado, pues ha salido negada la solicitud de prorogar la causa, y la pena de muerte debe ejecutarse dentro de veinte y cuatro horas. Los

amigos del rey están como anonadados: el abate de Fermont ha ido á mi casa, sin espresar mas que con sollozos el horror y la pena que le acongoja. Milord Fitz-Asland y su hijo quisieran todavía renovar la trama inutilizada por la debilidad de Luis; pero ¿qué harán sinó esponerse sin provecho, y perderse sin salvarle?

Despues que se ha espedido el decreto de muerte contra Luis, mis compañeros, los defensores y yo nos hemos presentado en la Convencion, para lidiar con ella sobre los restos de la vida del monarca. Deseze ha empezado entregando al presidente la *apelacion*, que presenta á la nacion, del juicio de los representantes; luego arrendando con mucho brio y enardecimiento, ha demostrado, que en el acto de aplicar al reo la última disposicion del código penal, que es la sentencia de muerte, no se había contado

con la parte mas esencial para su justificación, que es la obligacion estrecha é indispensable de reunir las tres cuartas partes de los votos. Un largo debate se ha suscitado sobre este punto entre Tronchet, que ha desentrañado metódicamente el principio que Deseze había espuesto en sus rasgos oratorios, y Merlin de Douay, que se ha encargado de refutar á Tronchet; Guadet que parecía de la misma opinion, Barrere que le ha respondido, y Robespierre que ha redargüido á este con personalidades.

He querido decir algunas palabras; pero mi talento y elocuencia no han correspondido á mi zelo, y me he visto sobrecogido de la turbacion y del dolor.

El síndico Chaumette ha presentado al consejo general un acuerdo, digno de una magistratura de Caribes: se ha decretado que hubiese iluminaciones

*en demostracion de regocijo.* ¡Pueblo desventurado, en qué esceso de depravacion te encenagan tus tiranos! Sobre ensangrentarte en tu rey, tratado como culpable, y condenado á muerte, ¿aun quieren envilecerte hasta el punto de que le insultes? Bien se guardan de decirte, que la verdadera justicia es la que impone el castigo apartando los ojos, y que cuando se entretiene con los dolores que causa y está mirando á la víctima, ya pasa á ser venganza.

DIA 20.

Aquí acaba mi dolorosa tarea, y empieza la del abate de Fermont. Su pluma verídica va á continuar y concluir este diario lastimero, cuyas páginas serán pábulo de la ansiosa curiosidad, y sobre las cuales el arre-

pentimiento y la piedad llorarán amargamente, clamando hasta los últimos siglos á favor de Luis XVI y contra sus asesinos.



FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EVC

TEC